

VALERIO CRUCIANI

VOLVIERON CANTANDO



Click
EDICIONES

D.J.57

Índice

Cita

Dedicatoria

La historia no existe

- Capítulo 1. Cena de Navidad
- Capítulo 2. La muerte de Alfonso
- Capítulo 3. El desconocido
- Capítulo 4. Fernando
- Capítulo 5. Cosas que averiguar
- Capítulo 6. ¿Y ahora qué?
- Capítulo 7. Matilde
- Capítulo 8. Negocios
- Capítulo 9. Anita
- Capítulo 10. Nuevos planes
- Capítulo 11. Apuestas
- Capítulo 12. Pundonor
- Capítulo 13. Don Sancho Carrascosa
- Capítulo 14. La tertulia
- Capítulo 15. Haciendo amigos
- Capítulo 16. Cuidar
- Capítulo 17. Enfrentamientos
- Capítulo 18. Una tarde ajetreada
- Capítulo 19. El sanatorio
- Capítulo 20. Se hace lo que se puede
- Capítulo 21. Búsquedas
- Capítulo 22. En marcha
- Capítulo 23. El círculo
- Capítulo 24. Don Amancio
- Capítulo 25. La invitación
- Capítulo 26. Desconfiar
- Capítulo 27. Los planes reales

Capítulo 28. Hogar, dulce hogar
Capítulo 29. El vacío
Capítulo 30. La araña
Capítulo 31. La proposición
Capítulo 32. Sin salida
Capítulo 33. Volvieron cantando

Reseña bibliográfica

Biografía

Créditos

Click

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

El que no encuentra alegría dentro de su propia casa,
¿dónde la irá a buscar?

MANUEL TAMAYO Y BAUS

A Marian.

Al marchese del Grillo (Alberto Sordi).

Y a Vittorio Gassman y Gian Maria Volonté,
actores inmortales cuyas caras han dado forma
de alguna manera a los protagonistas de esta novela.

LA HISTORIA NO EXISTE

Volvieron cantando tiene una deuda con Francesco Renzi. Antes de contar quién es y cómo nos conocimos, es importante decir que *Volvieron cantando* es una novela seudohistórica (como este prólogo). Quiero dejarlo claro desde el primer momento. Los personajes son inventados y toda la trama responde a la necesidad de hacer prevalecer la fantasía, la creación metafórica y literaria. De hecho, creo que toda ficción histórica, por muy bien documentada que esté, sigue siendo una ficción, y el tiempo es algo que solo podemos re-crear. Lo cual implica la desaparición del concepto de «verdadero» o «correcto» en un sentido estricto. Me quedo con la idea de que cada cual ofrece su interpretación no ya de los hechos, sino de una o varias «tradiciones».

Sin embargo, la ambientación que hace de telón de fondo es bastante fiel, por lo menos, a los documentos que he consultado para dar vida al entorno en el que se mueven los protagonistas de la novela: libros y, sobre todo, periódicos madrileños de 1897 a 1900.

Al mismo tiempo, en estas páginas he querido reflejar un personal y parcial homenaje a las novelas del siglo XIX.

En resumidas cuentas, *Volvieron cantando* no nace con la intención de instruir o educar al lector sobre una época, sino que viene de una necesidad profunda de construir un relato sobre el hecho de sentirse desplazado y sobre los olvidados de la historia (además de querer entretener y divertir), jugando deliberadamente con los anacronismos que abundan en estas páginas.

Por otra parte, sería innecesario recordar que el título de esta novela es parte del dicho «Más se perdió en Cuba y volvieron cantando». Por supuesto, no dudé en elegir esa segunda parte como título, ya que, por un lado, es irónico con respecto a la aventura de Fernando y, por el otro, arroja luz sobre todo un sentimiento y una actitud cultural que superó demasiado pronto el drama de la guerra, enterrándolo rápidamente.

Cuando me fijé el reto de escribir sobre el pasado o, mejor dicho, de dejar actuar mi imaginación en territorios poco familiares y en épocas remotas, di con la clave casi enseguida. El Desastre de 1898 era el momento perfecto, al ser una fecha que simboliza el fin definitivo de algo, anunciado ya por un largo proceso de decadencia empezado mucho antes.

En cuanto empecé a ahondar en el tema, me di cuenta de dos cosas fascinantes: la primera, que 1898 ha prácticamente desaparecido de la memoria colectiva y de la consciencia de los españoles, superado por supuesto por otros eventos traumáticos más recientes. La segunda, que entre los libros y estudios dedicados al tema, ninguno se dignó a profundizar en un aspecto para mí central: el drama de los soldados y civiles que volvieron de las guerras de Cuba y Filipinas. Sobre este tema, que yo sepa, hay unas novelas y unas obras de teatro que no pasan de la generación del 98. Los ensayos escasean. Todo lo que hay se centra en la guerra misma, sobre todo desde el punto de vista militar y político. Este año (2016) parece haber vuelto un poco el interés por esa época: en diciembre se estrenará la película *1898. Los últimos de Filipinas*, del director Salvador Calvo.

Justo cuando empezaba a asomarme como un profano a las entrañas de la historia, apareció Francesco Renzi. Eran las navidades del 2012. Fue en un pueblo del centro de Italia, entre montañas. En la plaza se habían congregado unas doscientas personas, sobre todo turistas. Todos miraban hacia un escenario arrebuados en sus abrigo. Yo iba a pasar de largo para meterme en una hostería en la que tomar unos vinos cuando algo me llamó la atención: la voz de un chico que declamaba algo en un italiano medieval. Me acerqué a la plaza y vi que en el escenario había un tipo de unos treinta años con cara y ropa de juglar, rodeado por otros cuatro actores, escenificando no sé qué asedio o batalla que vivió ese pueblo hace mil años.

Me quedé un rato fascinado por su actuación y por la forma en la que el juglar iba soltando datos históricos detallados de una forma amena y algo estrafalaria al mismo tiempo. Poco después, el frío me empujó de nuevo hacia la hostería, donde por fin pude tomarme un vino y algo caliente.

Fue allí donde coincidí con el juglar. Me pidió un cigarrillo y empezamos a hablar. Así conocí a Francesco, un entonces doctorando en historia medieval que durante el año académico investigaba sobre el Císter en la España de los siglos XII-XIII y, cuando tenía vacaciones, redondeaba sus ingresos haciendo esas representaciones en los pueblos entre Umbría y las Marcas. Bueno, la verdad es que no fue exactamente así, pero así es como debería haber sido.

La suerte quiso que en esa época los dos viviésemos en Madrid. No podía dejar escapar a ese tipo, así que volvimos a quedar en la capital para hablar de este proyecto. Pocos días después, estaba sentado a su lado en el Archivo Histórico, manoseando papeles de más de cien años de antigüedad, o en mi casa comiendo una pasta carbonara, o, mejor aún, en un bar de mala muerte jugando al billar con dos chicas rumanas bastante guapas y capaces de confundir a dos pobres ratones de biblioteca.

Durante casi todo ese tiempo estuvimos hablando de mi novela, así que parte de la documentación en la que se fundamenta *Volvieron cantando* se debe a la ayuda de Francesco Renzi.

Sin embargo, quede claro, le libro de toda responsabilidad sobre las inexactitudes y libertades narrativas, ya que fui un alumno muy poco aplicado y, pese a sus correcciones, me tomé todas las libertades que quise, porque eso, en el fondo, es ser novelista.

VALERIO CRUCIANI

CAPÍTULO 1

CENA DE NAVIDAD

Como cada año, el 24 de diciembre las calles de Madrid se habían llenado de gente. Aquel sábado de 1898, las iglesias estaban abarrotadas de hombres y mujeres con elegantes trajes de fiesta, las oficinas estaban cerradas y los pocos bares que todavía se encontraban abiertos servían rápidamente los últimos vinos. Las portadas de los periódicos trataban de alegrar un poco a sus lectores publicando viñetas, noticias frívolas y acciones bondadosas propias de esas fechas.

A simple vista, parecía una Nochebuena normal y corriente; sin embargo, los ojos de la gente que salía de misa o que paseaba por la calle estaban apagados y los niños ni siquiera mordían igual sus caramelos.

Se notaba que la tristeza flotaba por las calles de Madrid. Pocas semanas antes, en París, se había firmado el tratado de paz entre Estados Unidos y España y, desde entonces, se veían más trajes negros de lo habitual, más hombres que llevaban brazaletes de luto, más madres que salían llorando de los hospitales y de los hospicios.

Reinaba sobre toda la capital un extraño silencio. Los coches tirados por caballos y los tranvías eléctricos recién estrenados sonaban ahogados, igual que las felicitaciones que la gente lanzaba tímidamente de una acera a otra. Parecía como si las nubes grises que pasaban por el cielo se comieran todos los sonidos.

Ese 24 de diciembre la oscuridad se ciñó rápidamente sobre el palacete de los Sánchez Coromina. Allí la noche parecía más negra que en los alrededores.

El comedor de la planta baja estaba presidido por una larga mesa de nogal con los bordes redondeados, cuyas elegantes patas se apoyaban curvilíneas encima de una vieja alfombra persa.

Sentado a esta mesa estaba Ignacio, un hombre de treinta y cuatro años cuyas amplias entradas hacía tiempo que habían empezado a desnudar su frente. Su cuerpo, algo curvado hacia delante, embolsaba de forma cómica una tripa redonda que destacaba sobre unas piernas finas que quitaban proporción a un cuerpo flácido. Su cara pasaba sin cesar de un estado de tensión, como de quien escucha o ve de repente algo interesante que quiere memorizar, a otro de ausencia y aparente desinterés. Su nariz larga y fina, sus ojos pequeños y planos

y su boca, que no era ni atractiva ni fea, completaban el retrato de ese futuro abogado del Estado.

Frente a él, al otro lado de la mesa, estaba sentada su mujer, Matilde.

Matilde era el compendio de todo lo prohibido y deseable que un hombre pudiese soñar. Sus maneras educadas y gentiles iluminaban su figura esbelta. Su rostro perfecto, sus ojos árabes, profundos y negros, en los que varios hombres se habrían perdido, creaban un misterio erótico en el conjunto de su cara. Su sonrisa, enmarcada en su pelo negro y largo, podía llevar a cualquiera, por muy noble y honrado que fuese, a derretirse en halagos y zalamerías.

Poco después de casarse, hacía ya seis años, Matilde cambió y perdió la sonrisa: llevaba siempre el pelo recogido y salía con vestidos que la cubrían hasta el cuello. Antes solía llevar al descubierto sus hombros blancos, cuyas líneas dejaban imaginar lo dulce que podía ser sumergirse más abajo, entre sus senos voluminosos, o más abajo aún de su cintura.

Los padres de Matilde, los señores Garate Riva, dueños de una fábrica de cerveza a las afueras de Madrid, estaban convencidos de que la familia Sánchez Coromina, con la que habían tenido varios negocios en el pasado, era la ideal para su hija. Ignacio estaba estudiando para convertirse en un gran abogado, y además tenían ese palacete en el nuevo y elegante barrio de Salamanca: un detalle para tener en cuenta, sin duda.

Todo parecía perfecto hasta que, al poco de su boda, la familia comenzó a ser golpeada por una serie interminable de lutos: primero fueron los abuelos, luego la madre de Ignacio, María Teresa, víctima de una gripe violentísima que se llevó también a su hija Inmaculada, y, finalmente, don Alfonso, el cabeza de familia, sorprendido pocos meses atrás por un ataque al corazón tras recibir la noticia de la desaparición de su hermano Fernando.

Don Alfonso, que era un hombre muy serio pero con gran sentido del humor, siempre dijo que cuando él muriera tenía que alegrarse todo el mundo, que nada de lutos ni de cortinas echadas, quería una fiesta. Nadie le hizo caso.

Sentados a la mesa, Ignacio y Matilde estaban callados y con gesto serio. Al comedor llegaban los ruidos de la cocina, donde se afanaba Gregorio, el criado de toda la vida de la familia. Gregorio era un hombre muy alto, que trataba de no perder nunca la alegría y la afabilidad de su carácter. La cabeza redonda y el pelo canoso y suave estaban en armonía con su mirada bondadosa y sus manos largas y finas, que siempre cuidaba con cremas y bálsamos que compraba en las farmacias de la ciudad. Decía que su trabajo le obligaba a cuidarlas, y esto respondía cuando, de pequeños, Ignacio o Inmaculada le tomaban el pelo al verlo abrir todas esas latas y esos tubos que salían en los anuncios de los periódicos. Pero esos tiempos quedaban ya muy atrás.

Salió de la cocina con una fuente de plata en la que reposaban unas verduras. Gregorio, como siempre, vestía de negro.

—¿Hay pescado? —preguntó en voz baja Matilde.

—Sí, señora, trucha —contestó Gregorio haciendo un esfuerzo para sonreír.

El criado se movía alrededor de la mesa mientras comentaba con Matilde algún detalle sobre el día de compra en el mercado y los precios altos. Ignacio, que nunca fue de mucho comer ni amaba el vino, le recordó que no le gustaba que en la mesa se hablase de dinero. A Gregorio, en cambio, le parecía un buen sitio para hablarlo, ya que le preocupaba este tema: se había quedado sin ayuda y era él el que tenía que ir todas las semanas a hacer la compra con un presupuesto que se reducía más cada mes.

Gregorio, en silencio, siguió sirviendo a Matilde, que le sonreía, y llenó su copa con un vino demasiado viejo, pues Ignacio había dado orden expresa, tras la muerte de su padre, de no comprar más vino y de servir el que quedaba en la bodega hasta que se acabase.

—Si necesitan algo más... —ofreció Gregorio volviendo a la cocina.

Las cortinas de terciopelo verde oliva estaban echadas. Ignacio y Matilde comían en completo silencio, rodeados por esos muebles pesados y todos los objetos que llenaban cada rincón del comedor, mientras de la calle llegaban las voces que daban los borrachos que pasaban por ahí sin familia y sin nada que celebrar.

Matilde levantaba la mirada como si buscara la de Ignacio, que estaba totalmente absorto, empeñado en comer uno a uno sus trocitos de calabaza, masticando despacio y moviendo el tenedor de plata con su mano fina de escribano.

Ella creía que Ignacio estaba triste por ser las primeras navidades sin su padre don Alfonso; sin embargo, presentía que había algo más que le preocupaba, aunque no se atreviera a preguntarle.

Por su parte, Ignacio no pensaba en nada. Sorbía un poco de agua de su copa de cristal esmerilado. A veces fijaba inútilmente la mirada en el candelabro, otro resto de una época más feliz y próspera que estaba en el centro de la mesa. Miraba la luz tenue que emanaban sus velas encendidas y blancas, las gotas de cera que se deslizaban hasta la base, las pequeñas manchas en la plata vieja y finamente decorada.

Solo levantando la cabeza, Ignacio podría haber ampliado su mirada, abrir un poco más sus ojos pequeños como rendijas y volver a sonreír a esa mujer que estaba sentada frente a él, que le respetaba y le quería. Pero Ignacio solo se fijaba en las manchas de cera.

El criado estaba cenando solo en la cocina, en una mesa para dos personas colocada contra una de las paredes cubiertas con azulejos portugueses. Mientras esperaba la señal para servir el segundo plato, se fijaba en la oscuridad que llenaba el patio interior donde crecía un viejo castaño. En los edificios de los alrededores, todos con tres o cuatro plantas más que la casa de los Sánchez Coromina, se divisaban unas ventanas iluminadas.

Cuando oyó la campanilla que agitaba Ignacio para llamarle, se levantó sintiéndose molesto por todas esas vanas formalidades. «¿Para qué me sigue llamando con esa campanilla? ¿Acaso es un conde? Más le valdría preocuparse por otras cosas...»

La campanilla volvió a sonar y Gregorio cogió la bandeja con las truchas al horno servidas sobre dos sencillos platos de porcelana. Ignacio no quería decoración esa noche.

Mientras cambiaba los platos, Gregorio pensó que era un placer servir a Matilde y tenerla en casa. Desde la muerte de don Alfonso, era ella la única que lo escuchaba. Antes estaban las otras dos criadas: Lucía, que se ocupaba de la limpieza, y Concha, la cocinera, gorda y redonda como un balón, pero simpática y tierna, que le enseñó a cocinar los platos favoritos de la familia. El día en que las despidieron fue un drama. Lucía se fue muy digna, en silencio, dejando solo el rastro de una mirada de reproche inolvidable; en cambio, Concha lloraba y gritaba, se daba golpes en el pecho y decía que nunca encontraría otro hogar, que si había hecho algo mal alguna vez lo arreglaría... No sirvió de nada, ya que el señor Ignacio no cambió de idea.

El criado volvió a llenar los vasos y, cuando estaba a punto de salir del comedor, Ignacio le llamó.

—Gregorio, después tenemos que hablar —dijo sin apartar la mirada del candelabro, mientras daba varios sorbos a su copa de agua.

Gregorio hizo un gesto con la cabeza y desapareció para perderse con la mirada en los azulejos de la cocina. Componían una imagen muy bonita de trazos delicados: un puerto de color azul, un pequeño pesquero con cajas cargadas de pescado que estaba atracando y tres marineros que lo amarraban. Le recordaba a su Galicia natal, su pequeño pueblo que se asomaba a la ría de Vigo, y le recordaba a su padre, que amaba el mar y la pesca. Sin sentarse, con la mirada perdida en esos recuerdos azules, comió lo que quedaba de la trucha directamente de la fuente.

Cuando acabaron de cenar, Ignacio y Matilde pasaron al cuarto de estar. Allí también las cortinas estaban echadas y no se podía disfrutar del mirador que se asomaba a la calle Goya. Había tres pesados sillones rojos con decoraciones

florales. Los reposabrazos estaban algo raídos y los últimos remiendos habían sido cubiertos con viejos tapetes de ganchillo.

En un rincón había un reloj de pared, que acababa de dar las diez de la noche con su lúgubre din-don de campana desentonada. Un escritorio de cerezo, una vitrina con incrustaciones florales y un sofá damascado de dos plazas completaban la decoración de la sala, junto con una mesita con viejas botellas de licor, cajas de puros cubanos y copitas.

En las amplias paredes, cubiertas con papel a rayas verticales doradas y granates, solo colgaba un espejo ovalado y un cuadro que representaba un galgo barcino de mirada alegre que enseñaba con orgullo su presa: una liebre que sujetaba entre los dientes y que no iba a soltar nunca.

Sin intercambiar una palabra, Matilde se sentó en uno de los sillones, retomando su bordado donde lo había dejado horas atrás. Ignacio cogió uno de los periódicos que solía comprar, *El Liberal*, y lo leyó hasta el último artículo.

Fuera reinaba el silencio más absoluto. Parecía una de esas noches de nieve en las que todo está bajo una gran manta blanca que impide la propagación de los ruidos. Aunque esa noche no había nieve, sino simplemente un vacío de mármol.

El reloj marcó las once y media. Matilde se sobresaltó como si se despertara de un sueño profundo, tan sumergida estaba en sus pensamientos y recuerdos. Sorprendida, se dio cuenta de que había acabado su labor: dos niños jugando en medio de un jardín, persiguiendo una mariposa naranja. Ignacio cerró el periódico, miró el reloj, llamó a Gregorio y se dio la vuelta hacia Matilde, a la que sonrió apenas.

—Enhorabuena, querida, lo has terminado. A las señoras del voluntariado les gustará muchísimo, estoy seguro.

—Claro, querido, gracias.

En ese momento llegó Gregorio, que ya había acabado de recoger la mesa y limpiar. Ignacio le hizo un gesto para que se sentara en una silla. Matilde lo miraba preocupada, mientras seguía dando puntadas para acabar la decoración del borde de su pequeña obra.

—¿De qué quería hablarme el señor? —preguntó Gregorio serio.

Ignacio no le quitaba la mirada de encima. El criado, cada vez más tenso, se sacudía motas invisibles de su pantalón. Matilde intentaba sonreír sin saber muy bien por qué.

—Verás, Gregorio, tú has sido una pieza fundamental en esta casa. Sin ti mis padres no hubieran podido criar esta familia. Hemos pasado muchos ratos juntos, momentos que nunca olvidaré. Tú me conoces desde siempre y sabes que una de mis principales virtudes es tener los pies en el suelo. Verás, los últimos

meses han estado llenos de desgracias: la noticia de la desaparición de mi tío Fernando en la guerra y, sobre todo, la repentina muerte de mi padre. Sabes también que me ha quedado una renta escasa y esta casa que mantener; además está Matilde, y luego yo, que tengo que sacarme el título de abogado, lo que me ha dejado con unas dificultades que cada día van a más. Las cosas, de momento, no parece que vayan a mejorar en un futuro próximo. Entiéndeme: si no hago esto, estamos perdidos, todos perdidos...

Matilde no podía creer lo que estaba escuchando.

—Querido, ¿qué significa esto? —intentó intervenir, pero Ignacio la congeló con su mirada. Hizo una pausa prolongada, buscando en la cara de Gregorio una respuesta, algo que le dijera que no hacía falta que siguiera adelante.

Ignacio se levantó, abrió la vitrina y cogió dos copitas que llenó con orujo. Le pasó una a Gregorio, que se quedó atónito mirando al suelo y esperando lo peor. Ignacio la vació de un trago, se volvió a sentar y prosiguió con desgana.

—Por desgracia, las cuentas de la casa hablan claro, Gregorio. Además, tienes ya una edad y creo que ha llegado el momento de que descanses y vuelvas a tu pueblo. Te pagaré, por supuesto, todo lo que te debo, y te he preparado algo más, digamos un regalo, un agradecimiento... Aunque supongo que tendrás algo de dinero ahorrado, ¿verdad? Si no es así, puedo ayudarte a encontrar otro trabajo; conozco varias familias con más estabilidad que seguro necesitan a un buen criado como tú.

Gregorio miró a Ignacio a los ojos casi con desprecio. Dejó la copa llena encima de una mesa y se levantó.

—Feliz Navidad, señor Ignacio. —Se dio la vuelta hacia Matilde, que protestaba por la decisión.

—Pero Ignacio, Gregorio es una ayuda excelente; sin él no sé cómo podremos seguir adelante...

—Nos acostumbraremos. Lo siento mucho, quizás habría debido hablarlo antes contigo, pero ya he tomado mi decisión.

—Señora, no se preocupe —dijo Gregorio—, entiendo la situación. Mañana por la mañana me iré. Buenas noches.

Gregorio salió de la habitación e Ignacio seguía sentado mirando la copita de orujo todavía llena encima de la mesa. La cogió y la volvió a echar en la botella. Luego abrió un cajón del escritorio, rellenó un talón a nombre de Gregorio y se lo dio a su mujer, a la que miró unos segundos con dureza.

—Dáselo tú. Yo me voy a la cama. Imaginaba que todo esto podía hacerse con una actitud mejor, sobre todo por tu parte, y que respaldarías mi decisión.

Apagó casi todas las velas de la sala y subió a su habitación. Se puso el pijama y se tumbó sin más, mientras en la otra habitación, al fondo del pasillo, Gregorio preparaba su maleta.

Matilde, incrédula y con las lágrimas a punto de saltársele de los ojos, cogió unas cuantas pesetas que tenía ahorradas y escondidas en su caja de costura y las envolvió en el bordado. Escribió una pequeña nota y, junto con el talón de Ignacio, lo metió todo en un bolsillo del abrigo de Gregorio, colgado al lado de la puerta. Le habría gustado hacer algo más, pero no sabía qué ni cómo.

Tras apagar las velas, subió al cuarto y se tumbó despacio en la cama. Tenía los pies helados.

Escuchando los ronquidos de Ignacio, Matilde se hizo un ovillo y empezó a sollozar, mojando la almohada hasta quedarse dormida.

CAPÍTULO 2

LA MUERTE DE ALFONSO

En julio de 1898, la guerra de Cuba se había perdido de forma penosa y la rendición de España frente a Estados Unidos era ya un hecho.

En el Ministerio de la Guerra, los funcionarios no dejaban de recibir y enviar despachos, telegrafiar órdenes y mensajes, mientras militares y secretarios no paraban de entrar y salir.

Alfonso Sánchez Coromina, funcionario de carrera, hacía su trabajo maquinalmente. Iba de un lado a otro del ministerio para asignar los recados al personal de inferior rango. Las noticias que oía acrecentaban sus temores y oscurecían su mirada con la pesadumbre de quien se teme lo peor.

En cuanto pudo, salió disparado hacia su casa.

Gregorio le abrió la puerta y le anunció que su hijo Ignacio, Matilde y don Benito ya estaban esperándole en el salón. Hace años, cuando empezó la guerra, Alfonso hizo lo imposible, desde su puesto en el ministerio, para localizar a Fernando, su hermano pequeño, que llevaba en Cuba casi veinte años y del que no recibía cartas desde hacía dos, pero no pudo pasar por alto ciertos reglamentos internos, por lo que tuvo que rendirse.

Entonces, un amigo de la familia, don Benito, se ofreció para ayudar a Alfonso en su tarea de buscar noticias de Cuba y tratar de averiguar si le había pasado algo a Fernando, y así, desde que la guerra empeoró, leer hasta el último anuncio de los principales periódicos madrileños y nacionales buscando noticias se había convertido en una costumbre familiar. Don Benito acudía todas las tardes, domingos incluidos, a la casa de los Sánchez Coromina con un gran fajo de periódicos bajo el brazo.

En realidad, buscar y clasificar noticias no era tarea nueva para don Benito, que, desde hacía unos años, era el encargado de gestionar un dinero que Fernando tenía que enviar a su hermano desde la isla caribeña. Con la guerra, don Benito sintió de repente crecer sus preocupaciones por Alfonso y su familia.

Todas las semanas que siguieron al 21 de julio, el día de la rendición, en los diarios empezaron a aparecer publicadas listas de repatriados y noticias sobre vapores y buques que volvían de ultramar, que atracaban en los puertos de La Coruña, Cádiz o Santander y de los que desembarcaban centenares de militares

heridos o muertos y civiles que lo habían perdido todo y a los que no les quedaba otra opción que volver a España.

Desde entonces, Ignacio y Matilde intentaban no molestar en casa: él se encerraba a estudiar y ella iba con sus compañeras de la Caritativa de San Isidro para recoger fondos destinados, precisamente, a las familias de repatriados.

Hacía mucho que Fernando se despidió para irse de aventura a las colonias, por lo que Ignacio no tenía recuerdos muy claros de su tío. Podía afirmar que era un tipo simpático, cariñoso y algo excéntrico, aunque no sabía decir si lo quería o no. Sencillamente, era el hermano de su padre, alguien que a veces se pasaba por casa. Cuando aparecía, Alfonso siempre cambiaba de expresión. A menudo se encerraban los dos en el despacho discutiendo. Las voces llegaban al piso de abajo atenuadas e indistinguibles, pero llenas de repiques y acentos desencajados, pocas risas y muchos silencios.

Matilde nunca llegó a conocer al tío de su marido, ya que, cuando se casaron, hacía ya doce años que Fernando se había marchado. Sin embargo, no le parecía un desconocido: era el centro de muchas discusiones en casa, por lo que había oído decir de todo sobre él: desde palabras exageradamente halagadoras hasta improperios de bajo calibre que habrían sonado como auténticos insultos si se los hubieran dicho a la cara. Así que para ella Fernando era una especie de mito, un ser presente y ausente al mismo tiempo, alguien al que había que querer por el mero hecho de formar parte de la familia de su marido.

Desde que dejaron de recibir sus cartas, de eso hacía ya dos años, Fernando volvió a ser el argumento principal de las discusiones domésticas y, sobre todo, el tema central de las charlas con don Benito, siempre a puerta cerrada en el despacho del piso de arriba, de las que se desprendían tensiones relativas a una deuda. De hecho, don Benito había sido elegido como mandatario para representar a Alfonso en esta pequeña pero delicada misión de recuperar ese dinero.

Entonces algo pasó, algo se torció y don Benito iba y volvía de la casa de los Sánchez Coromina con justificantes y justificaciones, papeles y papeletas, periódicos y billetes y voces de la calle que contaban algo y todo lo contrario sobre Fernando y lo que estaba pasando en Cuba.

Así pasó el tiempo, y la familia vivió julio y agosto en un constante estado de congoja, aún más insoportable por el extraordinario calor de ese verano y la falta de noticias.

Septiembre tomó el relevo del asfixiante agosto. A Alfonso aún le quedaban fuerzas para agarrarse a alguna vaga esperanza como la que le ofreció don Benito, el cual le dijo que tenía nuevos contactos en las capitanías de policía, en

los hospitales e incluso en esas ciudades lejanas donde desembarcaban cada mes varios navíos cargados de tristeza, desconfianza y derrota. Le prometió a don Alfonso hacer lo imposible para encontrar a Fernando o, por lo menos, para llegar a saber algo de él.

Como todos los domingos, ese 18 de septiembre Alfonso se fue a misa acompañado por Ignacio y Matilde. Cuando salieron, les esperaba la cara larga y apesadumbrada de don Benito, que se había quitado el sombrero y lo retorció sin piedad entre sus manos carnosas y peludas.

—Tenemos que hablar —dijo mirando al suelo.

—Hablabamos camino a casa —contestó cinéreo Alfonso.

Ignacio y Matilde miraban a don Benito sin decir nada. Los cuatro se encaminaron hacia casa. Los dos jóvenes se fueron quedando rezagados a unos cuantos metros de distancia, aunque Ignacio estaba especialmente interesado en todo lo referente a su tío, por lo que intentaba no perderse las novedades.

Unos metros más adelante iban con paso acompasado don Benito y Alfonso. Este con su aspecto elegante, su bigote poblado y su pelo siempre en orden, los ojos profundos de un seductor y las manos robustas de un trabajador que ha avanzado mucho en la vida a base de estudios, esfuerzo y amplitud de miras. Todo de él decía que era un hombre moderno: sin prejuicios, pero con unos sólidos valores en los que basaba su recta visión de la vida.

A su lado, don Benito casi desaparecía: se hacía cada vez más pequeño bajo la presión que sentía en ese momento. Como si su corbata negra estuviera a punto de estrangularlo, se ajustaba constantemente el alto cuello de su camisa pasada de moda. Parecía una marioneta con la cabeza redonda, el pelo negro pegado a la frente y dos largas patillas que bajaban hasta juntarse en un bigote que en él se veía pretencioso y exagerado.

—Verá..., no sé cómo decírselo...

—¿Se trata de Fernando?

—Sí...

Don Benito no sabía cómo controlar sus nervios. Caminaban por una acera tan atestada de gente que tuvieron que separarse para dejar pasar a unas mujeres que empujaban los carritos de sus bebés. Luego volvieron a juntarse al cabo de pocos metros. Don Benito volvió a ponerse el sombrero y habló sin dejar de secarse el sudor de las manos en los pantalones.

—Fernando ha muerto, don Alfonso. Lo sé por mis fuentes.

—¿Y son fiables esas fuentes? —preguntó Alfonso distante, como si estuviesen hablando de algo que no le tocaba lo más mínimo.

—Sí. Se trata de un hombre que estuvo con Fernando en el frente de Santiago.

—¿Fernando en el frente? ¿Qué hacía?, ¿reparaba las botas de los soldados?
—preguntó Alfonso, arrepintiéndose enseguida.

—Por supuesto que no —dijo apresuradamente don Benito, como queriendo establecer una honrosa verdad sobre su final—, todo lo contrario. Fernando, por lo que me ha contado este soldado, estuvo combatiendo como voluntario en Santiago. Cuando la guerra ya se daba por perdida y los buques intentaban abandonar la bahía, él y un puñado de valientes se quedaron con sus fusiles, sus pocas balas y nulas provisiones en la playa, disparando a todo yanqui que intentase abrirse camino para acceder al puerto. Dicen que fue el último en morir. Cuando los yanquis le rodearon, a Fernando ya no le quedaban recursos y le ofrecieron la vida a cambio de su rendición. Pero él, como un auténtico héroe, cogió lo último que le quedaba: una bandera de España y un cuchillo. Con la primera se envolvió. El otro se lo lanzó al enemigo. No tuvo tiempo de ver cómo la hoja rasgaba la manga de la chaqueta de un marino. Una bala le dio en pleno pecho y allí se quedó.

Delante de su casa, don Alfonso no decía nada. Se quedó mudo y con gesto impenetrable. Gregorio les abrió la puerta con su sonrisa de siempre y, sin mediar palabra, los dos hombres se fueron al despacho. Ignacio observaba a su padre y notó que subía las escaleras muy despacio. Era la primera vez que veía a ese hombre de cincuenta y cinco años, fuerte e inteligente, cansado y a punto de derrumbarse.

Matilde seguía sin decir nada, pero con la sensación de que algo malo estaba a punto de pasar.

Alfonso cerró la puerta acolchada de su despacho y don Benito se sentó delante del escritorio lleno de libros y papeles. Todavía encerrado en su silencio, don Alfonso se quitó la chaqueta, se desabrochó el cuello y los puños de la camisa y abrió la ventana para que entrara un poco de aire fresco. Sin sentarse, miró a la cara a don Benito, que tenía una expresión de pena.

—¿Cómo puedo fiarme de lo que dice ese soldado? ¿Hay otra manera de comprobar su historia?, ¿puedo hablar con él?

—Don Alfonso, la verdad es que la noticia de la muerte de Fernando me llega desde Santander. Este soldado era de allí...

—¿Era?

—Sí..., también él murió, en el buque que le llevaba de regreso a casa, hará cosa de una semana. Antes de morir, habló con un confesor y le contó toda la historia. Este confesor es uno de los contactos que tengo en esa ciudad. Ayer mismo me llegó su carta.

Don Benito sacó entonces una carta bien doblada del bolsillo de su chaqueta y se la pasó a Alfonso. Este la cogió. Vio que, efectivamente, tenía el

matasellos de Santander.

Alfonso se quedó un buen rato en silencio. Dejó la carta encima de la mesa y se pasó una mano por la cara. Sus ojos empezaron a humedecerse y a cambiar de expresión mientras miraban hacia algún punto indeterminado y lejano.

De pronto, Alfonso, tras agradecer su ayuda, le dijo a don Benito que se fuera, que quería estar solo, por lo que este se despidió con un gesto.

Pasados unos minutos, se oyó a Alfonso llamando a voces a su hijo Ignacio. Cuando llegó al despacho algo preocupado, vio a su padre, que, sentado en una silla, trataba de descargar sus nervios deslizando las manos por encima de sus rodillas.

—Mi hermano..., mi querido hermano... —Ignacio le abrazó preguntándole qué había pasado—. Dejé de creer en él, ¿sabes, hijo? Hace unos años le presté mucho dinero a Fernando, poniendo como garantía su mitad de esta casa. Él nunca me lo devolvió. Me prometió que me enviaría el dinero para recuperarla, pero me llegó solo un recibo, un mísero recibo y nada más. Tú lo sabes: desapareció por completo, dejó de enviar cartas... Don Benito dice que no ha recibido nada más que eso. ¿Cómo iba yo a creer en un hermano que no respeta sus compromisos con la familia? ¿Cómo iba a seguir queriendo a un hermano al que tenía por un disoluto, un sinvergüenza que derrochaba los bienes de su familia? Fernando, un golfo... Y en cambio, mira, mira esta carta: era un héroe. Mi hermano ha muerto como un héroe.

Alfonso no aguantó más: se encogió en su silla llorando y sujetándose la cabeza entre los puños mientras sus lágrimas caían copiosas.

Ignacio le miraba apenado sin saber qué decir. Se sentía muy incómodo y vagamente responsable, como si la muerte de Fernando fuera un asunto que le atañía directamente, aunque no había razones para pensar así.

De repente, Alfonso dejó de llorar.

—Discúlpame, hijo —dijo secándose las lágrimas.

Abajo, al pie de la escalera, se había quedado Matilde, mirando hacia arriba y rezando en voz baja, presa de un desasosiego indefinido, de un dolor que invadía toda la casa y del que no se podía escapar.

«Papá..., papá...», oyó Matilde. Era la voz aguda de Ignacio. La tensión dejaba paso a la desesperación.

—¡Don Alfonso! ¡Ignacio! ¿Qué pasa? —Mientras subía las escaleras, escuchó un ruido de sillas que se movían, de pies que se agitaban, de respiraciones entrecortadas.

Sin dudarle un instante, Matilde entró en el despacho y se encontró con lo peor. Alfonso estaba tumbado en el suelo, Ignacio le sujetaba la cabeza con una mano y con la otra le agarraba fuerte una mano. Intentaba hacerle tragar un vaso

de agua, pero no había manera. Todo el cuerpo de don Alfonso estaba rígido; su mirada se perdía en la de su hijo. Unas lágrimas caían por su rostro y la sombra de la muerte se cernía sobre él.

—¡Dios mío!, avisad a un médico...

—Ahora mismo... —contestó Gregorio, que ya estaba con un pie en la calle.

—Hijo... —dijo don Alfonso con un último resquicio de voz—, te dejo este peso... Perdóname... Sé honrado...

Ignacio no sabía qué decir, se limitaba a agarrar impotente la mano de su padre.

Al cabo de unos minutos, sin mediar palabra y subiendo las escaleras de dos en dos mientras se quitaba la chaqueta y se la dejaba a Gregorio, apareció el médico, que se lanzó dentro del despacho con su maletín y tomó el pulso a don Alfonso, que en ese momento murió.

El doctor lo comprobó tres veces más. Volvió varias veces a tratar de escuchar el corazón con su estetoscopio. Todo fue inútil. Incluso después de muerto, don Alfonso no perdía ese aire elegante, ese aspecto de hombre grande y generoso, aunque su mirada ya estaba ausente, las piernas y los brazos se iban relajando, el cuello había perdido su rigidez...

Ignacio le soltó la mano y se levantó mirándolo serio e incrédulo. Ni siquiera podía llorar. El médico, Gregorio y Matilde estaban de pie y en silencio alrededor del cuerpo.

Matilde había asistido a la escena con los ojos abiertos de par en par y con una mano tapando su boca. No podía moverse, solo dejar caer unas pesadas lágrimas por sus pálidas mejillas. Se acercó a Ignacio para darle su abrazo y un poco de consuelo. Ignacio se quedó con los brazos bajados y la mirada perdida entre las vigas del techo.

Las sombras se habían cernido por completo sobre la casa de los Sánchez Coromina.

CAPÍTULO 3

EL DESCONOCIDO

Ese domingo de Navidad, Gregorio se levantó de madrugada. No había pegado ojo en toda la noche. Había estado en la cama dando vueltas, mirando su maleta lista, apoyada en el suelo con su aspecto amenazante, que encerraba no solo ropa, sino preguntas, dudas y sospechas.

No tenía siquiera la fuerza para llorar y desahogarse. Siempre había sido un hombre alegre y servicial, pero eso no quitaba que su carácter, a base de soledad y de escasa dedicación a sí mismo, se hubiera endurecido con los años.

No entendía cómo podía ser que ahora, de repente, tras tantos años cuidando de la familia Sánchez Coromina, Ignacio, al que tantas veces acompañó al colegio, pudiera despedirlo así, sin otra razón que la económica.

Gregorio habría trabajado por la mitad del sueldo, o incluso gratis, con tal de tener un techo, ese techo que tanto quería, y comida.

No era hombre de vicios o de gastos; iba al teatro y a las corridas de toros solo de vez en cuando, no bebía y solo dos veces al mes se concedía el «lujo» de ir a echar unas partidas de cartas en el club social del barrio, donde se encontraba con sus pocos amigos, gente tan sencilla como él.

Tampoco le perdían las mujeres. Gregorio no era un hombre pasional; era más bien una de esas personas que, inexplicablemente para todos los demás, pueden pasar toda su vida sin el calor y la excitación no digo ya del amor, sino del simple erotismo. Por lo que una exigua parte de su presupuesto mensual iba dedicada a, digamos, pagar unos entretenimientos necesarios y puntuales. Nada más.

Todo esto ya no importaba. Ignacio ni siquiera le había dado la posibilidad de discutir, de pedir explicaciones y ofrecer alternativas. Tenía que irse y punto.

Cuando todavía el sol se escondía perezoso tras el horizonte, Gregorio, agitado por todos estos pensamientos, decidió levantarse y no esperar a que se despertaran sus antiguos señores.

Se lavó la cara, se vistió y se abrigó muy bien, ya que al abrir la ventana notó un soplo de aire gélido golpearle el pecho. Cogió su maleta y bajó despacio las escaleras. Por un momento se sintió como un ladrón: otra punzada de

vergüenza inexplicable, mezclada con la tristeza y la rabia de tener que vivir todo eso.

Cuando llegó al último peldaño, dejó la maleta en el suelo. El estómago se le removía por la agitación y el hambre. No sabía si tenía derecho a llevarse algo a la boca antes de salir, pero ¡qué demonios!, a esas horas no iba a encontrar ni la sombra de una tasca abierta, así que se fue a la cocina caminando de puntillas para no hacer ruido. Podía moverse en la oscuridad sin necesidad de encender velas, ya que conocía esa casa palmo a palmo. Abrió los estantes, cogió unas cuantas rebanadas de pan y las llenó con unos trozos de queso viejo. En un vaso se sirvió los restos del vino de la noche anterior, se sentó y se lo comió todo a grandes bocados, dejando caer un mar de migas encima de su chaqueta. No le sabía a nada.

Cuando acabó, lo limpió todo rápidamente y se fue de nuevo hacia la puerta. Notaba cómo iban volviendo sus fuerzas, quizás más por el gesto de «robar» ese último desayuno que por el desayuno en sí.

Se puso el abrigo, el sombrero, cogió su maleta y notó lo mucho que pesaba. Abrió la puerta y puso un pie fuera.

Antes de cerrar se dio la vuelta para mirar por última vez esa casa donde dejaba todo su pasado.

Miró hacia arriba, hacia la puerta de la habitación de Ignacio y Matilde. Su último pensamiento fue para ella.

Finalmente, cerró la puerta tras de sí con un suspiro. Miró al cielo, cubierto de nubes leves que habían dejado en el suelo un ligero manto de nieve a punto ya de derretirse. Dio una bocanada de aire y, sin saber muy bien hacia dónde ir, se puso en marcha resoplando en voz baja un «feliz Navidad».

En ese momento metió la mano en el bolsillo y encontró el pequeño atadizo con el dinero de Matilde, el cheque y su nota, que leyó una y otra vez. Decidió ponerse en marcha solo cuando el frío punzante le obligó a moverse.

* * *

Un par de horas más tarde, Matilde e Ignacio abrieron los ojos. Ella se levantó sintiendo su pecho encogido al recordar la noche anterior. Ignacio estaba ya en la cocina sin saber cómo preparar un desayuno.

Matilde cogió el pan esperando que Gregorio hubiera desayunado antes de irse. Se movía de un lado a otro buscando el mantel, luego las servilletas, los cubiertos... Era evidente que no sabía dónde estaban las cosas. Estaba

acostumbrada desde siempre a tener servicio en casa y le gustaba no tener que preocuparse por las minucias de las tareas domésticas.

Al cabo de un rato, los dos se sentaron y comieron sin decir una palabra. Fuera, el sol iba levantándose mientras las calles se quedaban vacías y silenciosas.

—Hoy no salen los periódicos —rompió el hielo Ignacio.

Matilde no contestó; seguía mirando su plato. Ignacio le preguntó si estaba enfadada por alguna razón.

—¿Que si estoy enfadada? —repuso ella intentando no gritar—. ¿Te das cuenta de que has despedido a Gregorio así, de un día para otro, y en plena Navidad?

—Sabes muy bien que no pasamos por un buen momento y...

—Y no podías esperar por lo menos a que pasaran las fiestas, ¿verdad?

—No te pongas así, querida...

Los intentos que hacía Ignacio sonaban algo melosos e ineficaces, ya que su tono era más bien el que se usaría con una niña que quiere llamar la atención con sus rabietas.

—Han sido meses difíciles, lo sé —dijo Matilde tratando de calmarse—, pero Gregorio no era un empleado cualquiera. Lleva toda su vida con esta familia, y nosotros...

—¿Le necesitamos?

—Sí..., y no solo por sus servicios, sino porque... Déjalo, déjalo, no me hagas hablar.

—Habla, te lo pido por favor.

—No me parece apropiado discutir en un día como hoy, que debería ser alegre y sagrado —añadió Matilde tratando de calmarse. En su interior se removían y mezclaban pensamientos de varia índole. Sabía que podía herir a Ignacio y no quería. Pero ¿hasta qué punto podría contenerse? Si por lo menos él hubiese sido capaz de demostrar algo de comprensión, de reconocer que su decisión, por dura y necesaria que fuese, había sido algo desacertada e impiadosa.

—Tienes razón, ¡feliz Navidad! —Ignacio envió un beso a Matilde desde su lado de la mesa. Ella no lo recibió.

—Tenemos que prepararnos —contestó ella levantándose y recogiendo los platos—, dentro de una hora hay misa.

—Espera, no quiero que estés enfadada... A mí tampoco me gusta lo de no tener a Gregorio, pero...

—¿Pero qué? Era la única compañía que tenía en esta casa, la única sonrisa que me recibía en la puerta.

—Nos tenemos el uno al otro. No seas boba, Matilde.

—De boba, nada. Tú sabes muy bien de qué hablo.

Ignacio no tuvo fuerzas para oponerse a esos argumentos. Esa soledad y silencio a los que se refería Matilde eran debidos a la falta de hijos. Ignacio sabía perfectamente que sobre ese tema era mejor no decir nada, por lo que respondió como siempre: hacer como si no fuera con él y pasar a otra cosa.

Mientras se arreglaban para ir a misa, el repique de las campanas llenaba la atmósfera de toda la ciudad y de las casas del barrio empezaban a salir las familias en dirección al convento de las agustinas.

Matilde bajó al vestíbulo, cogió su abrigo de piel y su sombrero algo pasado de moda. Llamó con insistencia a Ignacio para que se diera prisa. En ese momento, alguien tocó al llamador de la puerta. No esperaban la visita de nadie. ¿Podía ser Gregorio? O quizás era don Benito.

Volvieron a llamar a la puerta, esta vez con golpes más fuertes y más alejados uno de otro. Parecía una mano cansada. Ignacio dijo desde la habitación que abriera ella, y así lo hizo.

Al otro lado de la puerta había un hombre de unos cincuenta años, alto, con los ojos entornados y la mirada profunda, el ceño fruncido en un gesto cansado. La barba de una semana cubría un rostro excavado pero sólido, en el que se apoyaban una nariz firme y dura y una boca fina con un gesto que dejaba dudas sobre si su dueño estaría a punto de pronunciar una blasfemia o un chiste.

Ese hombre, que no tenía pinta de estar para bromas, parecía ser alguien venido de muy lejos, que no descansaba desde hacía meses y que vestía ropa que parecían ser vestigios de unos tiempos más afortunados: un pantalón azul de pana, botas gastadas, una camisola con cuello alto y una chaqueta que no se ajustaba a la moda europea. El pelo alborotado salía por los lados de un amplio sombrero marrón que no pegaba con el resto del conjunto. Llevaba una maleta no muy grande.

Ese hombre y esa mirada profunda que hipnotizaron a Matilde no parecían venir de Madrid ni de España... Era más bien el aspecto de alguien escapado de alguna plantación de otra parte del mundo.

—¿Qué desea? —preguntó Matilde intentando recuperarse de su indecisión.

El visitante no sabía qué contestar, se quedó un rato en silencio, mirándola, apoyado con un brazo en el quicio de la puerta.

—¿Le puedo ayudar en algún modo? —insistió Matilde con su amabilidad.

En ese momento, escuchó unos pasos detrás de ella. El desconocido de la puerta desvió la mirada. Ignacio se acercó deprisa a la puerta al darse cuenta de que el tipo que estaba delante de su mujer, ese hombre desconocido, no tenía el aspecto de ser alguien al que se invita a tomar el té.

—¿Qué ocurre, quién es usted y qué quiere? —preguntó Ignacio apartando a Matilde.

—Me han dicho que aquí vive don Alfonso Sánchez Coromina —dijo por fin el desconocido con una voz que salía directa del pecho, profunda y educada al mismo tiempo. El ligero tono extranjero que se podía apreciar en su pronunciación se veía acentuado por un deje cansado que parecía recorrer todo su cuerpo y le hacía estremecerse.

—Desgraciadamente, don Alfonso falleció, pero, sí, esta era su casa. ¿Desea usted algo? —preguntó Ignacio.

Matilde, justo detrás de él, no podía dejar de fijarse en los ojos de ese hombre.

Cuando el otro oyó que Alfonso ya no estaba entre los vivos, pareció acusar el golpe como si le hubiesen dado una punzada con un cuchillo. Cerró por un momento los ojos y se santiguó dolorido.

—Pobre Alfonso...

Ignacio y Matilde le miraban sin entender nada.

—¿Quién es usted?

—Si me deja pasar se lo cuento —contestó el hombre, que ya no se apoyaba en el marco de la puerta y parecía haber recuperado algo de fuerza.

Los dos se miraron unos instantes a los ojos.

—Escuche, caballero, estábamos a punto de salir. Por si no lo sabe, es Navidad y la gente de bien va a misa un día como hoy. ¿Usted no va, señor...?

—¡Navidad! Ni siquiera sabía qué día era... Sinceramente, no estoy para ir a misa.

—¿Pero se puede saber quién es usted? ¿Mi padre y usted se conocían?

Ignacio intentaba ser educado, pero esa situación le estaba haciendo perder la paciencia e incomodando sobremanera.

El hombre, al oír que era hijo de Alfonso, sonrió, cogió su maleta y con un «me permite» entró en la casa. Ignacio le miraba aturdido; Matilde temblaba nerviosa.

—Disculpe —dijo ella—. ¿Le parece a usted manera de entrar en casa de la gente sin haber sido invitado?

El desconocido dejó la maleta en medio del vestíbulo y miró a su alrededor. Observó los detalles de la casa, tocó unos cuantos vasos y objetos que estaban encima de las mesitas y empezó a sonreír con una rara melancolía en el rostro. Respiró fuerte dos o tres veces, como para empaparse enseguida de ese olor doméstico. Parecía alguien que llevaba mucho tiempo vagando de un sitio a otro sin tener nada parecido a una casa.

—Escuche: si podemos hacer algo por usted, estaré encantado de recibirle mañana, aquí, en casa. Si tenía que decirle algo a mi padre, podrá decírmelo a mí, y si hay algo que arreglar, lo arreglaremos. Pero ahora, si no le importa, nos gustaría celebrar nuestra Navidad.

Ignacio hizo el gesto de invitarlo a salir. El frío entraba copiosamente por la puerta aún abierta. Los vecinos que bajaban por la acera miraban curiosos lo que sucedía en el interior de la casa y seguían su camino cuchicheando discretos.

—Así que tú eres Ignacio... —dijo el hombre mirándolo a la cara—. Y esta entonces será tu mujer... A ver si me acuerdo, no me lo digas..., Matilde, ¿verdad? Sí, eso es, Matilde. Encantado de conocerte.

El hombre hizo un ademán cortés, se inclinó para besarle la mano y le sonrió al verla sonrojarse. Matilde miró a Ignacio suplicándole que hiciera algo.

Ignacio parecía petrificado. Miraba a ese hombre alto y delgado, corroído por los años y por alguna mala pasada del destino, ahí parado en medio del salón. Cerró la puerta a sus espaldas sin dejar de mirarle a la cara.

—¿Cómo sabe mi nombre? ¿Por qué me tutea?

Entonces el otro, cansado de tanta comedia, se quitó el sombrero y se le acercó tendiéndole la mano.

—Ignacio, soy Fernando, tu tío. ¡Deja que te abrace!

Ignacio, enmudecido, se había convertido de repente en una especie de muñeco de trapo sin voluntad ni reacción y se dejaba abrazar y estrechar la mano.

Matilde, al oír la noticia, tuvo que sentarse para no desmayarse. ¡Fernando! ¿De verdad era Fernando el hombre que estaba ahí de pie, en su casa, abrazando a su marido?

Fernando entró en el cuarto de estar seguido por la pareja, y se sentó, o mejor dicho, se dejó caer como un saco de piedras en uno de los sillones.

—Y ahora, cuéntame, sobrino: ¿qué le pasó a mi hermano? —le preguntó mirándolo directo a los ojos.

Ignacio y Matilde, tras unos instantes de duda, se sentaron junto a él. Esa fue la primera Navidad en la que nadie de la familia Sánchez Coromina fue a misa.

CAPÍTULO 4

FERNANDO

A Ignacio le costó bastante recuperarse de la impresión que le había causado esa especie de fantasma, ese aire cansado y algo apagado de Fernando, su ropa sucia, ese sombrero lleno de polvo y la barba descuidada. Era el vivo retrato de un muerto recién salido de su tumba para darse un paseo entre los vivos. ¿Por qué justo ese día? ¿No podía dejarlos en paz? Ya tenían suficientes problemas y desgracias como para tener también que rendir cuentas a un muerto.

Pero Fernando no estaba muerto, ni mucho menos, y sin pedir permiso se levantó y se fue a la cocina, de donde volvió masticando y con un gran vaso de agua en la mano.

Matilde, al ver que Ignacio no se recuperaba de la sorpresa, trató de encauzar la conversación.

—Como puede ver, don Fernando, mi marido Ignacio..., su sobrino..., bueno, está algo desconcertado.

—¿Y quién no lo estaría? —contestó él mientras tragaba una sardina que desapareció rápida entre sus dientes—, aunque podría dejar de mirarme como si fuese un fantasma, ¿no?

—Está tan sorprendido de verle, sobre todo después de las noticias que nos llegaron... Y, además, la muerte de don Alfonso... No son tiempos fáciles. Estoy segura de que se alegra muchísimo de que usted esté bien y en casa.

—Por cierto, puedo llamarte Matilde, ¿verdad? Dejémonos de «ustedes» y de formalidades inútiles; somos de la familia y entre nosotros no es necesario ir con remilgos.

La pobre Matilde miraba al suelo algo confusa. No solía tratar con personas tan directas, y, por mucho que intentara ser cordial, el otro parecía empeñarse en romper sin ningún reparo todas las reglas de educación y convivencia. Pero ella, con su buen corazón, sabía que Fernando era hombre de mundo, que probablemente había sufrido hambre e incomodidades varias; quizás había estado en lugares horribles y se había visto obligado a tratar con hombres y mujeres de la peor calaña. Su sentido de la piedad y su capacidad para conectar con la gente, así como su inconfesable impaciencia por conocer todos los

detalles de la vida de ese hombre tan diferente, tan nuevo para ella, le ayudaban a no dejarse trastornar por esos sentimientos encontrados.

Ignacio seguía inmóvil, vestido y abrigado, listo para salir, aunque su expresión no era la de alguien que está a punto de hacer nada. Estaba sentado en su sillón, de espaldas al mirador por el que apenas entraba, entre las cortinas a medio abrir, algo de luz de la calle. Las manos entrelazadas y pegadas a su barriga, la barbilla apoyada en su pecho..., toda su persona estaba pensativa y llena de dudas oscuras.

Fernando se fijó en los muebles. Se acercó al mirador y abrió las cortinas. De repente, la habitación se llenó de luz. Ignacio reaccionó como si fuese un vampiro dormido, casi saltó de su sillón tratando de darse la vuelta.

—Hombre, sobrino, ¿qué haces a estas horas en la oscuridad? No me digas que tienes esa enfermedad del sol, ¿cómo la llaman?

—No, Fernando, no estoy enfermo —contestó Ignacio escandalizado, volviendo a cerrar las cortinas—. A lo mejor se te han olvidado ciertas costumbres: cuando una casa sufre un luto importante, no se puede ir por ahí disfrutando del aire, del sol... Hay que ser discretos y llevar dignamente el dolor. ¿No crees?

—¿Qué importa lo que crea yo? Pero deja que abra por lo menos un poquito, así... —Fernando había vuelto a acercarse a las cortinas, abriéndolas apenas—. Eso es, un resquicio de luz para que nos veamos las caras, ¿no? Tenemos que hablar de un montón de cosas...

Mientras se sentaba en el sofá rojo, Fernando se fijó en el cuadro del perro con su presa. No se acordaba de que hubiera algo así en la casa y, como si fuera lo más normal del mundo, preguntó si hacía mucho que lo tenían.

—Hace cinco años —contestó secamente Ignacio.

Fernando miró con una sonrisa a Matilde y luego a Ignacio. Se creó un silencio incómodo, uno de esos silencios llenos de preguntas sin respuestas, de cosas por saber, de años pasados sin hablarse, de cuestiones delicadas y olvidadas. Demasiadas cosas por retomar. Y ninguno de los tres tenía ni idea de por dónde empezar.

Lo más fácil era hablar de Alfonso, así que Ignacio le contó lo que pasó el día de su muerte. Al oír el nombre de don Benito, Fernando se quedó sorprendido.

—¿Don Benito?

—Sí, un amigo de mi padre. Nos ha ayudado en muchos asuntos, lleva las gestiones de la casa y se encargaba de algunos negocios con la familia de Matilde.

—Creo que no lo conozco en persona, pero ¿no será acaso el que recibía el dinero que yo enviaba desde Cuba?

Al oír eso, Ignacio se quedó mudo unos instantes. No sabía exactamente cómo reaccionar, así que, según su forma de hacer en ese tipo de situaciones, optó por dejar pasar el tema y hacer más tarde sus averiguaciones.

—Sí, el mismo. También fue quien le dijo a mi padre lo de tu muerte en el frente...

—Él nos dio la noticia, ¿sabes? —dijo Matilde—. Don Alfonso, que en paz descansa, hablaba de ti muy a menudo, Fernando. La historia de tu muerte le dolió mucho...

—Sí, estoy seguro de ello —contestó él con cierta ambigüedad.

Matilde, queriendo relajar el ambiente, quiso saber qué había hecho en Cuba y empezó a preguntarle por su vida allí, por la guerra. Ignacio, silencioso, se había vuelto a encerrar en sus pensamientos agitados.

Fernando les contó que lo de la noticia de su muerte no era totalmente falso.

—No sé qué os habrán contado, pero estuve a punto de morir —dijo Fernando mientras se erguía del sofá y se quitaba la chaqueta levantando una nube de polvo. Cuanto más avanzaba en su relato, más se emocionaba y gesticulaba—. Me encontraba en Santiago, quería ayudar a los soldados, a los nuestros, pero no podía alistarme, así que un día me di cuenta de que una de sus mayores necesidades era el agua. Sí, como lo oyes: el agua escaseaba, hacía un calor infernal esos días y los pobres, con sus uniformes y sus fusiles pesados, tenían que avanzar metro a metro entre matorrales, rocas y arena, acechados en cada instante por los yanquis.

»Conocía muy bien ese territorio, por mis negocios, y me sabía de memoria todas las fuentes que había, incluso las más escondidas. Ese era un día crítico: si la tropa de la tercera compañía no tomaba una de las torres que controlaban el acceso a la bahía, estábamos perdidos. Los soldados se encontraban al límite de sus fuerzas. Cogí a un par de negritos amigos míos; allí no eran todos malos, a muchos les gustábamos los españoles y no querían oír hablar de yanquis... Se vinieron conmigo, cada uno con dos cubos grandes de metal. Y mientras las balas empezaron a silbar sobre nuestras cabezas, nosotros íbamos y veníamos de esas fuentes al campo de batalla con los cubos llenos de agua. Si no hubiera sido por nosotros, allí mismo habrían muerto unos cuantos centenares de soldados más, muertos por la bala más peligrosa que hay: la sed.

Pensando en las gargantas secas de esos días, Fernando se fijó de repente en el mueble con las botellas y las copas. Se acercó mientras contaba detalles menores sobre el paisaje de la bahía de Santiago, cogió una botella de orujo y se sirvió un buen trago. Ignacio y Matilde le miraban desconcertados.

—¿Bebes a estas horas de la mañana? —preguntó escandalizado Ignacio.

—Qué importa la hora que es, ¡estoy contando una historia! Bueno, al final una bala me alcanza, me da de refilón en una pierna, nada grave, pero ya no podía llevar peso ni hacer nada, y, además, la siguiente bala habría sido para mi cabeza o para los chicos que me acompañaban. Cuando vimos que la batalla estaba perdida, los dos negritos me ayudaron a arrastrarme de vuelta al bosque. Allí me desmayé. Cuando desperté, estaba en un hospital. Aún lo recuerdo: esa enfermera mulata, guapísima, anunciándome que España había perdido la guerra. No pude evitarlo y me puse a llorar. Ese dolor me quitó el otro, el de la pierna. Isabel se llamaba... Me refiero a la enfermera, claro.

Fernando, para cerrar de forma más dramática su historia, se tumbó de nuevo en el sofá y dio un último y largo trago a su copa de licor.

Matilde le miraba asombrada. Ignacio, no demasiado impresionado por su relato, se levantó de su sillón, volvió a cerrar las cortinas, comprobó en el reloj de pared que ya se acercaba la hora de comer y, como buen anfitrión que trata de echar a las visitas sin aparentar prisas e incluso fingiendo algo de dolor por la despedida, dijo:

—Muy bien, tío Fernando. De verdad que me ha sorprendido muchísimo volver a verte así, después de creerte muerto y sin saber de ti desde hace años. Es un placer saber que estás bien y, sobre todo, saber que has vuelto a España, a Madrid. En esta casa siempre serás bienvenido, no lo dudes. Ahora me imagino que tendrás a más gente esperándote y se acerca la hora de comer...

Fernando lo miraba burlón. No se perdió una palabra de lo que decía su sobrino y le escuchaba con atención, observando ese aire tan profesional de alguien que tiene una carrera y sabe cómo comportarse en sociedad.

—Pero..., ¡sobrino! —dijo Fernando quedándose bien sentado en el sofá—. El día es largo y la vida muy corta. Deja que me quede aquí, en mi casa —subrayó bastante el «mi»—; quiero ver las cosas de mi hermano, disfrutar de nuevo de este lugar que tanto amaba. Además estáis vosotros, mi familia. Sois una pareja tan joven y apuesta, ¡mira tu mujer! ¿No queréis saber más sobre mis aventuras de ultramar? Tengo historias para aburrir, así que ¿seguro que no podrás aguantar unos días a tu pobre tío?

Ignacio se dio cuenta de que Fernando había mencionado el dinero que Alfonso no había recibido. El tío Fernando se creía, pues, con un derecho que realmente no tenía. Ignacio, siempre tan diplomático y calculador, no se dejó llevar por las emociones y pensó que era mejor esperar antes de hacer nada.

—Entonces, Fernando, dices que quieres quedarte aquí, ¿verdad?

—Eso es exactamente lo que te estoy diciendo, sobrino. —Fernando fijó su sonrisa abierta en su cara seria.

—Pero eso... Bueno, la verdad es que va a ser bastante incómodo para los tres... Si quieres, puedo ayudarte a encontrar un alojamiento más apropiado. Conozco a mucha gente en Madrid, sobre todo en este barrio.

—Mira, Ignacio, de verdad que te agradezco mucho tu ayuda, y no pienses que la estoy despreciando ni que quiera hacerte un feo y molestarte, pero pienso que lo mejor es que me quede. Casi no os daréis cuenta de mi presencia. Además, mi situación ahora no es precisamente cómoda ni estable. Necesito un lugar seguro y acogedor en el que quedarme unos días, y nada será mejor que este hogar. Justo el tiempo para acostumbrarme de nuevo al aire de Madrid, volver a retomar unos viejos contactos (si es que todavía siguen vivos), recuperarme de la noticia de la muerte de mi pobre hermano, que todavía no me creo...

—¿De cuánto tiempo estamos hablando? —preguntó directo Ignacio. Matilde, de nuevo, se interpuso, sobrepasada por su piedad.

—Ignacio: Fernando es tu tío, lo natural es que se quede aquí unos días. ¿No te parece?

—Mujer, sabes muy bien que ahora mismo no vivimos tan holgadamente como podría creer el tío Fernando y...

—No seré ninguna carga, si es esto lo que te preocupa —interrumpió Fernando levantándose del sofá al ver que casi los tenía a los dos en el bolsillo—. Solo te pido un pequeño préstamo para sobrevivir. En la guerra lo he perdido todo, todo lo que tenía, y ahora solo me quedáis vosotros. No tendréis que hacer nada por mí y os ayudaré en lo que haga falta. Serán solo unos días y así tendremos tiempo para arreglar lo de la casa y ponernos al día.

Si las miradas pudieran hablar, allí tendríamos un concierto de conversaciones. Fernando y Matilde se miraban sin saber qué decir, pero no fue necesaria ni una palabra más, ya que Fernando cogió su chaqueta y su sombrero, la maleta y la botella de orujo y se encaramó por las escaleras como si estuviera en un barco pirata.

—La habitación de mi hermano me parece lo más apropiado —dijo mientras abría la puerta del dormitorio de Alfonso.

Lanzó sus cosas encima de la cama, hecha desde hacía meses, volvió a asomarse por la puerta y envió besos a los dos jóvenes que le miraban atónitos desde abajo.

—Muchas gracias, Dios os pagará por esto, queridos sobrinos. No os vais a arrepentir, os lo aseguro —gritó con entusiasmo mientras cerraba lentamente la puerta de su habitación, desapareciendo tras ella—. Dadme el tiempo necesario para poder limpiar y descansar este cuerpo roto de tantos viajes y peligros y ya

veréis. Sobrino, por favor, déjame unas cuantas pesetas, vamos... Te devolveré el doble en cosa de un mes, no te preocupes. ¡Ya verás!

CAPÍTULO 5

COSAS QUE AVERIGUAR

Esa misma tarde Ignacio se fue a casa de don Benito con la intención de aclarar el espinoso tema de la deuda de Fernando.

La impetuosa e inesperada llegada de su tío había puesto todo su mundo del revés. Ignacio no tenía tiempo para todo aquello. Debía pensar en sus asuntos, contestar unas cuantas cartas, atender a un par de clientes que le habían pedido consejo y seguir estudiando para su examen de abogado del Estado. No necesitaba ese revuelo ni otros eventos que pudieran sacar su vida de la monotonía y de la previsibilidad.

Antes de irse, con Fernando todavía encerrado en la antigua habitación de su padre, abrió la pequeña caja fuerte que Alfonso tenía escondida en una trampilla cerca de la cocina, y de cuya existencia nadie, ni siquiera Matilde, estaba al corriente. Tras asegurarse de que nadie le estuviera mirando, sacó una caja de hierro y abrió la doble cerradura. Allí tenía guardados unos ahorros para posibles emergencias. Sacó unos billetes y volvió rápidamente a esconder la caja en la trampilla. Cuando salió de la cocina se topó con Matilde.

—¿Qué te parece tu tío Fernando? —preguntó ella.

Ignacio sacó del bolsillo el dinero y se lo agitó en la cara.

—¿Que qué pienso? Pienso que tendremos que librarnos de él cuanto antes. Acaba de llegar y ya me ha costado treinta pesetas. Espero que sepa gestionarse con el dinero y que le duren mucho.

Dicho esto, se quedó un rato pensativo, le pasó el dinero a Matilde, que lo cogió extrañada, y le dijo que se lo diera ella cuando «el tío quisiera tomarse la molestia de levantarse de la cama».

Acto seguido cogió su abrigo y salió de casa sin dar más explicaciones.

* * *

La casa de don Benito estaba en pleno centro de Madrid, en una vieja corrala de Lavapiés, y ocupaba más de la mitad de una planta. A Ignacio le obsesionaba la forma en la que los demás conseguían ganar dinero y cómo se lo gastaban. De hecho, Ignacio siempre se había preguntado cómo había

conseguido don Benito juntar tres pisos de esa forma y, sobre todo, con qué dinero. En sus conjeturas, achacaba ese hecho a algunas habilidosas dotes de mercante que tenía el gordo amigo de la familia.

Cuando llamó a la puerta, le abrió una mujer con maneras y aspecto de ser la criada: una mujer muy sólida, con bigote y cara de albañil o de minero. En cuanto Ignacio se identificó como el hijo de Alfonso Sánchez, la masculina señora le dejó pasar sonriendo abundantemente y deseándole una feliz Navidad. Una vez dentro, la mujer se presentó. Dijo que ella era la señorita Paca, la hermana de don Benito.

Ignacio quería hablar con él urgentemente. La hermana le dijo que don Benito había ido a Chamberí por unos asuntos privados, pero que no tardaría mucho en volver. Ignacio, incomodado por el volumen cercano al grito con el que hablaba la mujer, sintió el impulso de dar media vuelta e irse, pero ella le invitó a un vermú y a sentarse en el mismísimo despacho de su hermano hasta que él llegara.

La hermana se fue para seguir con sus tareas, dejando la puerta entreabierta. Ignacio bebía a pequeños sorbos el vermú, que, como cualquier bebida alcohólica, se le subía rápido a la cabeza y le ponía enseguida nervioso.

El despacho tenía dos ventanas que se asomaban a un pequeño y sucio callejón trasero. Los muebles estaban llenos de libros, de objetos exóticos e inútiles, de polvo y archivadores. Un reloj de pared indicaba que eran las cuatro y cinco de la tarde, y una ligera corriente helada hizo que Ignacio, aún encerrado dentro de su abrigo, terminara de un trago el vermú para calentarse de golpe. Se sentó y se levantó varias veces de la silla que estaba justo delante del escritorio cubierto de cartas y carpetas.

Se acercó para dejar el vaso vacío y, curioseando, el ojo le cayó encima de una carpeta gris cuya etiqueta ponía «Cuba».

Otro escalofrío recorrió la espalda de Ignacio. Miró furtivo a su alrededor, cerró la puerta del despacho y volvió al escritorio. Se movía rápido, con los hombros encorvados. Sin pensárselo dos veces, abrió la carpeta con avidez.

Examinó sin parpadear todas las hojas que contenía. En algunas aparecía el nombre de su padre, Alfonso, rodeado de muchas cifras, sumas y restas. El nombre de Fernando también aparecía en varias ocasiones, acompañado de números con dos ceros. ¡Dinero!

No vio recibos, pero encontró un sobre con el sello de Cuba dirigido a Alfonso y con la dirección de su casa.

Volvió a abrir bien los oídos y a mirar a su alrededor. Silencio, no había nadie. La señorita Paca seguiría en la cocina. El reloj marcaba ahora las cinco menos diez. Don Benito estaría a punto de llegar, tenía que darse prisa.

Ignacio sacó la carta del sobre, la abrió y la leyó tres veces seguidas, ahondando en una incredulidad feliz y llena de presagios.

Queridísimo hermano Alfonso:

Con este último envío de ciento cincuenta pesetas, y si mis cuentas no mienten, podemos considerar zanjado el tema de la deuda.

Sé que no creías en mí, quizás pensabas que no habrías vuelto a ver nunca más ese dinero que me adelantaste con mi parte de la casa como garantía. Sin embargo, me has ayudado, me has dado esperanza y he podido sobrevivir. No sabes lo mucho que te lo agradezco. Siempre estaré en deuda contigo.

En la isla las cosas están muy revueltas. Ahora que la diplomacia parece haber renunciado a su misión, aquí se respiran malos vientos de guerra, aunque todavía no han confirmado nada. Espero poder volver a España antes de que la situación empeore.

Los negocios me han ido bien hasta ahora, pero ya no es lo mismo, y todos por aquí parecen tener miedo a perderlo todo si estalla la guerra. ¿Qué hacen los de Sagasta en sus asientos en el Congreso? ¿Y qué hace el rey, aparte de perder el tiempo?

Creo que ha llegado el momento de regresar a casa, sentar la cabeza y volver a abrazarte.

Te envío mis mejores deseos. Pronto nos veremos.

Tu eternamente agradecido hermano,

Fernando

CAPÍTULO 6

¿Y AHORA QUÉ?

Ignacio hacía rápidamente sus cálculos como si fuera un especulador de Bolsa cuando faltan pocos minutos para el cierre de los mercados y espera la señal para vender o comprar esa acción que dará un vuelco definitivo a su carrera y a su entera existencia.

Al oír a la señorita Paca dándole la bienvenida a don Benito —benditas sean las mujeres que hablan usando toda la potencia de su pecho—, Ignacio, por instinto, metió la carta y el sobre en su bolsillo, volvió a cerrar la carpeta gris y se sentó con el vaso vacío entre sus manos.

En ese momento se abrió la puerta del despacho y entró don Benito, visiblemente sorprendido por la inesperada visita de Ignacio; tan acostumbrado estaba a que le avisara de su llegada con al menos un día de adelanto.

Los dos se saludaron cordialmente, mientras don Benito colgaba su abrigo helado en el perchero con movimientos lentos y pesados. Se acercó a la estufa y añadió un tronco que avivó enseguida el fuego. No dejaba de hablar del frío que hacía en la calle, de la cantidad impresionante de mendigos y enfermos que se veían en cada esquina, de los clientes que se volvían cada vez más escasos y pesados.

—¡Ay, don Ignacio, ojalá fueran todos como su difunto padre, que en paz descanse! —dijo tomando posesión de su silla reforzada con gesto cansado—. Ni siquiera en Navidad puede uno descansar, ¿adónde iremos a parar a este paso? Pero, dígame, ¿qué puedo hacer por usted?

Ignacio, que no dejaba de apretar cada vez con más fuerza su vaso, empezó a hablar aparentando calma, despacio, midiendo el valor y el peso de cada palabra.

—Don Benito, usted sabe muy bien el aprecio que he tenido siempre a su labor de mediador y contable de nuestra familia. Además, en el duro asunto de la lejanía silenciosa de mi tío Fernando, perdido durante años en Cuba y haciendo quién sabe qué por aquellos lugares, con mi pobre padre soportando estoicamente el dolor y la preocupación constantes por su ausencia, en todo este asunto, digo, usted siempre se ha mantenido a nuestro lado, apoyándonos.

Ignacio hizo una larga pausa meditada, dejó el vaso encima del escritorio como si acabara de darse cuenta de su existencia y observó a don Benito que, de repente, le parecía como si se estuviera reduciendo, empequeñecido en su silla. Siguió:

—Lo que estoy a punto de decirle es de extrema gravedad y necesito saber que usted seguirá siendo discreto e imparcial.

—Sí, claro..., como siempre —dijo don Benito tragando saliva ruidosamente.

—Quiero también que sepa que, a pesar de la noticia que estoy a punto de darle, mi confianza en usted sigue siendo la misma de siempre, sólida y plena. —Aquí siguió otro breve silencio. La frente de don Benito empezó a perlarse de sudor—. Fernando ha vuelto. —Otro largo y pesado silencio—. Fernando está vivo y está aquí, en Madrid, en mi casa —añadió Ignacio fijando su mirada en la de don Benito.

Este, sin ser capaz de decir nada, hizo un esfuerzo para volver a levantarse, se fue hacia la puerta y la cerró. Se dio la vuelta y se aflojó la corbata y el chaleco con manos temblorosas.

—Pero eso no puede ser... Está muerto.

—Le aseguro, querido don Benito, que está en mi casa y goza de una salud perfecta.

—Pero... ¡estaba muerto! Don Ignacio, por favor, no se equivoque... Por supuesto, se trata de una buenísima noticia de la que me alegro muchísimo... No me malinterprete..., pero...

—No, en absoluto. Sé que usted está tan contento como yo de saber que mi querido tío Fernando está vivo...

—¿Pero?

—Vamos, don Benito: se puede decir que es usted un hombre de mundo y, sin duda, todo un hombre de negocios. Todos sabemos que la culpa es de los que le dijeron que mi tío estaba muerto y le contaron toda esa historia de la batalla... ¿Es que ya no queda gente en la que se pueda confiar?

Don Benito le escuchaba abriendo y cerrando sin cesar una pluma estilográfica.

—Es cierto, sí, desde luego tengo que averiguar por qué me han informado tan mal... No se preocupe, don Ignacio, lo averiguaré y le daré los nombres de esos canallas mentirosos...

—Vamos, vamos, no es necesario todo eso. Lo importante es que, ¿sabe?, llegados a este punto queda otra espinosa cuestión abierta sobre la mesa.

Ignacio dijo esto con el tono de alguien que lo sabe todo, un tono declaradamente lleno de insinuaciones. Don Benito ya no podía resistir la

tensión y la incerteza, no aguantaba esa forma de hablar tan calmada, tan pausada y lenta. Cada palabra le sonaba como un golpe de porra en el suelo. Suelo del que le parecía que ya casi no quedaba nada debajo de sus pies.

—¿Se refiere al dinero de la deuda que nunca llegó? —preguntó derrotado.

—Eso es. Mi tío asegura que pagó y, como le he dicho antes, nunca pondría en duda ni su integridad moral ni su profesionalidad...

—¡Por Dios, don Ignacio...! Disculpe..., hacia su padre yo tenía verdadera devoción, si así se puede decir...

—Claro, claro, don Benito, no es de usted de quien yo dudo. Es de la gente que pudo manejar ese dinero antes que usted...

—A mí nunca me llegaron los recibos de su tío, se lo juro —dijo apresuradamente el gordo contable a punto de tener un ataque de corazón.

—Y también le dijeron que había caído en el campo de batalla.

De nuevo un silencio denso llenó la atmósfera del despacho.

Don Benito, nervioso y aplastado bajo una losa de dudas, volvió a sentarse en su silla y fingió estar pensando muy seriamente en algo durante un rato, mientras lo que realmente hacía era intentar ordenar las mentiras que querían escapársele de la lengua.

Al cabo de unos minutos, le prometió solemnemente a Ignacio que encontraría a sus informadores y que seguiría con cuidado el rastro de la verdad, paso a paso, hasta desenmascarar a esa «gentuza», a esos «bribones» y «mercenarios» que habían jugado con la vida y los sentimientos de la familia Sánchez Coromina. Dio incluso su palabra de honor, cogiendo de un cajón una vieja biblia desgastada de tanto jurar sobre ella, de que aclararía el tema del dinero.

Ignacio le agradeció a don Benito su esfuerzo, le renovó sus palabras de confianza y, tras desearle unas felices fiestas, se marchó hacia su casa escondiendo una media sonrisa que delataba su sentimiento de superioridad en esa incómoda e inesperada situación. Creía tener la sartén por el mango y tenía toda la intención de jugar con esa ventaja a su favor.

Don Benito, en cambio, se quedó encerrado en el despacho unas cuantas horas con las persianas cerradas.

Estuvo dándole vueltas al asunto unas mil veces. Sudaba copiosamente por los nervios solo de pensar en la idea de volver a encontrarse cara a cara con Fernando y tener que devolver todo el dinero de la deuda.

Al final se dio cuenta de que no le quedaba otra opción que desaparecer durante un tiempo de la ciudad, salir de Madrid, alejarse de allí lo máximo posible y esperar hasta que se calmaran las cosas. En realidad esperaba que no le

encontraran nunca más (ni a él ni a la persona que tenía en sus manos la clave de ese engaño).

Sin pensárselo dos veces, quiso aprovechar la oscuridad que había convertido el cielo de la capital en un manto negro para salir huyendo.

Llenó de prisa y corriendo una maleta con algo de ropa y dinero, cogió sin abrirla la carpeta «Cuba» junto con otras cuantas, las más importantes y delicadas, y se fue a la plaza de Tirso de Molina, donde se subió a un coche que salió disparado hacia las afueras de la ciudad.

CAPÍTULO 7

MATILDE

Esa tarde discurrió igual de agitada en casa de los Sánchez Coromina.

Mientras Ignacio se dedicaba a echar algo de luz sobre el enredo de las cartas y del dinero de Fernando, Matilde se agitaba en su sillón a la espera de encontrar el momento adecuado para darle esas treinta pesetas y cerrar así la cuestión de su estancia en la casa.

Cogía un libro, leía dos páginas, lo dejaba y se ponía a trabajar en unos remiendos que hacía para el círculo de voluntarias. En su mente se agitaban multitud de pensamientos contradictorios y a veces creía que su marido era un hombre demasiado propenso a la falta de compasión. Volvía a ver la expresión de la cara del pobre Gregorio aquella última noche y sentía una fuerte conmoción y una honda pena.

Cogía otra vez el libro y al cabo de unas pocas páginas repasaba de nuevo la actitud tan hostil de Ignacio frente a su tío, que, como si fuera un milagro, había vuelto a casa. Ella estaba convencida de que su regreso era algo que, lejos de dejarle frío y enfadado, debería haber agradecido a la Virgen.

Cuando el reloj dio las cuatro, Matilde oyó cómo se abría despacio la puerta de la habitación del piso de arriba. Dejó todo encima de la mesa y se levantó.

Sacó el dinero de un bolsillo y se dirigió decidida a las escaleras, pero hubo un momento, un breve instante en el que pasó delante del espejo y, como en uno de esos actos que se hacen por costumbre, sin pensar en el porqué, se miró para ver si estaba guapa y presentable.

Fernando la vio desde arriba y, con una amplia sonrisa, le aseguró desde lo alto de las escaleras que estaba muy guapa.

Matilde se dio la vuelta de un salto.

Fernando estaba parado arriba sonriendo. Llevaba solo una camisa negra y unos viejos pantalones, el pelo alborotado pero limpio. Bajando los peldaños, dijo a Matilde:

—No sabes con qué gusto me he dado un baño. Realmente lo necesitaba para volver a sentirme un hombre.

—Me alegro mucho... Ignacio me ha encargado que te diera esto de su parte.

Matilde le enseñó el pequeño fajo de billetes y Fernando sonrió aún más. Bajó rápidamente los últimos escalones y fue hacia ella para coger el dinero.

—¡Mi querido sobrino! Sabía que no habría echado de casa a su pobre tío, tan cansado de viajar y de sufrir.

—Claro que no —contestó Matilde echándose dos pasos hacia atrás con la cara sonrojada—. Nosotros somos buenas personas. Ignacio es abogado y sabe muy bien qué significa respetar y ayudar a los demás.

—No lo pongo en duda, Matilde, aunque dudo que eso se deba a su profesión. Matilde, Matilde..., ¡qué nombre tan bonito tienes!

—Y, por si quieres saberlo —prosiguió Matilde intentando ignorar los piropos de Fernando, que la incomodaban sobremanera—, yo llevo años como voluntaria en la parroquia de Santa Catalina.

—¿Sí?

El malicioso Fernando la interrumpía sin quitarle los ojos de encima.

—Sí... Y nos ocupamos precisamente de todos esos valientes españoles... como tú..., como usted..., que han luchado en Cuba y vuelven sin nada, con lo puesto.

Matilde acabó su discurso y enseguida quiso comerse sus palabras.

Fernando, que sabía siempre cuándo parar sus artimañas de seductor, se dio media vuelta, escondió el dinero en el pantalón y aseguró a Matilde que nunca había dudado de su bondad y que por eso se sentía de nuevo en familia, seguro.

Matilde le invitó a sentarse en el salón mientras ella seguía con su trabajo de bordado. Fernando estuvo un rato a su lado, mirándola con atención y haciéndole preguntas sencillas sobre esas voluntarias, sobre Madrid, sobre España...

Quería saberlo todo, quería volver a sumergirse en la realidad, a sentirse de nuevo en su ambiente. Pero las respuestas de Matilde, aun siendo amables y detalladas, por alguna extraña razón no llegaban a llenarlo. Era como si le estuviera leyendo un libro, le sonaban faltas de vida y de verdad.

Fernando entendió que lo que realmente necesitaba era volver de pleno a la vida, entregarse a las calles de su ciudad, buscar a la gente que tiempo atrás fue su amiga. Necesitaba tocar con su mano los efectos del paso de los años, ver si podía ocupar de nuevo un lugar en Madrid. A pesar de la tristeza, de la pobreza, de las malas noticias...

Los dos estuvieron un buen rato charlando sobre muchos temas. Poco a poco se iban conociendo y sincerando. Matilde, sin perder su compostura, le dijo que le presentaría a las mujeres de su círculo, todas ellas bien situadas en la burguesía madrileña. Había incluso algunas viudas todavía jóvenes y con

posibles. Estaba segura de que pronto encontraría un buen trabajo y una mujer a la que amar.

Fernando no necesitaba un trabajo o, mejor dicho, no lo quería, pero tampoco quería dar explicaciones, por lo que simplemente se limitó a agradecer el ofrecimiento de Matilde y le dijo que con ese primer préstamo podría empezar ya a arreglar muchos asuntos.

El reloj volvió a sonar. Ignacio estaba a punto de volver a casa.

Fernando se levantó del sillón lleno de energías, agradeció su tiempo y su simpatía a Matilde y volvió a asegurarle que no molestaría mucho, que «en cuanto solucionemos lo de la casa» les dejaría solos.

Matilde sonrió y se quedó pensando a qué se referiría Fernando cuando hablaba de «lo de la casa».

Fernando corrió a su habitación a arreglarse para salir. En su pequeño equipaje tenía espacio para las pocas cosas que había podido rescatar de su vida en Cuba. Sobre todo, ropa, camisas blancas y pantalones muy amplios que no encajaban para nada con la moda actual europea.

Dejó casi todo el dinero en un cajón y se fue de casa cogiendo prestado un abrigo de Ignacio. Matilde se despidió de él desde la puerta sin entender por qué tenía tanta prisa.

Fue justo cuando estaba a punto de cerrar cuando llegó Ignacio.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Qué haces en la puerta? —le preguntó su marido algo agitado.

—Nada... Fernando acaba de irse.

—¿Cómo que se ha ido? —preguntó Ignacio asustado mientras Matilde le dejaba pasar.

—Ha dicho que quería salir para ver Madrid.

—¿Le has dado el dinero?

—Sí, claro..., ¿he hecho mal?

Ignacio, al notar que el tono de voz de Matilde se iba empequeñeciendo como un gatito, le sonrió y la abrazó sin besarla.

—No, has hecho muy bien. Tenemos que cuidar de nuestro pariente, es un héroe de guerra, un auténtico héroe de la patria y, además, es el hermano de papá, no quiero que le pase nada malo.

Ignacio se fue a la cocina y se sirvió una taza de caldo para recuperarse del frío.

Matilde le miraba extrañada. Ahora sí que no entendía nada: antes parecía estar a punto de echar a patadas a Fernando y ahora quería darle cobijo y hospedaje.

—¿Dónde has estado toda la tarde?

—En casa de don Benito.

El momento de silencio fue más que oportuno. Matilde, al oír ese nombre, volvió a caer en la confusión. ¿Por qué había ido a ver a don Benito?

Ignacio aprovechó para darle las explicaciones que más le convenían. Sin hablar de la carta, ni siquiera de «lo de la casa», le dijo que quería averiguar quién difundió la mentira sobre la muerte de su tío y por qué razón, además de otros pequeños temas sin importancia.

Luego zanjó bruscamente la cuestión diciéndole a Matilde que no se preocupara por estos asuntos, que eran cosas de hombres y que don Benito descubriría la verdad y los culpables lo pagarían.

Aunque, en este caso, quizás cogerían primero al cojo que al embustero...

CAPÍTULO 8

NEGOCIOS

El sol dejaba su último rastro rojizo en un cielo despejado, justo detrás de un horizonte de edificios. La noche avanzaba rápida, y con ella se hacía más dura la garra del frío. Sin embargo, Fernando estaba tan emocionado con su nueva aventura madrileña que pensaba solo en cómo volver a la vida de su ciudad natal.

Fernando, que más que andar cruzaba como un rayo las calles hacia la Puerta del Sol, se sentía lleno de vigor, quería convertirse en la nueva oportunidad para el hombre de negocios, ser el irresistible donjuán para una bella mujer de ojos negros. Esperaba encontrarse con decenas de nuevos bares y casinos, con gente de todo el mundo, europeos afrancesados, ricos hombres dispuestos a invertir en nuevos negocios, mujeres solteras cuyos encantos todavía no tenían dueño... En una palabra, Fernando quería ser —y creía serlo— la novedad de la que pronto toda la ciudad estaría hablando.

Todavía no tenía ningún plan, pero sabía que debía cubrir pronto las dos necesidades fundamentales para él: dinero y sexo. Pensaba en las mil y una maneras en las que había conseguido ambas cosas fácilmente en Cuba, y estaba seguro de que conseguiría mucho más en una ciudad tan rica, alegre y cosmopolita como Madrid.

Al cabo de una media hora, cuando ya había cruzado Cibeles y subía por Alcalá hacia Sol, lo que veían sus ojos no daba la razón a sus pensamientos. Todas las calles estaban desiertas. Se cruzó solo con un coche destartado que avanzaba con paso incierto y sin ningún pasajero dentro. El caballo que lo tiraba parecía estar sometido a una dieta excesivamente rígida, y al conductor ni siquiera se le veía la cara, cubierta por varios estratos de bufandas y mantas negras.

Las ventanas de los edificios estaban todas a oscuras. Delante de una de las pocas casas iluminadas, Fernando se paró para fijarse en una joven mujer que acunaba a su bebé delante de la ventana. Estaba sola y su cara le pareció el retrato mismo de la tristeza.

Pese a la emoción inicial, su mirada se fijaba en todos estos detalles y empezó a tener la sospecha de que las cosas quizás no eran tan floridas como

imaginaba, pero todavía no había llegado el momento de hundirse.

Llegó a la Puerta del Sol, perdiéndose un par de veces en medio de los callejones retorcidos y malolientes que anticipaban la plaza. Allí sí que había algo más de vida.

Lo primero que hizo fue dirigirse a un casino que recordaba que estaba en una de las calles estrechas que bajan hacia la plaza Mayor.

Antes de entrar se miró en el escaparate de una vieja juguetería, se arregló el pelo bajo el sombrero y se quitó una mota de polvo de su abrigo azul. Empujó la puerta y entró, listo para comerse el corazón mismo de la ciudad con su sonrisa resplandeciente.

El humo del tabaco le llenó enseguida los pulmones. Las veinte o treinta personas apoyadas en la barra o sentadas en las mesas estaban empeñadas en tragar copas y lanzar cartas. El ruido de sillas, las voces altas y los cristales de las copas que entrechocaban se alternaba con la atronadora risa de un hombre gordo y con bigote que parecía molestar, más que encandilar, a una joven de ojos azules.

Fernando reconoció en ella los signos del aburrimiento. Llamó al camarero y pidió dos copas de champán.

—Ya no queda.

—¿Cómo puede ser?

El camarero rio sarcástico.

—Se lo han bebido todo los yanquis. Si quieres, tenemos vermú, vino y orujo. Y me queda una media botella de ron.

Fernando, rodeado de la indiferencia de los demás, y sin entender muy bien el chiste del camarero, pidió dos vinos, ya que era lo que estaba bebiendo esa chica.

Pasó en medio de aquella gente, mujeres de edad avanzada, hombres demasiado gordos o demasiado delgados, ropa remendada y parches, hasta llegar a su presa. En vez de dirigirse a ella, miró a la cara al tipo bigotudo.

—¡Esto es un crimen! No les queda champán... Pero lo arreglaré pronto, no se preocupe.

—Disculpe, ¿quién es usted? —preguntó el viejo elegante bajo la mirada intrigada de la chica.

—Mis disculpas, caballero, es que acabo de volver a Madrid. Me llamo Fernando Sánchez, importador de licores, vinos y lo que haga falta. Justo ahora me he fijado en la señorita —dijo mientras le entregaba la copa de vino, que ella cogió sorprendida— y corresponde exactamente a la descripción que de ella me hizo un querido amigo.

—Pero... —intentó interrumpirle el viejo sin éxito.

—Quizás lo conoce, me refiero a mi amigo don Leonardo Pérez. ¿No? Bueno, pues él me dijo que viniera aquí si quería contratar a esta señorita como secretaria personal —prosiguió Fernando hablando alto, rápido y de forma educada—, y la verdad es que estoy de acuerdo con mi amigo Leo cuando me dijo que, si me permite el atrevimiento, era usted guapísima.

Acabar la frase y darse la vuelta hacia ella fue todo uno y, con un hábil movimiento, Fernando dejó a un lado al viejo y brindó con la chica, divertida y fascinada por las maneras del apuesto y listo importador.

El hombre bigotudo tardó unos minutos en comprender lo que había pasado, aunque los tipos que jugaban a las cartas, sentados en un rincón, habían visto la escena y se reían. Esto hizo enfurecer al hombre: cogió por un hombro a Fernando, que le superaba en estatura, y le hizo darse la vuelta.

—¿Cómo se atreve? Estaba hablando con esta señorita antes que usted.

—No sabía que había que hacer cola. De todas formas, lo siento, ahora estamos cerrando un trato, ya sabe...

—Sí, es verdad —dijo la chica con desparpajo—, este señor me está ofreciendo un buen trabajo, comprenda que no puedo dejarlo escapar. Disculpe usted, don Sancho, mañana por la noche le estaré esperando de nuevo aquí, no lo dude.

—Sí, don Sancho, y le prometo que pronto habrá champán para todos.

Le dieron de nuevo la espalda y el viejo don Sancho Carrascosa, con la cara roja como un pimiento y molesto por las risotadas de los de la mesa, se puso su sombrero de copa y su abrigo y se fue del bar con cierto estruendo, amenazando a Fernando con que volvería a tener noticias suyas. Cerró la puerta gritando un gutural «¡sinvergüenza!» lleno de resentimiento.

Los demás clientes, acostumbrados a estas escenas, no le hicieron caso y volvieron a sus asuntos.

La chica de ojos azules se llamaba Anita. Los modales de Fernando, su manera de hablar y su seguridad le habían impresionado mucho: había llegado como un salvador para rescatarla de las charlas amaneradas de don Sancho.

—¿Es verdad esa historia de que es importador de licores? —preguntó ella vaciando su copa de vino.

—Más o menos. He pasado mucho tiempo en Cuba y sé mucho sobre comercio.

—Entonces..., ¿no necesita una secretaria?

—Necesito a alguien como tú a mi lado para que las cosas funcionen. Si tienes unos contactos, ganas de divertirte y de ganarte unos duros, conmigo podrás conseguirlo.

—Usted es uno que va directo al meollo, ¿verdad?

—Solo de esa forma se puede sobrevivir a la guerra —dijo Fernando con una descarada pose dramática.

—Y veo que no recuerda que aquí a las señoritas se las trata de usted...

—Déjate de ustedes, aquí todos somos amigos. Y ahora tú y yo somos incluso compañeros de trabajo. ¿No te parece fantástico?

Anita todavía no sabía qué pensar de Fernando, pero le gustaba sentirse adulada por ese hombre tan guapo con ese acento tan raro y atractivo.

Cuando Fernando se percató de su incredulidad, llamó al camarero y se presentó como un importador, a lo que este le comentó que parecía caído del cielo, ya que en estos tiempos costaba encontrar algunos bienes, sobre todo los de lujo.

—Maldita sea, parece que la guerra la hemos tenido en casa.

Tras una corta charla, Fernando volvió de nuevo a su rincón, donde Anita le preguntó:

—¿Y cómo podría ayudarte?

Fernando le dijo que necesitaba algo de dinero para ir a Francia y comprar allí los productos que luego venderían en los casinos y bares de Madrid ganando el doble. Y todo sin impuestos.

—¿Cuánto dinero necesitamos para empezar?

—Unas mil pesetas.

Anita tosió. Era una suma desproporcionada.

Fernando lo repitió sin rechistar y le dijo que estaba seguro de que el viejo don Sancho era uno con posibles, que era el único que llevaba un sombrero de copa nuevo y que haría cualquier cosa por impresionar a una chica guapa como ella. Anita pensaba que, tras la jugada de Fernando, don Sancho no querría saber nada de ellos.

—En estos tiempos te aseguro que todo el mundo quiere hablar de negocios. Sobre todo si son seguros y rentables como este.

A Anita se le pasó por la cabeza que quizás se había equivocado al dejarse convencer tan rápido, pero Fernando le parecía tan atractivo, tan práctico y original que le resultaba irresistible.

Los dos se quedaron un rato más hablando y bebiendo vino, y cuanto más bebían, más se acercaban. Tanto que ella le confesó que un primo suyo había vuelto de Cuba en un ataúd y que su familia todavía no se había recuperado, que vivían cada vez peor, aunque su padre trabajaba en el mercado de abastos. Fernando cuadró el círculo y vio la forma segura y perfecta de montar ese negocio que acababa de inventarse.

—Vamos a dar un paseo... —dijo con aire melancólico—. Al oírte hablar de tu primo me hundo en recuerdos sombríos.

—Pero hace frío...

—¡Qué importa! No estaremos mucho rato fuera...

CAPÍTULO 9

ANITA

Efectivamente, no se quedaron mucho rato en la calle.

Anita vivía en una pensión de la plaza de Embajadores. En la media hora que tardaron en llegar, Fernando le contó, en medio del silencio que los rodeaba, historias sobre su vida en Cuba. Era muy difícil separar la verdad de los «efectos dramáticos» que él añadía. Esto Anita no podía saberlo.

—Vivía en una casa enorme en la avenida principal de La Habana; tenía incluso una terraza en la que solía dar fiestas e invitar a gente, sobre todo a cubanos.

—¿De verdad tratabas con cubanos? Dicen que son unos salvajes y unos ladrones.

—¡Tonterías! No te creas nada de lo que hayas oído sobre los cubanos. Son gente honrada, trabajadores eficientes y, además, a mí siempre me han apoyado en todos mis negocios, y eso era porque yo los respetaba. Imagínate, incluso estuve a punto de casarme con una cubana, una negra estupenda, Yanira... Veinte años tenía... Generosa, alegre, una mujer sensual como ninguna.

—¿Y qué pasó? —preguntó Anita curiosa.

—La guerra... —dijo Fernando tras una larga y meditada pausa.

Anita se quedó callada a la espera del relato y aminoró su paso.

—Cuando los yanquis nos declararon la guerra con la infame excusa del Maine, nuestros buques estaban preparados y habían dejado los puertos. Toda la maquinaria estaba ya lista para funcionar. Yo me alisté voluntario al cabo de pocos días. No soportaba a esos insulsos americanos, tan prepotentes y mentirosos. El Maine, ¡vaya cuento! Por si no lo sabes, el barco lo hundieron ellos mismos, fueron ellos los que pusieron la bomba, me juego el pescuezo. ¡Embusteros! Supe enseguida que nuestra bandera tenía que ser defendida con las armas y hasta la muerte.

—¿No temías por tu vida?

—No, nunca. Me dieron un fusil y un machete (soy muy bueno con el machete) y me lancé con mi pequeño pelotón de cubanos... Ellos tampoco querían verse bajo el yugo yanqui. Yo entendía mejor que otros sus deseos de independencia, te lo confieso...

»Bueno, el caso es que cuando empezaron a llover bombas y muertos, una noche nos alejamos de nuestro campamento. Estábamos en una bahía en Mayabeque. La luna lo iluminaba todo. Tuvimos que avanzar escondidos en medio de la maleza, alejados de la carretera. Por delante teníamos una avanzadilla yanqui que había desembarcado el día anterior. Eran ocho. No, diez hombres bien armados. Esa posición era estratégica. Nuestros oficiales no sabían todavía si podían atacarlos o no. ¡Esa estúpida palabrería de los políticos! Así que yo me ofrecí para guiar hasta allí a mis cuatro hombres. El oficial me miró a la cara, me enseñó una medalla y me dijo que sería mía si cumplíamos con nuestra misión, pero siempre después de recibir la orden de nuestros superiores. Yo le dije: “Capitán, lo siento, pero no es momento de ir a por medallas. La patria no puede esperar”. Y nos fuimos sin autorización, en secreto.

Anita le escuchaba totalmente absorta, pensando en su difunto primo y preguntándose si él también había sido tan valeroso.

Fernando siguió hablando. Ahora su voz se levantaba, ahora se hundía en un susurro, sus brazos se agitaban y sus manos imitaban un fusil apuntando, un cuchillo que corta, unas llamaradas bajo las estrellas. Todo su cuerpo y sus ojos encendidos participaban del relato, haciéndolo más real.

—Cuando llegamos a pocos metros del emplazamiento yanqui, lo rodeamos buscando sus puntos débiles. Sabíamos que ellos eran el doble que nosotros, pero podíamos aprovechar el efecto sorpresa. La noche profunda y el silencio más absoluto nos ofrecían la oportunidad que todo soldado busca: el sueño del enemigo. Solo dos centinelas. Las primeras balas fueron para ellos. Cuando se levantaron los otros ocho, podíamos leer el miedo en sus ojos, la cobardía de la que está hecha el alma yanqui.

Fernando hizo otra pausa. Anita, intrigada en la puerta de su pensión, quería saber más. Fernando, cambiando de tono, le rogó que le dejara subir un momento para calentarse un poco. Tantos recuerdos le dejaban todavía temblando por el dolor de sus cicatrices. Anita intentó resistirse y recuperar un poco de su sentido común, pero quería saber cómo acababa esa historia.

Los dos subieron en silencio hasta su piso y cerraron la puerta con llave. El lugar era muy sencillo: tenía una pequeña cocina y, en el dormitorio, una cama, una mesa camilla, un pequeño mueble con tres cajones y nada más. Fernando se sentó en la cama y Anita, intentando no mirarle a los ojos, avivaba el fuego de su estufa con los últimos trozos de leña que le quedaban.

Siguieron unos instantes de incómodo silencio. Fernando se quitó los zapatos y se tumbó con los brazos detrás de la cabeza, mirando hacia el techo. Anita, de pie delante de la estufa, le pidió que terminara su relato. Fernando se

incorporó y dio unas palmadas en el colchón de lana para que se sentara a su lado. Ella, fascinada y triste, le obedeció tímida.

—No debería contarte estas cosas. —Fernando le cogió la mano y la miró muy serio, con la voz engolada y los ojos vidriosos—. Tu primo vivió ese infierno, él también es un héroe... No quiero que sufras más.

Al oír mencionar a su primo, Anita sintió un vacío en su interior y, sin pensarlo, se abandonó al abrazo de Fernando, apoyando la cabeza contra su pecho y escondiendo dos lágrimas.

—Quiero saber cómo termina tu historia, por favor...

—Tras acabar con los centinelas, todo fue muy rápido, si quieres saber la verdad: los yanquis se despertaron y empezaron a dispararnos gritando frases incomprensibles. La maleza ya no nos protegía y la luna nos delataba. Tres cubanos cayeron. Yo y el último compañero, Ramón, abatimos a los últimos tres ocupantes a golpe de machete y volvimos corriendo a nuestra base con los cuerpos de nuestros amigos y las pruebas de que habíamos acabado con los yanquis. Fin de la historia.

—¿Y vuestro capitán? ¿Qué pasó con los caídos?

—Eso te lo contaré en otro momento.

Al darse cuenta de que la chica estaba realmente conmovida, la cogió y la hizo volverse. Sin pensárselo, la besó en los labios. Anita se abandonó a su abrazo. La mano que bajaba entre sus pechos la calentaba y la alejaba de su amargura.

Los dos se quitaron la ropa y compartieron toda la noche en esa habitación.

Al llegar la mañana, anunciada por el gallo de un huerto cercano, Fernando estaba vestido y sentado en una silla. Anita se despertó despacio.

—¿Qué haces? —preguntó ella.

—Nada... Te estaba mirando... Vístete, que nos vamos. Quiero que conozcas a unas personas. Luego pensaremos en el trabajo.

—Pero yo...

—No hay peros que valgan. Venga, vamos, que el día es corto y tenemos que darle la vuelta a esta ciudad adormecida.

Anita, entusiasmada por la energía de Fernando, se vistió. Los dos salieron discretamente de la pensión y se dirigieron a casa de los Sánchez Coromina.

—Desayunaremos allí, ya verás que mi sobrino y su mujer nos ayudarán, son gente muy abierta y honesta...

—Por la tarde tengo que ir al trabajo, tengo turno en la tabacalera.

—No te preocupes: pronto te harás rica y vivirás como una señora. Te lo mereces.

A Anita le gustaban esas palabras. Era todavía muy joven y ni siquiera podía sospechar que existieran hombres como Fernando.

Para bien y para mal.

CAPÍTULO 10

NUEVOS PLANES

Cuando Matilde abrió la puerta se quedó muda al ver a Fernando y a esa mujer.

Antes de dejarles entrar, observando a los dos con una mirada cargada de preguntas, le dijo a Fernando que ella e Ignacio estaban muy preocupados por su culpa, le reprochó haber pasado toda la noche en vela por él, angustiados por si le había pasado algo.

La voz de Matilde estaba alterada por la indignación, pero también llena de curiosidad por saber quién era esa joven. Seguro que lo que quería saber era cómo y con quién había pasado la noche Fernando.

Este, tras disculparse profunda y sinceramente, se justificó diciendo que por la noche a menudo se hacen encuentros que no te dejan volver a casa. Luego le presentó a Anita y los dos entraron; ella, avergonzada por la reprimenda de Matilde, sintiéndose responsable de haber hecho algo malo, de haber puesto patas arriba la tranquilidad de esa familia y de esa mujer morena, la más guapa que había visto en su vida.

La pareja entró en el despacho de Ignacio. Matilde se quedó en la puerta. El futuro abogado del Estado estaba sentado en su escritorio con la cabeza hundida entre sus libros y sus papeles, las cortinas echadas como de costumbre, iluminado solo por su débil lámpara eléctrica.

—¿Se puede saber dónde has estado toda la noche? —le preguntó como si estuviera hablando con un crío.

—Haciendo amigos, sobrino.

—Soy consciente de que tienes tus asuntos —interrumpió Ignacio levantando la mirada y fijándose en Anita— y, por supuesto, no quiero controlarte, tío. Pero, si quieres quedarte aquí, te pido que por lo menos no nos des preocupaciones inútiles, que ya tenemos bastantes. Y, si eres tan amable, no evites este tipo de visitas inesperadas.

Esto último lo dijo mirando a Anita, que en ese momento estaba deseando desaparecer por la vergüenza.

—Tienes razón, sobrino, y te pido disculpas. Tantos años fuera de España, acostumbrado a la soledad, en medio de tantas dificultades y miedos, allí, más

allá del océano, indudablemente me han cambiado. Pero deja que te presente a Anita, esta chica preciosa y llena de talento que es amiga de don Sancho Carrascosa, al que también conocí anoche. Verás, nos pasamos toda la velada hablando de negocios, y creo que te pueden interesar.

Al oír el nombre de don Sancho Carrascosa, Ignacio le pidió que se lo describiera. Estaba seguro de que se trataba de un conocido de la familia con el que su padre Alfonso tenía unos pequeños contactos, digamos, por conveniencia política. Era sin duda un hombre destacado de la burguesía madrileña, con algo de poder y bastante dinero.

Fernando le contó que Anita era una experta secretaria y una gran vendedora con impresionantes habilidades y que le había propuesto a don Sancho participar en un negocio de importación de champán francés y licores a pequeña escala, lo justo para abastecer los bares y los casinos de Madrid. Le habló media hora de las limitaciones que sufren los distribuidores tradicionales, del ambiente nocturno algo apagado, de toda la gente distinguida que quiere darle un nuevo impulso a la ciudad y de que sin champán cualquier ciudad que se respete, por muy grande que sea, se queda pequeña y triste, rebajada al nivel de un pueblo cualquiera.

Matilde, oyendo las alabanzas de Fernando hacia Anita, y al ver que habían sido capaces de crear esa confianza en tan solo una noche, sintió que se le revolvía algo inusual en sus adentros. Ignacio nunca había pronunciado palabras así refiriéndose a ella delante de la gente, ni siquiera al principio, cuando se conocieron.

—¿Y yo qué tengo que ver con todo esto? —preguntó Ignacio.

—Organiza una reunión con don Sancho: Anita ya le tiene medio convencido y tú eres el hijo de Alfonso. Necesitamos un inversor para conseguir la materia prima. Yo haré todo el trabajo con la ayuda de Anita, y al cabo de uno o dos meses nos estaremos repartiendo interesantes beneficios.

Anita se quedó todo el rato en silencio, abrumada por la habilidad de Fernando para desmontar y reconstruir los hechos a su antojo, cambiando los papeles de la gente, moviendo de sitio los detalles o haciéndolos desaparecer para montar su propia versión de la verdad. Sin embargo, era demasiado inocente como para plantearse si debía seguir allí, de pie, entre esos desconocidos.

Ignacio, siempre tan precavido, les invitó a salir de su estudio y se despidió de ellos con un sencillo y seco «me lo pensaré».

Por supuesto, Ignacio no tenía ninguna intención de favorecer a su tío en ese plan descabellado y sin sentido. Su objetivo, de momento, seguía siendo el mismo: darle algo de confianza, un poco de hospitalidad y un mínimo de

autonomía. Quería tenerlo bien atado y bajo control para luego poder tirar de la cuerda en el momento adecuado.

Matilde acompañó al cuarto de estar a Fernando y a su amiguita. La atmósfera se hizo pronto densa e incómoda. Matilde quería saber la verdad, deseaba saber si había pasado algo entre Fernando y esa desconocida.

—Así que... toda la noche fuera... hablando de negocios... ¿Acaso hay bares que no cierran nunca?

Fernando cogió la ocasión por los pelos para pavonearse, provocado por los celos que empapaban la voz de Matilde.

—Tienes razón, Matilde, no hay locales abiertos toda la noche, pero Anita en su casa tiene un pequeño arsenal de bebidas que ayudan a la conversación y te hacen entrar en calor.

—Fernando ha sido muy amable conmigo —dijo Anita intentando ofrecer algún argumento para apagar la visible hostilidad de Matilde—, me ha contado una historia increíble de cuando en Cuba se enfrentó a los yanquis.

—¿Y qué le contó?

—¡Este hombre es un héroe! Ha recibido incluso una medalla por su valentía...

—A veces hablo demasiado —dijo Fernando con falsa modestia—, pero esta chica también es una heroína, una heroína anónima como otras miles en toda España. Su pobre primo falleció en un buque para defendernos, ¿lo sabías?

Al oír esto, Matilde sintió algo de pena, aunque toda esa confianza entre los dos delataba algo, a su juicio, sospechoso. Pero ¿qué razones tenía ella para sentir celos de las conquistas de Fernando? Era una mujer casada y honrada, nunca le interesaron otros hombres.

—Oh, lo lamento de veras —dijo enseguida—. Disculpad mi curiosidad, pero creo que todavía no me he recuperado de las angustias de esta noche.

—¡Entonces no se hable más! —gritó Fernando—. No quiero más congoja ni tristeza aquí. Hoy nos vamos todos a comer a un restaurante y pasaremos la tarde juntos. Venga, díselo a Ignacio, le gustará la idea.

A Anita le pareció una buena idea, aunque le recordó que tenía que ir a trabajar a la fábrica.

Fernando le dijo que ese era un día demasiado especial y que no estaba hecho para trabajar. Por su parte, Matilde intentó hacerle cambiar de idea, pero no hubo manera. Sabía que a Ignacio no le gustaba tirar el dinero, aunque a ella sí que le apetecía cambiar un poco su rutina.

Efectivamente, cuando se lo dijo a Ignacio este la miró como si estuviera loca.

—¡Ni hablar de comer fuera con esos dos! Ya sabes que no es esta una época como para gastarse el dinero en frivolidades y, además, ya empiezo a estar más que harto de las descabelladas iniciativas del tío Fernando.

Matilde agachó la cabeza, triste. Ignacio todavía no tenía claro si ella era su aliada, tan necesaria en este asunto, o si todavía no se daba cuenta de lo que estaba pasando. Decidió que la estrategia correcta sería ponerla al día de sus planes, pero, mientras tanto, le concedería algunos gestos de cariño y algo de libertad para demostrarle algo de afecto. «A las mujeres les gusta eso», se dijo a sí mismo.

—Si quieres ir, vete con ellos, no te preocupes. Puede que sea mejor que uno de nosotros dos no le quite el ojo de encima al tío, o pronto se convertirá en un verdadero problema. Yo estoy demasiado ocupado, como sabes...

—No te preocupes, querido, hoy estaré yo cerca de él.

Matilde le dio un beso en la mejilla y salió. Antes de bajar, decidió que era mejor cambiarse de ropa y ponerse algo más alegre encima. Miró su armario y pensó que le gustaría tener algo más actual, pero el dinero...

Al verla bajar, Fernando se quedó deslumbrado por su belleza luminosa capaz de eclipsar a todas las demás mujeres, incluso a Anita.

Los tres salieron de casa y se dirigieron a pie hacia Las Ventas. Mientras caminaban, Fernando se dio cuenta de que los altos edificios del nuevo barrio dejaban paso a enormes descampados repletos de casas bajas.

Matilde no sabía hacia dónde iban; esa era una zona que no conocía y a la que nunca le recomendaron acercarse. Anita dijo que se estaban alejando mucho del centro y que no quería llegar tarde a su trabajo. La fábrica se encontraba justo en la otra punta de la ciudad.

Fernando, en cambio, estaba tranquilo mientras insistía a Anita en que no necesitaba la fábrica porque pronto cambiarían de vida.

—Si la memoria no me falla —dijo—, en El Carmen está una de las mejores tascas de Madrid. Buen vino, buena comida casera y buena gente, de esa que conoce la vida.

CAPÍTULO 11

APUESTAS

Al final de un angosto callejón, el rótulo de madera al que llegaron recitaba un espartano «Vino y Comidas». Los tres tenían hambre y las mujeres estaban cansadas.

Entraron y se sentaron en la primera mesa libre que encontraron. Anita y Matilde observaron el ambiente: una estrecha barra de madera y mármol, un barril de vino, ruidos desde la cocina humeante que olía a garbanzos y chorizo, con unas cuantas mesas ocupadas por hombres solos, varios grupos de tres o cuatro ancianos que hablaban en voz alta, dos o tres mujeres de dudosa profesión, todos ellos gente harapienta, con los dientes ennegrecidos y las manos callosas, que se ganaban la vida como podían.

Para Anita este no era un ambiente del todo nuevo, aunque hacía tiempo que evitaba frecuentarlo y prefería no salir del centro de la ciudad. En cambio, a Matilde todo ese ruido, esas paredes tristes y esas caras poco recomendables la hacían sentir incómoda. Se sentía fuera de lugar, comenzando por su forma de vestir, tan limpia y sobriamente elegante. No pegaba nada con el entorno. De hecho, entrar y recibir decenas de miradas lascivas fue todo uno.

Fue la presencia segura y desenvuelta de Fernando lo que la ayudó a sobrellevar esa incomodidad. Al cabo de un rato, la experiencia empezó a parecerle incluso divertida y estimulante.

El camarero, bajo y muy delgado, con el pelo recogido en una coleta y el delantal sucio, les llevó a la mesa un litro de tinto y tres platos de cocido sin ni siquiera saludarles.

Las mujeres se quedaron pasmadas. Fernando les explicó que en esos sitios no hay menú. Comes lo que te echan, y punto.

Estuvieron un buen rato hablando y degustando esa sopa grasienta. El vino se acabó en nada y Fernando pidió otra jarra, y luego otra, sin parar de llenar los vasos.

Anita intentaba decirle que ya era suficiente, que tenía que irse, que todavía podía llegar al trabajo. Matilde, en cambio, se dejó llevar por el vino y a veces se perdía en los ojos de Fernando, que parecían aún más profundos conforme iba tejiendo sus relatos en voz alta.

—Los primeros años en Cuba fueron muy duros. Pero antes tengo que contaros cómo llegué allí. Por aquel entonces, Ignacio todavía era un adolescente que iba al colegio. Era tan mono, tan rechonchito y sonriente. ¿Sabes qué decía cuando me veía aparecer por casa? Salía de su habitación donde hacía los deberes, con su batita verde y las zapatillas de fieltro (a Ignacio siempre le ha gustado estar en casa), bajaba para abrazarme y me preguntaba si ya había dado la vuelta al mundo. Yo le contaba que hacía largos viajes y buscaba siempre algo especial para regalarle: una piedra de colores, una estatuilla de madera, un viejo juguete con forma de animal, una corteza de coco pintada o una figurita de cerámica... Eran cosas sin mucho valor, las encontraba en mercadillos o en casa de alguna de las novias que tenía en Madrid, las cuales, por cierto, ahora estarán casadas (tendré que buscarlas para saber qué han hecho con sus vidas... En cuanto me acuerde de cómo se llamaban). A veces incluso les pedía a mis compañeros de regimiento que me trajeran algo de sus pueblos... Bueno, en fin, la cosa es que cada vez que iba a casa de Alfonso aparecía con estos regalos para Ignacio acompañado con historias increíbles: que los había conseguido cruzando un río o viajando por el interior de una montaña, que lo había ganado a un enemigo tras un duelo de espadas... Cosas por el estilo.

Conforme avanzaba la conversación, unos tipejos sentados en una mesa del fondo los miraban cada vez más. Parecía que Fernando les resultaba molesto.

Para Matilde era toda una sorpresa saber esas cosas de su marido, aspectos de su infancia que de otra forma nunca habría conocido. Y al mismo tiempo le parecía tan irreconocible su Ignacio actual, tan serio y tan aburrido... Así que Matilde le escuchaba encantada mientras Anita se revolvía nerviosa en su silla, se perdía un rato en sus palabras y luego despertaba al pensar en el trabajo. Fernando reía y bebía vino.

Él prosiguió. Perdía el hilo del discurso, mezclaba datos y anécdotas que no tenían nada que ver, llamaba la atención de los desconocidos que bebían en las otras mesas...

—Pues te juro que el pequeño Ignacio se creía todas esas historias. Y Alfonso no hacía nada para disuadirle. Se limitaba a escucharme y luego, aparte, me reprochaba con cariño que fuera un cabeza loca demasiado lleno de fantasías y que tenía que hacer algo de provecho con mi vida. Sin duda estaba equivocado...

—Entonces, ¿por qué te fuiste a Cuba? —preguntó Matilde.

Fernando se había olvidado del comienzo de su relato.

—Quizás por uno de esos objetos, una empuñadura decorada de un machete que se contaba que perteneció a un famoso rebelde condenado a la horca.

—¿Y eso era verdad?

—No lo sé. El tipo que me vendió ese trasto me aseguró que se lo quitaron al ahorcado antes de la ejecución en Cuba. En esos tiempos me estaba planteando seriamente el tema de cruzar el charco; muchos lo hacían. Así lo hice, y allí me quedé.

Fernando cambió de tema, prometiendo que en otra ocasión les seguiría contando su viaje.

Anita estaba ya tan borracha que se había olvidado por completo de su trabajo. Tras perder la cuenta de las horas y de los vasos y tras soltar una última carcajada, su cabeza se estrelló contra sus brazos cruzados encima de la mesa. Matilde intentó despertarla. Fernando le acarició la cabeza. Luego se acercó peligrosamente a Matilde, que instintivamente reculó. Fernando la miró en silencio, clavándole unas proposiciones excitadas en los ojos mientras la cercaba. Con voz de quien está a punto de lanzar un beso, le dijo susurrando:

—No tengo dinero para pagar la cuenta.

—¿Cómo? —dijo asustada Matilde, imaginándose lo que debía significar no pagar la cuenta en un lugar como ese.

—Dame dos duros —espetó Fernando.

—¿Qué vas a hacer?

—No te preocupes, ya verás cómo salimos de aquí con más dinero que antes.

Matilde le dio las monedas. Fernando vibró encima de la silla. Todo el mundo se dio la vuelta al escuchar sus gritos:

—A ver, ¿quién me paga la cuenta hoy? Tres valientes para una mano rapidita de brisca. Mis duros contra los vuestros.

Enseguida se creó un revuelo en la tasca. El camarero se quedó mirando, sabiendo que no iba a poder parar ese tipo de escena, bastante frecuente y ruinosa.

—Venga ya, ¿le tenéis miedo a un héroe de Cuba? He cruzado el mar, gatos, he hecho las Américas y las Américas me lo han quitado todo. Todo menos las agallas. ¿Qué os pasa?

Al oír eso se levantaron los tres tipos de la mesa del fondo, unas caras poco recomendables. Parecían bastante cabreados. Nadie les llamaba cobardes, y menos aún un gallito que iba contando cuentos por ahí.

Uno tenía un ojo de cristal, otro era cojo y el tercero era calvo con una profunda cicatriz en la sien. Los tres llevaban un cuchillo debajo de sus chaquetas raídas y estaban muy borrachos.

Fernando se sentó con ellos, cogió una baraja del mostrador y repartió las cartas sin decir nada. El dinero cayó encima de la mesa: ocho duros. La mano no duró ni diez minutos. Fernando se levantó con una exclamación de triunfo y

llamó al camarero, que se acercó asustado, presagiando que algo malo estaba a punto de pasar.

—Cóbrate la cuenta, que nos vamos.

El camarero acercó su mano huesuda a las monedas. El tuerto le agarró de la muñeca y se levantó bruscamente, seguido por los otros dos, que ya habían echado mano a sus cuchillos.

Matilde dio un grito atemorizada. Anita seguía dormida en la mesa. Fernando miró a los tres hombres e intentó calmarles. Les hablaba despacio, pero la respuesta del tuerto no sonó igual de diplomática.

—Eres un charlatán hijo de perra. Toca este dinero y te rajo.

El camarero ya se había escondido detrás de la barra. Matilde despertó a Anita y se la llevó a rastras fuera del local.

El ruido de la puerta que se abría y se cerraba hizo que el cojo se diese la vuelta. Fernando aprovechó para quitarle el cuchillo y clavárselo en la mano al tuerto. El tercero intentó disuadirle lanzando unas estocadas contra la tripa de Fernando, pero este las esquivó todas hasta darle con la hoja en plena cara. Otra cicatriz de recuerdo.

Entre gritos y juramentos, Fernando mantenía a los tres a raya gracias al cuchillo. Cogió el dinero y lo dejó encima del mostrador, luego se acercó a la puerta de espaldas sin quitar los ojos de encima a los presentes. Los demás comensales miraban asustados la escena. Matilde y Anita esperaban fuera ansiosas.

Manteniendo la puerta abierta con un pie, Fernando escondió el cuchillo en sus pantalones y dijo:

—Esto me lo llevo de recuerdo. Que vayan en paz y que tengan una buena tarde, caballeros.

Se dio la vuelta y, cogiendo de la mano a las mujeres, se fueron corriendo, perdiéndose de nuevo por los callejones hacia Las Ventas.

CAPÍTULO 12

PUNDONOR

Agitado por los insistentes y sonoros golpes en la puerta y por las voces y los cantos que daban Fernando y Matilde en la calle, Ignacio se puso la bata y bajó corriendo al recibidor. Abrió la puerta de casa cuando el sol ya llevaba un buen rato desaparecido. Desde algunas de las ventanas de los edificios colindantes se asomaba gente que añadía a ese alboroto sus gritos de protesta. Ignacio los agarró a los tres de malos modos y los arrastró dentro con fuerza. El golpe seco de la puerta al cerrarse hizo que los borrachos se callaran al unísono.

Ignacio, sin dejar de sermonearles, los empujó hacia el cuarto de estar y los obligó a sentarse en el sofá rojo, debajo del cuadro del perro.

Anita no entendía nada de lo que estaba pasando. Miraba a Ignacio como si nunca hubiera visto a un hombre, y de su largo discurso no captó ni la mitad de los conceptos. De vez en cuando intentaba interrumpirle levantándose, pero al tercer «¡CALLA!» de ese señor con bata y voz nasal, Anita cayó definitivamente en un profundo sueño.

En cambio, Fernando y Matilde sí entendían lo que les espetaba Ignacio, y lo único que hacían era intentar contener las risotadas.

El discurso del sobrino fue un largo sermón ceñudo sobre el respeto, la discreción y la respetabilidad de la mujer, sobre la importancia de poder confiar en alguien, sobre todo si es de la familia, sobre su generosidad a la hora de abrir las puertas de su casa a su tío, generosidad pagada con alborotos, caos y borracheras, «cosas nunca vistas antes entre los Sánchez Coromina», cosas por las que su padre se avergonzaría mucho, tanto que hasta se sentiría humillado.

Cuando se dio cuenta de que ya nadie le hacía caso y que era inútil seguir hablándole al aire, apagó las luces y dejó ahí tirados a Fernando y a Anita. C cogió a Matilde por un brazo y la llevó a tirones y empujones hacia su alcoba, sin importarle las protestas soñolientas de su mujer.

A la mañana siguiente, antes de bajar, Ignacio habló en tono muy grave a Matilde, que le escuchaba tensa e incomodada por un fuerte dolor de cabeza:

—Espero que lo de ayer no se vuelva a repetir jamás. No debes olvidar nunca quién eres tú y, sobre todo, quiénes son tu marido y tu familia. Somos personas respetables y debemos comportarnos como tales. ¡Por el amor de Dios,

Matilde! Tú no te habías portado nunca de una forma tan escandalosa. ¿Qué te pasa? Anoche no te reconocía. Fernando es una mala influencia, no quiero que salgas con él nunca más.

«De todas formas, sus días en esta casa están contados», añadió para sus adentros.

Cuando bajaron, Anita y Fernando estaban comiendo algo en la cocina. Él parecía completamente recuperado de la noche anterior.

—¡Buenos días, sobrino! —dijo levantándose y abrazándolo con tanta fuerza que casi le rompe la espalda—. Disculpa por el follón de anoche, es que fuimos a la tasca de El Carmen, ¿la conoces? ¿No? Pues tendremos que ir a comer allí un día; tienen un vino espectacular... Bueno, la cosa es que estábamos los tres hablando y comiendo tan tranquilos cuando unos brutos vulgares y malolientes empezaron a molestar a las damas. ¡No veas cómo se puso Matilde! Es una verdadera leona... Pero a lo que íbamos: la cosa pintaba fea, así que tuve que pelear con esos salvajes a cuchillo y nos escapamos. No me lo esperaba, pero todavía se me da muy bien la esgrima.

—¿Y esta no tiene una casa donde ir? —Ignacio señaló despectivo a Anita, como si no hubiera escuchado nada de la historia de Fernando.

—Sí, yo tendría que irme... Tengo que correr a la fábrica a ver si puedo justificar mi ausencia de ayer.

—Efectivamente, sería lo mejor, jovencita. Hala, venga, que esto no es una posada.

Anita se fue corriendo cabizbaja hacia su trabajo, y cuanto más corría, más se fijaba en el sol alto sobre los tejados y más crecía su angustia y su sentimiento de culpabilidad.

—¿Por qué le has dicho eso? —preguntó Fernando muy serio—. Es una buena chica y no le ha hecho daño a nadie.

—Mira, Fernando, a ver si lo entiendes: esta es una familia honrada que vive en un barrio decente y que tiene una reputación que mantener. Matilde, mi esposa, es inexperta e inocente, y no quiero que la llesves a sitios de ese tipo y, todavía menos, volver a verla en ese estado. Su lugar está aquí. Además, yo necesito tranquilidad para estudiar. He accedido a que te quedes una temporada porque creo en la familia, pero hay unas condiciones. Si no eres capaz de respetarlas, allí está la puerta.

Conforme iba hablando, Ignacio bajaba el ritmo y la intensidad de su voz, convirtiéndose su tono en algo que sonaba frío y calculador.

Fernando le escuchaba sin interrumpirle. Habría deseado partirle la cara para ajustarle esa nariz curva y molesta y bajarle los humos. Además, le hubiera gustado recordarle que esa casa también era suya y que no tenía derecho a

hablarle así. Aunque lo que más le molestaba era la forma en la que Ignacio trataba a su mujer. Matilde, una mujer tan hermosa, con esas ganas de vivir, ¿cómo había podido casarse con un tipo tan rancio como su sobrino?

Fernando era demasiado conocedor del mundo como para dejarse llevar por sus sentimientos en ciertas circunstancias, así que optó una vez más por ofrecer sus más sinceras disculpas, prometer que no volvería a pasar y que a partir de ahora se convertiría en poco más que un fantasma.

Matilde, por su parte, sentía cómo crecía una rara irritación en su interior que se convertía casi en un calor epidérmico causado por la cercanía de su marido. Fernando le estaba descubriendo otra forma de ser y de estar en el mundo. Quizás no aprobase sus modales y se sintiese escandalizada por ciertos lances muy poco convenientes, pero era generoso, abierto y alegre. Diferente de todos los demás. Cuanto más le miraba, más le admiraba y más atractivo le encontraba.

A Ignacio, en cambio, le respetaba como marido, pero empezaba a notar esa distancia que separa a dos seres humanos demasiado diferentes, como si sus espacios interiores fueran dos universos paralelos incomunicables que ni siquiera el matrimonio puede acercar.

Las aguas volvieron a calmarse y durante los siguientes dos o tres días todo discurrió con total normalidad. Es decir, no pasó nada.

Fernando se quedó mucho rato en casa, leyendo algunos libros que pertenecían a su hermano Alfonso (poemas y novelas sobre todo, pero también recortes de periódicos de los últimos diez años) y recordando pequeñas cosas de su juventud que habían pasado en esa casa.

Por primera vez, Fernando tenía la ocasión de pararse a mirar atrás en el tiempo.

Quieto delante de un espejo colgado en el pasillo, se miró detenidamente y, de repente, recordó cómo era su cara hace veinte años, cuando era un joven cadete y sus padres le reprochaban ser un cabeza loca. Recordó sus conversaciones con su joven hermana Inmaculada cuando ella ya estaba enferma. Con ella se confesaba. Era una chica grácil y buena que nunca levantaba la voz. Fue la primera en conocer sus planes de irse a las colonias y siempre fue la única en animarle a hacer con su vida lo que le pareciera mejor con tal de que buscara su felicidad y no se perdiera. Desgraciadamente, no pudo estar con él el día en el que salió hacia el puerto de Santander.

Pensó en lo que había hecho con su vida, en su vuelta a Madrid y en su casa. También se dio cuenta de que esos dos días de descanso le habían permitido acercarse aún más a Matilde.

Mientras Ignacio se pasaba todo el día encerrado en su estudio o fuera de casa, entre despachos de abogados, profesores y círculos conservadores, Fernando y Matilde hablaban de su pasado y de su presente. Matilde le contó cosas de su actividad en el Círculo de Mujeres y Madres de los Expatriados en las Colonias, le dijo que se unió a ellas cuando supo que él, un pariente desconocido, estaba en esas tierras lejanas, que siempre lo tenía presente en su cabeza y que rezaba cada día para que el Señor le trajera de vuelta a casa.

—¿Y qué haces allí? —preguntó Fernando mientras tocaba una música alegre al piano.

—Bueno, más que nada hacemos trabajos artesanales para venderlos, cestas, centros de mesa, muñecas para niñas... También organizamos cenas para recaudar fondos, enviamos dinero y otros bienes...

—¿De verdad haces centros de mesa?

—Sí..., ¿por qué?

—Con esas manos que tienes seguro que te saldrán hermosos. Yo los compraría todos.

Matilde se sonrojó al oír el comentario de Fernando. Se levantó, cogió unos pañuelos de seda de un cajón y se los enseñó.

—Estos los he bordado yo misma. ¿Te gustan?

—Muchísimo... —Fernando se pasó los pañuelos alrededor del cuello, deslizándolos por las mejillas y la frente, apreciando su suavidad con los ojos cerrados.

—Pues te decía que con el dinero que recaudamos, que no es mucho, intentamos ayudar a las familias necesitadas que se han quedado aquí y a los militares que se han ido a Cuba. Es toda gente del pueblo, ya sabes. Compramos comida, ropa... Incluso les pagamos los sellos para sus cartas.

—Me imagino que en este último año habrán aumentado las donaciones.

—No te creas. Por fortuna tenemos varios benefactores que nos apoyan, sobre todo a don Amancio. Algún día te vienes conmigo al Círculo y te presento a las demás parroquianas. A lo mejor tienes suerte y conoces también a don Amancio. Es un tipo muy rico y muy discreto, lo sabe todo acerca del dinero. Si no fuera por él, estaríamos en quiebra.

A Fernando le pareció interesante esa historia, y aún más le encantó disfrutar por primera vez en años de un momento tan tranquilo, tan familiar, con esa mujer tan buena y tan hermosa. Sentía que con ella podía abrirse de nuevo.

Esa quietud proporcionada por el hogar, el piano y las charlas, los libros de poesía y la presencia puntual e indiferente de Ignacio, mientras fuera hacía un frío de perros, se rompió cuando volvió a aparecer Anita.

CAPÍTULO 13

DON SANCHO CARRASCOSA

El año 1899 había sido inaugurado por unas nevadas y unas heladas impresionantes.

Era 7 de enero. Matilde estaba en su Círculo y Anita, envuelta en varias capas de lana, llamó a la puerta de la casa. Fernando le abrió y lo primero que sintió fue una bofetada helada.

—¡Desgraciado! —gritó Anita entrando en casa y yendo directa hacia el calor de la estufa.

Ignacio, al oír ese grito, se levantó de su silla intentando comprender qué era lo que pasaba.

—¡Me han despedido, canalla! —seguía gritando Anita visiblemente alterada y descompuesta—. He perdido mi trabajo en la fábrica por tu culpa. ¿Y ahora qué hago? ¿Cómo voy a comer y a pagar el alquiler? ¿Dónde está tu importante negocio de importación, eh? A ver si me das tú otro trabajo ahora...

La chica estaba desesperada. Cayó de rodillas y empezó a llorar. Fernando ya se había olvidado de esa historia del champán y en ese momento sintió una gran pena por Anita.

Se fue hacia ella intentando abrazarla, pero recibió otra bofetada. Ignacio apareció en ese momento y le miró severo. Luego se acercó a Anita, le ofreció un poco de sopa caliente y la invitó a sentarse. La chica empezó entonces a calmarse.

—El otro día me dijiste que querías involucrar a don Sancho en esa farsa de negocio que te inventaste —le dijo a Fernando.

—Sí, así es, a don Sancho Carrascosa... Parecía muy interesado cuando se lo expliqué, la verdad.

—¡No es cierto! Te lo inventaste todo para acercarte a mí y, de paso, reírte de don Sancho en su cara. Y pensar que me creí todas esas tonterías del champán... ¡Qué imbécil! Si es que no aprendo...

—Oye, sobrino, tú dijiste que conoces a don Sancho, ¿no es así? —dijo Fernando serio—. Tú podrías hablar con él, interceder por Anita... Sí, sé que es un hombre ya mayor, pero es rico y respetable; además, tú estás soltera y sin

trabajo, por lo que muy bien podría ayudarte. ¿Lo harás, sobrino? ¿Hablarás con don Sancho?

Ignacio miró a los dos y entendió que, si no hacía nada, nunca le dejarían en paz. Además, si gestionaba con la suficiente inteligencia ese asunto, quedaría bien con don Sancho. Ese lío podía convertirse en una oportunidad para Ignacio. O eso creía él.

Tras mucho pensar y sopesar, dijo:

—Le envío ahora mismo un mensaje, a ver si podemos solucionar esto de una vez por todas y puedo volver a tener un poco de paz en esta casa.

Ignacio dijo esto último con dureza y con una voz nasal muy poco simpática. Envió enseguida el mensaje y, al cabo de un par de horas, se presentó don Sancho en la puerta.

Ignacio le dejó pasar con toda una serie de excesivas zalamerías; parecía que había llegado un industrial inglés o su majestad, y se quedaron aparte un buen rato charlando.

Cuando entraron por fin en el salón y vio a don Sancho, Anita agachó la cabeza para mostrar un sincero arrepentimiento. Fernando y él se intercambiaron unas miradas de desprecio y a partir de ahí don Sancho le ignoró por completo.

—Cuéntame, Anita, ¿qué te ha pasado?

—Lo siento mucho, don Sancho, no sé por qué me porté tan mal esa noche con usted, que estaba siendo tan amable...

—No te aflijas, lo entiendo. Todavía eres joven e inexperta, Anita, y hay hombres en el mundo que se aprovechan de esas debilidades —dijo don Sancho con voz meliflua.

—Él me engañó, me prometió que montaría un negocio de licores o qué sé yo, me prometió un buen trabajo; parecía tan convencido... Y encima el otro día me llevó a comer fuera, me emborrachó hasta que me desmayé y no llegué a tiempo al trabajo —dijo Anita entre lágrimas y sollozos.

—Y te despidieron —terminó don Sancho.

Anita asintió con la cabeza y se quedó callada.

Don Sancho se apartó de nuevo para hablar con Ignacio. Los dos estuvieron cuchicheando un buen rato sin gesticular, mirándose cada uno la punta de sus zapatos, aunque la verdad es que lo que veía don Sancho era la punta de las pantuflas de Ignacio, su uniforme para estar en casa.

—Lo haremos así —dijo Carrascosa mientras se alisaba su bigote con aire imperial, protegido por su armadura, un bastón de ébano, bombín y capa, como si estuviera dictando una importante resolución ministerial—: Anita, tú te vendrás conmigo, haré como que no ha pasado nada y, siempre que tú estés de

acuerdo, me ocuparé de ti. Tendrás que prometerme que te portarás bien y que te quedarás siempre a mi lado para que no se vuelva a repetir nunca algo así.

Anita le escuchaba mirándole a los ojos como si fuera un santo o un benefactor.

Tras una pausa, don Sancho se dirigió a Ignacio, aunque realmente se dirigía a Fernando, que se había quedado escuchándole apoyado en la mesa con una mano.

—Por lo que a su señor tío se refiere, no tengo palabras para expresar lo que pienso. Simplemente creo que muchos de los que han vuelto de las colonias traen consigo las malas costumbres de los negros. Y otros, los verdaderos patriotas, se han hundido. Me da lástima: él representa un peligro para el futuro de esta gran nación.

Don Sancho hizo otra pausa retórica y larga. Fernando no mostraba el más mínimo interés en lo que decía el viejo y estuvo a punto de reírse cuando don Sancho volvió a hablar.

—Me llevaré a Anita, la protegeré y cuidaré de ella. Por supuesto, todo ello a condición de que su tío desaparezca para siempre de nuestra vida y de mi vista. Y que este asunto quede enterrado para siempre.

Don Sancho cerró su sermón haciendo hincapié en que Anita y Fernando tenían que agradecerle su suerte a Ignacio, el digno hijo de don Alfonso: sin su generosa intermediación y su mensaje caballeresco, ese asunto se habría complicado sin duda alguna.

Fernando, cansado por toda esa retórica sobrecargada, cogió su abrigo y su sombrero y salió de casa sin decir nada.

Don Sancho abrazó a Anita, secó sus lágrimas y la llevó a su coche. Ignacio les saludaba desde la puerta, tranquilizado por el buen final de ese embrollo.

«Menos mal —pensó— que por lo menos Matilde se ha perdido esta escena. Un poco más de paciencia, Ignacio, y don Benito regresará con las noticias que esperas. Podremos volver a nuestra vida de antes, aunque un poco más ricos.»

Y cerró la puerta para retornar a su despacho.

CAPÍTULO 14

LA TERTULIA

La noche ya se había ceñido sobre Madrid y el frío no concedía un momento de tregua ni a la ciudad ni a sus habitantes. Fernando caminaba con paso rápido, intentando evitar los pequeños charcos de agua helada. La nieve había empezado a cuajar encima de sus hombros y las calles no parecían muy animadas.

Buscó su vieja cartera de piel para ver cuánto dinero le quedaba. No era mucho. A ese ritmo, el préstamo de su sobrino le daría solo para una o dos semanas más. Tenía que buscarse la vida de alguna forma.

Vio por primera vez pasar un tranvía eléctrico y se quedó inmóvil mirando ese coche amarillo que se acercaba con sus cristales cerrados, las chispas que saltaban desde el tendido eléctrico, el chirrido de frenos y las pesadas ruedas metálicas que giraban rápidas. Dentro había dos o tres personas y decidió cogerlo.

Saltó en medio de la calle y casi se mete debajo del tranvía, obligando al chófer a tirar con toda su fuerza de la palanca del freno. Fernando subió mirando ese prodigio de la técnica como un niño mira un juguete nuevo en su escaparate favorito.

—¿Está usted loco? —gritó el conductor volviendo a poner en marcha el monstruo eléctrico.

—Esto es maravilloso... ¿Dónde están los caballos? —contestó Fernando mientras se sentaba bajo la mirada de reproche de los escasos pasajeros.

El revisor, sin hacerle caso, le recordó que tenía que abonar el precio del billete. Fernando sacó unas monedas y se las dio, observando sorprendido cómo las casas desaparecían rápidamente detrás de ellos, empujados por ese motor que le parecía capaz de comerse incluso una montaña con el sonido de su campana.

Llegaron enseguida al centro. Fernando bajó y empezó a caminar hacia la plaza del Dos de Mayo. Sin duda, en ese barrio sabría moverse mucho mejor.

El recorrido en tranvía le había entretenido sobremanera y le sirvió para ahogar la indignación que había levantado la vista de don Sancho, las palabras de su sobrino (le sorprendía cada día más que Ignacio pudiera ser hijo de

Alfonso y, de paso, familia suya), los llantos de esa pobre cabeza hueca de Anita... «Lástima; con ella habría podido divertirme un poco más», pensó.

Caminando por las calles estrechas del barrio, le sorprendió ver tanta suciedad y tantas putas. Había una en cada esquina. No le interesaban y, aunque así fuera, no tenía dinero para pagarlas.

Al cambiar de acera, se encontró con dos tipos malolientes que le pararon. No iban armados, pero tampoco inspiraban mucha confianza. Fernando les preguntó qué querían. Los dos miraron varias veces a su alrededor y le dijeron algo en voz baja, buscando su complicidad. Parecían algo asustados y, agarrándolo por un brazo, se lo llevaron a un rincón más oscuro y protegido.

Allí sacaron de debajo de sus capas tres bolsitas de algodón, las abrieron y le enseñaron a Fernando su contenido: polvos blancos en una, amarillos en otra y una especie de flores secas en la tercera.

—¿Qué es eso? —preguntó.

Los dos tipos se miraron entre ellos. Habían pescado a un lelo.

—Cómo, ¿no lo sabes? Estos son polvos mágicos... ¿De verdad no los tomas nunca?

Fernando negó y dijo que no los había visto en su vida.

—Mira: el blanco es para darte energía cuando te sientes cansado y triste... El amarillo es para relajarte. Y estas florecillas de aquí te curan cualquier enfermedad y te hacen más... guapo, por así decirlo. Con las mujeres funciona, garantizado.

Fernando escuchó curioso y miró el contenido de las bolsitas. Además, le llamaba la atención la forma nerviosa con la que los dos tipos, medio calvos y sucios, casi idénticos, que parecían hermanos gemelos, no paraban de mirar a su alrededor. Entendió que no se podían vender esas cosas por la calle, pero ya que estaba ahí, quería saber más.

Le explicaron que los polvos se tomaban disueltos en vino o en cualquier otra bebida, mientras que las flores secas tenía que cocerlas. Le dijeron los nombres raros de esas sustancias (vitocaína, polvo de Smith y flores de vida) y el precio. Con una bolsita de esas podía tener para un mes entero.

—Vamos a ver, ¿cómo voy a comprar algo de «eso» si no lo pruebo antes?

Los dos tipos no se lo creían. Les parecía mentira que pudiera haber alguien en la ciudad, sobre todo un hombre adulto que paseaba solo por la noche en ese barrio, que todavía no hubiese probado esa mercancía tan fina.

—Oye, tú, me huele a que nos estás tomando el pelo, ¿verdad, hermano? —dijo uno de los vendedores acercándose a Fernando con mirada amenazante.

—¿Nos has tomado por tontos? No serás un esbirro... —dijo el otro volviendo a esconder las bolsitas dentro de su ropa.

—Ya veo que no tenéis espíritu comercial. —Cansado de la charla, se dio media vuelta para irse.

Los dos tipos, desconcertados ante la reacción de Fernando, comenzaron a seguirle como ratas. Le susurraban cosas para alabar los efectos de sus polvos mágicos: era una mercancía exótica que venía de Filipinas y todo el mundo la compraba en Madrid, pese a que, con la guerra, el precio había subido como la espuma... Al oír eso, Fernando volvió a sentirse muy interesado y aminoró el paso para seguir escuchando.

En ese momento vislumbraron a un policía al fondo de una calle y, sin pensárselo, los dos hermanos cogieron a Fernando y se metieron con él en un patio oscuro.

Fernando se dio la vuelta, les empujó para alejarlos y lanzó varios puñetazos, uno de los cuales casi le rompe la nariz a uno de ellos. El otro hermano les cerró la boca a los dos para evitar los gritos. Se asomó con cuidado y vio que el policía pasaba de largo prosiguiendo su ronda.

—De acuerdo, de acuerdo, tú ganas. Escucha, prueba un poco de esto y, si te gusta, ya sabes dónde encontrarnos. Estos polvos no tienen nada que ver con esas porquerías mezcladas que te venden en cualquier botica...

—Y ahora que somos todos amigos, vamos a ver una cosa —dijo Fernando mientras cogía una pizca del polvo blanco de vitocaína y lo metía en uno de los pañuelos de seda de Matilde—, ¿con esto se hace negocio?

Los dos hermanos le miraron con desconfianza. Fernando les explicó con hermosas frases que, si sus polvos eran buenos, él les compraría una cantidad para luego venderlos en su selecto círculo de amistades.

—Gente de bien, de la alta sociedad —añadió regodeándose en sus fantasías.

Los hermanos se dieron cuenta de que el tipo iba buscando más el dinero que la diversión, así que le propusieron colaborar con ellos vendiendo esa «medicina» donde fuera, menos en su zona, y que si no cumplía lo pagaría muy caro.

—Este barrio es nuestro, no lo olvides —añadieron con tono grave.

Fernando les dijo que se lo pensaría y que, si le interesaba, volvería a buscarlos. Salió del portal y se metió en un bar que parecía bastante animado, además de ser uno de los pocos abiertos. Cuando entró, pidió en la barra una copa de vino a la que añadió discretamente el polvo y se la bebió de un trago. En el sabor no se notaba ningún cambio.

Dejó la copa vacía en la barra y pidió otra. Desde el salón del fondo llegaban unas voces que hablaban muy alto. Parecía que unos hombres discutían apasionadamente.

Fernando cogió su segunda copa y se asomó. Alrededor de unas mesas de mármol estaban sentados unos diez hombres. Casi todos rondaban la cincuentena, menos un chaval muy joven y un tipo con un fuerte acento inglés, de unos treinta años y sin bigote. Todos los demás llevaban bigote y patillas, chaquetas negras y corbatas. En los percheros de madera colgaban sus abrigos y sus sombreros. Parecían empeñados en una discusión muy animada y no se dieron cuenta de su presencia hasta pasado un buen rato. Fernando se sentó en un rincón y estuvo escuchándoles en silencio, divertido por la seriedad con la que se tomaban todos los temas en esa tertulia. Mientras tanto, esperaba a ver si la vitocaína le hacía algún efecto, aunque su escepticismo era más fuerte que cualquier otra cosa.

Francisco Azpilicueta, un poeta delgado y el único que llevaba una larga barba negra, mostraba un periódico a sus compañeros y leía en voz alta un texto ahí publicado con voz suave y cargada de efectismos.

Jezabel apoya la frente en el salterio de marfil y murmura vagas palabras. Su rostro, que el sueño languidece, queda oculto en la púrpura sedosa de los cabellos. La lámpara posada a sus pies recorre con una danza de reflejos los bordados de las sandalias, la pedrería del cinturón, las cuerdas del salterio. Y como el rocío destila de una rosa, de su boca entreabierta destilaba la dulzura del sueño. Luego, todas ellas, una tras otra, se durmieron como Jezabel.

Los que le escuchaban empezaron a murmurar y a comentar entre ellos, algunos con desaprobación, otros defendiendo ese texto como si les fuera la vida en ello.

—Es del gran escritor italiano Gabriele D’Annunzio —informó Azpilicueta con aire compungido.

—¿Dónde se ha publicado esta maravilla? —preguntó el dueño del café, Pablo Ruiz.

—En *La Vida Literaria*, el nuevo suplemento literario del *Madrid Cómico*. Acaba de salir hoy mismo. Una primicia.

—D’Annunzio... A mí no acaba de convencerme ese joven, creo que no llegará a nada —dijo Antonio Lespes, un hombre enorme: él solo sentado ocupaba una fila entera de asientos.

Todo el mundo se pasó de mano en mano ese suplemento para leer trozos de autores nacionales e internacionales y comentaron las elegantes ilustraciones que los acompañaban. Finalmente, todos votaron a favor y dieron la bienvenida a esa nueva publicación como si se tratara del gabinete de censura, como si la sociedad literaria estuviera pendiente de sus dictámenes y juicios.

Sin embargo, Lespes no estaba para nada satisfecho.

—En vez de darles tanto espacio a estos extranjeros, estos redactores podrían dejar de ser tan provincianos y mirar con más cuidado lo que se cuece en nuestras tertulias, entre los hombres de letras de nuestra patria: nos han dejado ahí tirados, olvidados, y nuestros manuscritos sirven solo para recoger el polvo de sus estudios.

—Pero a usted le han publicado hace poco una novela, ¿o me equivoco? —preguntó el joven inglés, Charles Leughton—. Además, a mí no me parece nada mal este D’Annunzio; al contrario, creo que está haciendo una labor estupenda para renovar las letras europeas. Ahí, en Italia, sí que saben reconocer el genio... Gana premios, representan sus obras en los teatros...

—Dicen que le rodean docenas de mujeres...

—Vamos a ver —interrumpió Lespes visiblemente enfadado—, ¿ahora me tengo que creer que un jovencito de treinta y cinco años está renovando las letras europeas? «La púrpura sedosa de los cabellos», ¿en serio? En Italia hace mucho que no reconocen el talento literario, siento decirlo... Por lo menos desde el divino Dante...

Al debate se fueron sumando rápidamente todos los presentes. Fernando, que seguía sentado en su rincón, no sabía de qué hablaban; para él todos esos nombres eran algo oscuro, desconocido. Además, empezaba a sentir algo raro en el estómago. ¿Sería lo que había tomado? Mejor esperar y no preocuparse.

Pablo Ruiz, mientras por un lado defendía *La Vida Literaria* y a sus redactores, a D’Annunzio y su prosa, por otro lado tomaba partido por los románticos españoles, los poetas allí presentes y las tradiciones patrias. Quitaba vasos e iba reponiendo vinos, orujos y cafés sin preguntar. Nadie protestaba y él, sonriendo, iba sumando en la factura.

Poco después, la discusión pasó de la importancia de reflejar o no la realidad en las novelas a las críticas de las nuevas zarzuelas que se estrenaban esos días en el teatro. Alguien sacó el tema del incendio en el ayuntamiento para subrayar su disconformidad con la incompetencia de los arquitectos y de los empleados que ahí trabajaban, pero no se sumó nadie a la polémica y se pasó a otra cosa.

Azpilicueta sacó uno de sus cigarrillos del Doctor Andreu, anunciados en todos los periódicos de Madrid, detalle que no olvidaba mencionar cada vez que fumaba uno, y lo encendió, desprendiendo un olor a azufre y tabaco realmente desagradable. Jorge Muñoz, el médico de la tertulia, se tapó la nariz y le pidió que lo apagase, pero el poeta barbudo se negó y Pablo Ruiz abrió una ventana, provocando ulteriores protestas por el frío que entraba.

—¿No conocéis estos cigarrillos? Amigos, son mi salvación. ¡Por fin hay una cura para mi asma!

—Cigarrillos para el asma... ¡Vaya estupidez! —dijo el médico—. Los he probado en mis pacientes y no hay uno solo que haya mejorado. El asma se cura solo con tres semanas al año en los balnearios de Cestona, comida ligera y algo de deporte.

—¡Apague ese cigarrillo!, se lo pido por favor —dijo el único joven de la tertulia, Vicente Araújo, que hasta ese momento casi no había hablado, concentrado como estaba en leer un libro.

Fernando, al percibir el desagradable olor del cigarrillo, notó cómo se le removían sus tripas y, sin perder ni un segundo, se levantó y se fue corriendo al baño para vaciar su estómago. Se lavó la cara y vio que estaba muy pálido, aunque vomitar le había dado una sensación de libertad y ligereza. De repente sintió que su sangre fluía cada vez más rápido por sus venas y la luz de las bombillas le pareció más potente y brillante que nunca.

En el salón, Araújo estaba hablando de las aventuras de su novedoso negocio de pelucas. Contaba que, aunque resultara difícil de imaginar, la mayoría de sus clientes eran hombres y que muchos de ellos por la noche cambiaban... Se «transformaban», por así decirlo, y se iban a casas particulares, a fiestas o locales especiales que estaban en lugares tan escondidos que ni siquiera él sabría volver a encontrar.

—Pero... ¿de verdad estuvo usted en uno de esos antros? —preguntó escandalizado Arturo Manrique, uno de los escritores desempleados de la tertulia y amigo de la prosa a lo D'Annunzio.

—Sí, por supuesto, aunque solo cuando alguno de estos clientes me invita. Hay que seguir con el negocio...

—¡Son unos pervertidos! —gritó indignado Antonio Lespes mientras el joven vendedor de pelucas intentaba defender otro punto de vista.

—No son unos pervertidos, señor Lespes. Son hombres un poco particulares, eso sí. Ellos se sienten diferentes y lo muestran por la noche. Pero esa diferencia los hace mejores, se lo aseguro. Cuando me invitaron a ese «antro», como dice usted, señor Manrique, aparte de encontrar multitud de nuevos clientes, me lo pasé muy bien. Son todas personas amables y educadas, quizás no son «hombres» tal y como lo entendemos nosotros, pero no les hacen daño a nadie y, lo que es más importante, pagan puntuales.

—Si dejáramos que todo el mundo expresara sus gustos y depravaciones, este país se iría al traste en un santiamén —sentenció Pablo Ruiz para apoyar las tesis de los que siempre pagaban la cuenta.

—Ahí está el quid de la cuestión: si en España dejáramos por una vez que la gente fuera lo que realmente es y permitiéramos que todo el mundo expresara sus opiniones...

—Por favor, caballero, está usted hablando como un libertino. Aunque estoy seguro de que se debe a su temprana edad, querido Araújo.

—Nada de eso, Leughton. Usted es inglés, ¿no se supone que son ustedes el pueblo más moderno y avanzado de Europa? Yo hablo de libertad; en España todavía estamos muy lejos de conseguirla de verdad.

—Claro, claro que están mucho mejor en Francia entonces, donde ese Dreyfuss lleva un tiempo escandalizando a la opinión pública. Un judío que traiciona a su ejército no se había visto nunca: ese tipo de cosas nos toca vivir por ir de modernos por el mundo.

—Mejor aún —añadió inflamado uno de los que todavía no habían hablado, un tal Agapito Zozaya, pintor de retratos—, ¿por qué no dejamos que los anarquistas hagan lo que quieran? Usted, al que tanto le gusta la política, señor Araújo, debería ver lo bien que se lo están pasando las madres de los niños muertos en los atentados de París, o las esposas y los maridos de los que han muerto en Barcelona... Italianos, franceses y ahora también españoles..., parece que se ha puesto de moda esto de tirar bombas...

—¡Pobre de mí!, cada vez que pienso en lo que le hicieron al pobre Cánovas... Todavía me tiemblan las rodillas.

—Y mientras tanto, el rey solo sabe agachar la cabeza y, hala, ¡indulto a la prensa!

—Lo que España necesita ahora es tranquilidad y mano dura. Hay que restablecer nuestro papel internacional, sanar nuestras heridas, que son muchas, encontrar un lugar en el comercio con Europa —dijo como un verdadero experto el médico Muñoz.

Esos eran los mejores momentos de esa tertulia semanal en la que los conservadores eran mayoría y gritaban mucho más que los pocos liberales que había. El único progresista y declarado socialista, el joven Araújo, siempre quedaba en absoluta minoría, aplastado por la violencia y la ruindad de los demás. Sin embargo, no tenía pensado renunciar a sus ideales y seguía frecuentando esa tertulia porque, dicho sea de paso, era la única en la que le admitían. Al fin y al cabo, esos pobres hombres, sin familia, casi sin amigos y algunos sin trabajo, no tenían nada que perder al aceptar a un joven socialista que, de vez en cuando, los enfadara con sus opiniones, con las que reforzaban su sentimiento paternalista y les hacía sentirse útiles.

Era una tertulia con poetas que no encontraban editor, aspirantes a políticos que no entendían la mitad de lo que pasaba en el mundo, médicos con cuatro clientes, artesanos u oficinistas con sueldos míseros que vivían en pensiones de mala muerte, sobrellevando los últimos años de sus vidas. La tertulia del bar de Pablo Ruiz era como un refugio para todos ellos. Lejos de otros lugares

mundanos de la capital, como el Gijón, el Suizo o el café de Fornos, al que acudían nombres que ya sonaban en la cultura local y nacional, en aquel bar esa pequeña burguesía ciudadana venida a menos podía expresarse sin tenerle miedo a su mediocridad.

Cuando Fernando volvió del baño, los encontró a todos enzarzados en esta discusión, se removían agitados en sus asientos, levantaban la voz, se ponían rojos y vaciaban de un trago sus copas, que el dueño del bar sustituía rápidamente.

Fue entonces cuando parecieron darse cuenta por fin de su presencia. El joven Araújo le preguntó quién era y Fernando se presentó, sonriente como siempre, incluso más, ya que sentía cómo todo su cuerpo respondía magníficamente al polvo mágico, absorbiendo en cada célula su poder.

—Señores, permitan que me presente. Me llamo Fernando Sánchez y acabo de volver de Cuba tras quince años fuera de esta patria. Un viejo amigo me habló de esta tertulia, calificándola como una de las mejores de Madrid, un encuentro entre hombres cultos y sabios, una reunión entretenida y dignísima, y me dije «¿por qué no voy a ver qué pasa entre los intelectuales de mi ciudad?».

Pese a todos los halagos, cuando oyeron que Fernando acababa de volver de Cuba, comenzaron a oírse reacciones de todo tipo sobre el asunto de la independencia de la isla. Sin embargo, a él todo le parecía estupendo en ese momento, sentía que un calor desconocido invadía rápidamente su cuerpo y le convertía en un modelo de optimismo y creatividad. Fernando, que seguía de pie, continuó hablando.

—No he podido dejar de escuchar vuestros interesantes y doctos argumentos, y por eso voy a recitar unas estrofas de un poema de mi autoría. Con vuestro permiso, se entiende. Queridos señores: a Cuba me fui para enriquecerme y volví solo con las heridas de la guerra, pero lo que realmente descubrí allá fue mi pasión literaria. Esa isla me convirtió en un poeta, allá descubrí la verdadera vida y la luz. No quiero compararme con el ilustre D'Annunzio, faltaría más, ni busco competir con vuestro talento, cosa imposible, por otro lado, pero creo que un rincón en esta tertulia podría ganármelo gracias a mi poesía. Así que, si me lo permitís, allá voy.

Fernando hizo una pausa, se subió a una mesa y asumió una pose decididamente dramática tras quitarse la chaqueta. Fijó sus ojos profundos en las caras de los presentes, que, aturdidos por la inesperada interrupción del desconocido, se habían quedado mudos, e improvisó estas rimas:

Me acallaba tu luz de primavera,
luna, tú que ignoras miedos y esperas.

Me quedo mudo, a tus pies llorando,
porque tu rostro es un sueño cantando
de mi patria que siempre voy rimando.
Primavera luna te volverás
sol y canto, mi destino tendrás.

CAPÍTULO 15

HACIENDO AMIGOS

Tras recitar su poema improvisado, Fernando se quedó inmóvil con los ojos cerrados, notando cómo el corazón retumbaba acelerado en sus oídos. A su alrededor hubo unos instantes de silencio. De repente, los ilustres intelectuales de la tertulia comenzaron a hablar al unísono, comentando y aplaudiendo al nuevo poeta. Fernando volvió a abrir los ojos, hizo una reverencia y bajó de un salto de la mesa.

Todos le felicitaban y le preguntaban por la historia de esa estrofa, si la luna era un símbolo cristológico o una metáfora patriótica, si la luz del sol se remontaba a algún ritual zoroástrico y si creía que el verso libre podría seriamente llegar a imponerse algún día en la poesía española.

Fernando, que, aunque no tenía ni idea de estudios literarios, sin embargo apreciaba la poesía incluso más que muchos «profesionales» de las letras, improvisó brillantes respuestas sobre el sentimiento de desamparo, la lejanía transformada en canto y en rima, la elección de un nocturno como lugar de espera del día y no de patética y tradicional melancolía y autocomplacencia...

El único que no se había levantado para felicitarlo era, por supuesto, el viejo Lespes. Cuando todo el mundo se calmó y poco a poco volvieron cada uno a su sitio, Lespes clavó su mirada severa en Fernando y sentenció con una virulencia hasta ahora inédita.

—A mí me parece que es usted un farsante, joven, un farsante sin un ápice de vergüenza ni decencia.

—Bueno, bueno, caballero, no se ponga así por un par de versos —dijo Fernando tratando de ser amable y dejándose llevar por lo que le sugería la vitocaína.

El joven Araújo sonrió con la respuesta mientras los demás tertulianos aguardaban expectantes el desarrollo del flujo de bilis de Antonio Lespes.

—He conocido a varios soldados que han vuelto de Cuba. Yo mismo viajé allí antes de la guerra. Nadie, de los pocos que han podido regresar sanos y salvos, tiene la más mínima gana de mofarse del tema haciendo poemas y emborrachándose por la noche.

—Me parece, estimado profesor, que aquí es usted el que no está siendo justo... —dijo Fernando intentando pasar por alto las acusaciones del viejo.

—¡No soy profesor! —tronó Lespes haciendo temblar todas sus carnes.

—¡Y yo no soy un embustero! ¿Cómo puede ser usted tan descarado por poner en duda mi palabra? Le digo que he vivido quince años en Cuba y que he padecido los sufrimientos de la guerra, que he penado sus penurias. Sepa usted, caballero, que, pese a mi edad, ayudé como voluntario en las fragatas Alfonso XIII y San Francisco, estuve en las cocinas pelando patatas, en las salas de máquinas cargando carbón, en los puentes disparando a los yanquis y enfrentándome al horrible silbido de la muerte repetido bala tras bala, día y noche. Lo perdí todo: mi negocio, mi mujer y... ¡mi riñón!

—¿Perdió usted un riñón? —preguntó Jorge Muñoz, reflejando la sorpresa que se leía en el blanco de los ojos de los demás.

Fernando, que estaba inspirado y quería aprovechar al máximo estos golpes de efecto, se sacó la camisa de los pantalones, se la levantó y se volvió. Los tertulianos se acercaron para apreciar con detalle una gran cicatriz que tenía a la altura de los riñones.

Fernando volvió a darse la vuelta; su mirada quemó y oscureció las de los demás. Se había hecho de nuevo el silencio, impresionados como estaban por... por nada en realidad, ya que esa cicatriz se la procuró él mismo en una pelea en una destilería de ron al caer sobre los hierros de unos toneles.

El viejo y gordo Lespes se levantó por primera vez en toda la noche, no sin hacer un notable esfuerzo. Se le acercó y le preguntó cómo se había abierto parecida hendidura. Fernando, muy serio y con los ojos húmedos, les contó con pelos y señales una tremenda historia con su mujer cubana.

—Una noche, Yanis, que así se llamaba, fue cercada y agredida en plena calle, delante del portal de su casa, por cuatro yanquis borrachos.

Fernando siguió describiendo la belleza de la mestiza Yanis, el momento en el que se acercó a ese callejón, siguiendo el rastro de unos chillidos escalofriantes, y vio que uno de los cuatro marineros estadounidenses estaba a punto de forzarla mientras los otros tres la sujetaban con fuerza. Contó cómo los hirió uno a uno, con piedras y cuchillos, obligándolos a huir, y cómo una bala de esos cobardes se le clavó en el riñón. El alboroto hizo que vinieran más hombres, todos persiguiendo a los yanquis.

—¿Y qué pasó con la chica? —preguntó Leughton.

—La llevé al hospital...

—¿Con esa bala en su cuerpo?

—Sí... Llegué con mis últimas fuerzas y me desmayé allí mismo.

—¿Y luego? ¿Qué pasó?

—Cuando me desperté —dijo Fernando sentándose despacio—, yo tenía esta cicatriz y mi mujer había muerto por los golpes.

Cerró la frase pasándose la mano por la cara. Ruiz le acercó una copa de licor bien llena y Fernando se la tragó de golpe.

Todos, sorprendidos por el desenlace de la triste historia del viudo, sintieron un gran desasosiego y una gran pena por ese auténtico hombre español.

Antonio Lespes volvió a sentarse y todos le miraron con cara de reproche.

—Le pido disculpas por haber dudado de usted, mi joven amigo —le dijo a Fernando, que aceptó sus disculpas con un gesto compungido y breve.

—Cosas así no habrían pasado si nuestros políticos hubiesen mantenido una postura firme y mano dura. Cuba era, es y tenía que seguir siendo España —dijo conmovido el escritor Pedro Sales.

—Tiene usted razón —le apoyó enseguida Manrique—, todo este asunto de ceder a los independentistas, conceder espacios al comercio local, a los políticos negros, a los Estados Unidos... Demasiado acercamiento de posturas, demasiada diplomacia y política de especuladores. ¡Mano dura era lo que hacía falta!

—Sí, eso es: Cuba provincia, los rebeldes a la horca y un gobierno local blanco y castizo. A ver si así los yanquis tenían las narices de acercarse, a ver si así se atrevían a robarnos el azúcar... ¡El orgullo!

—¡Tonterías! —dijo de repente el joven Araújo—. Estados Unidos es un país democrático y moderno, y lo que ha hecho España con Cuba ha sido poco.

—¿Cómo? —preguntó Ruiz escandalizado.

—Sí. Este pobre hombre no perdió a su mujer y su riñón por falta de mano dura, sino por todo lo contrario. En una España socialista cada pueblo tendría su patria, y el único objetivo sería la paz y la prosperidad de todos...

Lespes, Muñoz y todos los demás, a excepción del pintor Zozaya, le abuchearon y le gritaron de todo menos guapo.

Fernando observaba la escena incrédulo y algo sorprendido: su intención no era desencadenar esa diatriba política, ni mucho menos.

Por primera vez se estaba dando cuenta de que ser un expatriado que vuelve de las colonias perdidas era algo que removía las tripas de toda la sociedad.

Al ver pelearse a esos pobres marginados de una intelectualidad podrida, a los que pugnaban por una España medieval, católica y feudal, y a los que soñaban con un mundo igualitario, libre, sin fronteras, se dio cuenta de que, en el fondo, esas disputas siempre habían existido. La diferencia estaba en que ahora el simple contacto con Fernando, con un resto de esa guerra, de esa lejana patria de ultramar perdida para siempre, provocaba en todos una reacción violenta, exacerbada, extrema.

Esa España peleona y dividida entre el misal y *El capital* estaba ahora a punto de dividirse aún más. Toda esa gente se apoyaba en personas como Fernando para usarlos como bandera de sus ideales, mientras que él se daba cuenta de que realmente su figura podía servir para justificar cualquier postura, hasta la republicana.

Los tertulianos gritaban cada vez más, lanzándose acusaciones de una gravedad inesperada: carlista traidor, retrógrado, moralista hipócrita, perro faldero, chaquetero, comunista, anarquista, esclavista, güelfo, gibelino, papista, amante de los negros, negrero, terrorista...

El vino, la vitocaína y todo ese alboroto, ese tirarse de las chaquetas, todas esas bocas que pronunciaban con energía escupiendo las sílabas, el olor a azufre de los cigarrillos para el asma, la cara de Matilde y la de Ignacio... Todo eso agitó de nuevo a Fernando, que, con una breve despedida, cogió rápidamente su chaqueta y el abrigo y salió del bar para respirar a grandes bocanadas el aire frío de la noche.

Vicente Araújo se dio la vuelta y, al darse cuenta de que Fernando ya no estaba, se lanzó a la calle dejando a los demás con sus gritos y sus insultos.

Encontró a Fernando apoyado en la pared, vomitando, pálido. Lloraba. Vicente lo cogió por los brazos, le ayudó a incorporarse y le preguntó dónde vivía.

Fernando se lo tuvo que repetir tres veces antes de que Vicente pudiera entenderlo. Este, apoyándolo en su hombro, le llevó hacia la calle principal, donde paró un coche. Le subió y le dijo al conductor la dirección en la que tenía que dejarlo. Antes de que arrancara, cerró la puerta, deslizó una tarjeta de visita en el bolsillo de Fernando y se despidió.

—Creías haber vuelto a casa, ¿verdad? Y ya ves lo que te encuentras...

Esto último Fernando no lo escuchó. El coche arrancó en medio de la noche profunda.

CAPÍTULO 16

CUIDAR

El coche se paró delante de la puerta de casa de los Sánchez Coromina.

El chófer, al ver que el pasajero no bajaba, tuvo que dejar su puesto y abrir la puerta trasera. Vio que Fernando estaba profundamente dormido, tumbado sobre un costado y con un hilillo de baba que le resbalaba de la comisura de la boca.

Blasfemando, lo cogió por las piernas y lo arrastró hasta dejarlo tirado delante de la puerta de casa.

Araújo le había pagado la carrera, pero el conductor, al ver dónde vivía el desconocido y analizar su aspecto, pensó que era un crápula al que le gustaba demasiado la vida nocturna, uno de esos ricachones que no tiene que trabajar día y noche para ganarse la vida.

Lo estuvo observando un rato. La calle estaba desierta y hacía un frío que congelaba la sangre. Regresó a su coche y cerró la puerta.

Volvió a mirar a Fernando, que seguía dormido en el suelo. Miró a su alrededor, se le acercó y empezó a rebuscar frenéticamente entre su ropa hasta encontrar unos pocos billetes enrollados dentro de un bolsillo. Los cogió y se dio la vuelta, pero Fernando se despertó justo en ese momento, justo cuando la humedad más salvaje penetró en su pecho a través de la camisa abierta.

El hombre estaba a punto de subir a su coche. Fernando se incorporó y se dio cuenta de que su dinero había desaparecido. Gritó, quería parar al conductor, que se dio la vuelta asustado y en lugar de detenerse azotó al caballo con más fuerza: el relincho del animal, el ruido de las ruedas en el suelo empedrado, los gritos desesperados de Fernando, que corría detrás del coche, y las risas del hombre que seguía azotando al caballo crearon un concierto muy poco apropiado para esas horas.

Fernando estuvo a punto de alcanzar una manilla del coche. Gritaba enfurecido, lanzando maldiciones al conductor, que seguía riéndose y arreaba al caballo. El coche se alejaba a toda prisa. Cuando sus manos ya lo alcanzaban, resbaló y se dio de bruces contra el empedrado, blasfemando de ira y dolor.

Unas cuantas ventanas se iluminaron; algunos vecinos se asomaron aullando y rugiendo.

Fernando se puso de pie poco a poco, tratando de recuperar la fuerza de sus piernas entumecidas. Una mancha de sangre en una mano le hizo darse cuenta de que, además de ese, se había hecho varios rasguños en un codo y en una mejilla.

Miró hacia arriba: solo veía caras engreídas que le chillaban desde las ventanas, le gritaban que estaban durmiendo, que querían silencio, que se fuera, «sucio borracho sinvergüenza, o llamamos a la policía»... No sabía dónde estaba. Sentía un frío que le partía los huesos y un dolor de cabeza desesperante.

Se encendió la luz de otra casa. Fernando se dio la vuelta. Le pareció reconocer la cara de una mujer. Luego, el ruido de caballos al trote. Un pitido. Dos hombres de negro, altos y bigotudos, que le apuntaban con sus linternas. La voz de una mujer rogaba por él. Luego, de nuevo, oscuridad y silencio. Fernando se desmayó.

Al día siguiente se despertó escuchando esa misma voz femenina.

Fernando abrió los ojos y se vio rodeado de batas blancas y con Matilde a su lado que hablaba con un médico. A su alrededor, otros treinta o cuarenta pacientes tumbados en sus camas blancas a lo largo de un pasillo iluminado por el sol.

Fernando se incorporó y una angustia desconocida se apoderó de su cuerpo. Matilde, al ver que se había despertado, le abrazó y le besó, dándole gracias a Dios al ver que estaba vivo.

—¿Qué ha ocurrido?

—Fernando, menos mal. No te preocupes, los médicos dicen que no es nada, ¿verdad, doctor?

—No hay motivo para preocuparse demasiado. Se desmayó usted a causa de un colapso, una brusca bajada de tensión provocada quizás por la falta de sueño y por el frío. Parece que no se cuida demasiado. No es obligatorio, por supuesto, pero sería conveniente que se quedara en observación un par de días, y luego ya veremos cómo se encuentra.

—¿Lo ves? —Matilde no le soltaba la mano—. Tienes que cuidarte un poco más, nada de excesos. Aquí te ayudarán a recuperarte, y luego...

—Luego tendremos que hablar —interrumpió un policía dando un paso al frente.

Nadie se había dado cuenta de su presencia. Llevaba su gorra debajo del brazo, su uniforme impoluto cargaba la atmósfera de autoridad y disciplina, sus ojos azules escudriñaban el alma de Fernando en busca del criminal que llevaba dentro, que cada uno de nosotros llevamos dentro.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué he hecho? —preguntó Fernando nervioso.

Matilde intentó explicarle en pocas palabras lo de la noche anterior. Quería quitarle hierro al asunto y darle a entender que no era nada serio, nada grave, y

que Ignacio le iba a ayudar. Fernando pensó que, si necesitaba la ayuda de su sobrino como abogado, la cosa no pintaba nada bien.

El policía apartó al médico y a Matilde y le hizo a Fernando un escueto resumen de la situación: estado de embriaguez, daños a la propiedad, escándalo público, vagabundeo, amenazas y, encima, nocturnidad.

—¿Amenazas? ¿Contra quién? si se puede saber. —Fernando se sujetó desesperado a la cama.

—Contra el conductor del coche que le llevó a casa.

—Pero si soy yo el que salió perjudicado, ¡yo tendría que denunciar a ese tipejo! Es un ladrón, me dejó tirado en medio de la calle y me robó el dinero que llevaba encima. No niego que quizás yo iba algo borracho, quizás era así, de acuerdo... Pero ¿acaso le está prohibido a un hombre divertirse un poco?

—¿Es cierto lo que dices? —preguntó Matilde.

—Sí, ¡por los clavos de Cristo! Ese sujeto me robó mi dinero, comprueba los bolsillos de mi chaqueta si quieres.

Al ver que Fernando se estaba poniendo rojo por la agitación, el médico dio un paso adelante y le obligó a tumbarse. Luego, dirigiéndose al policía, le pidió que hiciera el favor de marcharse si no quería que el estado de salud del paciente empeorara drásticamente.

Matilde miró con sus grandes ojos negros al policía, implorando callada algo de piedad. Ella creía en lo que decía Fernando: el pobre había sufrido tanto..., y las calles de Madrid estaban repletas de criminales...

El policía volvió a ponerse la gorra.

—Pase esta vez. Pero más vale que no vuelva a tener noticias tuyas en mucho tiempo, ¿entendido? Espero que se recupere pronto. Señora, mis respetos.

El policía dio media vuelta y se fue sin más, llevándose consigo toda su formalidad.

Fernando, aliviado, le juró a Matilde que decía la verdad. Le dio las gracias, le besó una mano y se quedó dormido.

Al cabo de unos minutos, una enfermera informó a Matilde de que el horario de visitas había terminado.

—Si quiere, puede volver a visitarle mañana a las seis.

Matilde salió del hospital con un peso en el pecho y se fue hacia casa andando.

En su mente se acumulaban pensamientos y sentimientos desordenados. La noche anterior, cuando se despertaron por el jaleo que provenía de la calle, Matilde e Ignacio se asomaron a la ventana y vieron a Fernando que corría detrás del coche gritando hasta que se cayó al suelo.

Matilde quiso bajar enseguida para socorrer al pobre Fernando (solo de pensar de nuevo en la escena, sentía un puño que le agarraba las entrañas y se las estrujaba), pero Ignacio la sujetó por una muñeca, la miró serio y le prohibió bajar. Ya se había acabado tanta limosna y tanta caridad. No estaba dispuesto a verse mezclado en los escándalos de semejante vergüenza de pariente. No quería que nadie asociara el nombre de Fernando con el suyo ni con el de don Alfonso, su padre.

Matilde le reprochó ser vil, inhumano, un hombre frío que no tenía corazón. No le reconocía. Mientras discutían, llegaron un par de policías a caballo. El agente de los ojos azules desmontó y se fue hacia Fernando para que se identificara.

Matilde oyó el silbato, se soltó de la mano de Ignacio y bajó corriendo hacia la puerta. Salió a la calle tratando de interceder por Fernando hasta que, de repente, este se desmayó. Los policías los acompañaron enseguida al hospital.

Mientras todo esto ocurría, Ignacio seguía en su casa, detrás de los cristales de su ventana, agitado y sin saber qué hacer.

Matilde pasó la noche en vela al lado de Fernando. Por primera vez tuvo el tiempo y la tranquilidad necesarias para mirarle con cuidado, rasgo por rasgo, arruga por arruga. No sabía muy bien por qué, pero no podía negar que ese hombre la atraía peligrosa y misteriosamente. Sobre todo si lo comparaba con su marido Ignacio.

Al pensar de nuevo en todo esto, Matilde cruzó por la calle del Prado sin mirar y casi la atropellan. Corrió hacia la otra acera y volvió a centrarse en Ignacio. ¿Por qué se portaba así con su tío? ¿Qué escondía? Quizás el tema de la casa era importante, o alguna historia del pasado con Alfonso y la madre... No tenía ni idea, pero estaba decidida a profundizar y saber la verdad.

Al cruzarse con una familia, Matilde se fijó en los niños: una niña rubia de unos cuatro años y su hermano mayor. Iban de la mano delante de sus padres.

Ella no tenía hijos... todavía. Ignacio ni siquiera mencionaba el tema. Habían discutido sobre ello varias veces. Él le decía siempre lo mismo: que cuando acabara sus estudios le daría todos los hijos que quisiera. Incluso alguna vez llegaron a intentarlo, pero, como solía decirse, «el Señor no quiso».

Sin embargo, ella deseaba el amor y la compañía de unos hijos, no quería dar el tema por zanjado y renunciar así a todo, aunque se daba cuenta de que su marido ya no era el mismo que conoció seis años atrás.

Se acercaba rápidamente a casa. Seguía intentando recordar qué le acercó a Ignacio. La verdad es que al principio le parecía incluso simpático. Atractivo no, nunca lo fue, pero sí amable.

En cambio, ahora... Y Fernando...

Ya faltaba menos para llegar a casa. Matilde estaba decidida a enfrentarse a su marido, pretendía reprocharle su actitud y, sobre todo, llegar al fondo de la cuestión.

Si hacía falta, se pondría a investigar ella misma por su cuenta para saber toda la verdad, pero encontraría la forma para que esos dos se quisieran. Quizás el primer paso para llegar al fondo de la cuestión era volver a contactar con Gregorio, si es que aún seguía en Madrid.

Ahora sentía que el peso de mantener la paz en esa familia era su responsabilidad. Y sabía que el primer paso era restablecer la verdad en esa casa. Esto le daba nuevas energías.

Entre estas y otras muchas cavilaciones, llegó a su casa y entró sin prestar atención a las miradas de desdén que le dedicaban las vecinas de enfrente.

CAPÍTULO 17

ENFRENTAMIENTOS

Matilde no era de ese tipo de mujer que desafiaba a los hombres. No estaba acostumbrada a contradecir a las personas con autoridad, como los padres, curas o parientes masculinos, y menos aún a su marido.

Su ideal de vida era, o creía que era, ser la respetable mujer de un hombre respetable con una respetable familia.

Sin embargo, esta actitud no se debía a un carácter sumiso ni a la educación recibida en su familia; muy al contrario. Ya desde niña Matilde había sido siempre muy observadora e inteligente, con un altísimo sentido de la humildad, la coherencia y la dignidad, además de tener un gran sentido de la justicia.

En muchas ocasiones, por ejemplo, sus padres tuvieron que salvarla de la ira de la madre superiora que dirigía su colegio, ya que a la mínima señal de contradicción, Matilde ponía en ridículo a quien fuera, argumentando sin temor y respondiendo a las acusaciones y a las reprimendas de los adultos. Y lo peor de todo era que nunca faltaba al respeto y siempre demostraba tener una inteligencia muy aguda y refinada, lo cual es una cualidad más única que rara. En resumidas cuentas, desenmascaraba a los que se aprovechaban de su superioridad, teniendo siempre la razón de su parte.

Semejante mujer y con semejantes ojos entró en casa hecha una furia. Su marido se estaba pasando de la raya y el sentimiento de honradez y justicia de Matilde estaba siendo trastocado.

Ignacio estaba reunido en el cuarto de estar con uno de sus pocos clientes, un charcutero al que le habían pillado vendiendo género poco fresco después de que unas quince personas le denunciaran tras enfrentarse a sendos ataques de diarrea, único caso sincronizado en la ciudad.

Matilde entró en casa y al ver que su marido estaba ocupado no se echó atrás, más bien se lanzó hacia delante.

—Tenemos que hablar.

—Querida, ¿no ves que ahora estoy ocupado con un cliente?

—Te digo que tenemos que hablar ahora mismo, es muy urgente. Fernando está en el hospital y esto no puede seguir así. Lo siento mucho, señor, pero tendrá que volver mañana.

Tras decir esto, Matilde cogió el abrigo y el sombrero del tendero y se quedó al lado de la puerta.

—Por favor, no le haga caso, está alterada, quédese usted aquí —dijo Ignacio al charcutero—. Matilde, ¿te has vuelto loca o qué? Cuando acabe con el señor Gutiérrez hablaremos.

Cogió al tendero por el brazo y le hizo volver a sentarse en el sofá.

Matilde, sin añadir una sola palabra, le encajó en la cabeza el sombrero, lo cogió por el otro brazo y le hizo levantarse, ayudándole a ponerse el abrigo.

—Lo lamento, señor Gutiérrez, pero se trata de algo muy urgente —dijo ella despidiéndole con un gesto de su mano que le indicaba la salida.

El pobre tipo cogió la cartera con sus documentos y, sin decir nada, se fue.

Ignacio se puso rojo de rabia y se levantó pidiéndole explicaciones a su mujer.

—No, Ignacio, no, ahora soy yo la que tiene que pedirte explicaciones a ti. ¿Se puede saber por qué te comportas así con tu tío Fernando?

—¿Y se puede saber por qué debo aguantar las que arma y lía un día sí y otro también?

—Si tú le ayudaras un poco, si le comprendieras y no le hicieras sentir como un estorbo, como un extraño que ocupa esta casa en contra de tu voluntad..., quizás aprovecharía mejor sus días. Me parece increíble que te comportes así, Ignacio, ¡que es tu tío! ¡El hermano de tu difunto padre! ¿Qué te ha hecho para que te comportes así con él? Es algo relacionado con la casa, ¿verdad? Hay algo que no me has dicho y que tendría que saber, ¿no es así?

Al oír eso, Ignacio volvió a sentarse intentando recuperar la calma de siempre. Le parecía imposible que su mujer le considerara responsable de las desgracias que le pasaban al mameluco de su tío. Se dio cuenta de que tenía que calmarla y, al mismo tiempo, recuperar el control de la situación, cosa que no sabía hacer de otra manera si no era desde su supuesta autoridad.

—Escúchame bien, Matilde, lo que haya podido pasar entre mi familia y Fernando no es asunto tuyo. Son cosas del pasado que ocurrieron antes de casarnos..., incluso antes de conocernos. Fernando no es un hombre malo, pero te aseguro que su influencia no es buena y su presencia aquí no le habría hecho ninguna gracia a mi padre —esta mentira la dijo con especial énfasis—. Hay muchas deudas pendientes, y no solo eso. ¿Por qué crees que se fue a las Antillas hace tantos años? ¿Para buscar aventuras? ¿Para hacernos a todos más ricos? No, Matilde.

—¿Qué estás insinuando?

—Simplemente te digo que Fernando no tiene ningún derecho a estar aquí, no se hizo merecedor de mi respeto, ni siquiera de nuestra generosidad, y no

basta el hecho de tener el «título» de tío. Lo que trato de decirte (y no sé por qué te empeñas tanto en no entenderme) es que yo estoy defendiendo lo que queda de los Sánchez Coromina, estoy defendiendo a nuestra familia. A ti, a nosotros dos. Quizás a nuestros herederos... —esto último lo dijo con ganas de tocarle la fibra sensible—. Así que, por favor, deja de acusarme sin saber de qué hablas. Soy tu marido. No lo olvides.

—Serás mi marido y me dirás lo que quieras acerca de defender a esta familia, pero a nadie, y menos aún a un pariente, se le puede tratar así, dejándolo tirado en medio de la calle, sin ofrecerle recursos para sobrevivir, abandonándolo como a un apestado después de haber sobrevivido a una guerra y a una travesía en el océano. Por lo menos esto no es mi concepto de caridad ni tampoco de ser un buen cristiano.

Matilde sentía que, cuanto más defendía a Fernando, más pensaba en él con una desconocida mezcla de emociones. Sin añadir una sola palabra más, se dio la vuelta de nuevo y salió a la calle dando un portazo.

Ignacio se quedó un buen rato en el cuarto de estar. Caminaba con pequeños y rápidos pasos cruzando de norte a sur, de este a oeste y de un lado a otro. No dejaba de fijar su mirada en el cuadro del galgo colgado en la pared, en los ojos fieros del sabueso, en el pequeño arroyuelo de sangre que resbalaba del cuello de la presa que tenía entre los dientes. Repasó mentalmente las palabras de su mujer. «Demasiado sensible, como todas las mujeres», pensó. Y luego volvió a acordarse de don Benito.

«Todavía no he tenido noticias de él. Me parece que ya es hora de ir a verle y preguntarle qué tal va nuestro asunto. Hay que cerrar todas las posibilidades y evitar cualquier error, hay que estar seguros de los detalles antes de dar el próximo y definitivo paso. Llegados a este punto, ya no se me permiten fallos. Don Benito tendrá que darme una buena explicación. Al fin y al cabo, el dinero de la deuda nunca nos llegó, así que legalmente la casa me pertenece. Claro que también don Benito nos lo puede *devolver*, aunque dudo mucho que eso sea factible... De todos modos, lo resolverá y seguro que ya ha reunido todos los documentos y ningún juez o notario podrá negar la evidencia: mi tío no pagó la deuda.» Ignacio repetía en su mente las voces de los jueces que tanto admiraba en los tribunales: «Su tío es un moroso y no tiene ningún derecho a la casa, menos aún a la herencia, de la cual estipulamos y confirmamos que el señor Ignacio Sánchez es su único y total beneficiario».

Sonriendo, Ignacio se fue hacia el recibidor y cogió su abrigo. Fuera había vuelto a nevar. Antes de salir se miró en el espejo y vio que unos pelillos maleducados se asomaban de su nariz. Se los arrancó uno a uno tirando con las puntas de sus dedos índice y pulgar. Luego salió disparado hacia la casa de don

Benito. Creía que le iba a dar una sorpresa, pero era él el que estaba a punto de llevarse un buen chasco.

CAPÍTULO 18

UNA TARDE AJETREADA

Esa tarde el frío se manifestó en fuentes heladas y grandes copos de nieve que caían silenciosos para cubrirlo todo y volver a posarse en los tejados de los edificios. Pero esa tarde extraña, ese blanco suave y amenazante al mismo tiempo no conseguía permanecer más de media hora en el mismo sitio por la llegada de la lluvia. Lo mismo pasaba en las copas de los árboles: blancas, marrones, blancas y de nuevo marrones.

Una calma helada había dejado en los rostros de la gente la misma expresión ausente y, en sus pasos, el mismo ritmo lento e incierto. Parecía que algún espíritu se hubiera llevado consigo, más allá de los espesos nubarrones grises, todo tipo de emoción, vaciando la ciudad y los corazones de sus habitantes, convertidos en meras apariciones, en sombras inmateriales del mismo paisaje apagado.

Los únicos seres humanos todavía capaces de perseguir algún objetivo, con prisa, con angustia incluso, cargados de preguntas urgentes, eran Matilde e Ignacio. Cada uno por su lado, cada uno de ellos movido por una razón distinta, aunque en el fondo fuera la misma: encontrar una forma de paz, ajustar el aspecto de las cosas que el tiempo y la distancia habían trastornado hasta límites grotescos (¿será simplemente la mala fe de los individuos?). Cada uno corría de un lado a otro de Madrid como si fueran los únicos seres vivos en medio de un páramo desierto.

Matilde no estaba nada satisfecha con la respuesta de su marido; es más, ahora estaba totalmente convencida de que le estaba escondiendo algo, de que no le había contado toda la verdad.

Pensó que Gregorio era el único custodio de tantos años de vida en la casa de los Sánchez Coromina: había visto crecer a Ignacio, conocía muy bien a Alfonso y a su mujer, incluso conoció a Fernando antes de que se fuera a ultramar.

Sabía que, si seguía en Madrid, el primer sitio en el que tenía que mirar era el círculo recreativo donde solía jugar a las cartas.

Cogió un tranvía y se bajó unas paradas más adelante; callejeó un rato y preguntó a unos cuantos transeúntes hasta que llegó a las puertas del círculo

recreativo y entró. Dentro no había más que el camarero detrás de la barra y un viejo que fumaba en su pipa.

—Estoy buscando al señor Gregorio —dijo al camarero, que no dejaba de secar vasos y de mirarla de arriba abajo.

—¿A quién?

—A Gregorio Feijóo... Un hombre alto, calvo, de unos cincuenta años... Trabajaba de mayordomo.

—No me suena nadie con ese nombre, lo siento...

—Me han dicho que solía venir a este sitio, a este club para jugar a las cartas.

—¿No hablará del Bola? —intervino de repente el viejo con una voz acatarrada y sonora.

Matilde no sabía qué contestar.

—Hace días que no le vemos. El pobre ha tenido una mala racha, al parecer el desagradecido ese, el patrón, le ha despedido justo en Nochebuena.

—¿Y sabe usted dónde podría estar ahora? —volvió a preguntar una ansiosa Matilde.

—Claro, señora, está en su piso..., una buhardilla en la calle de San Isidro. Siempre que no se haya ido ya a su tierra o al otro mundo...

Esto último lo añadió con un toque de maldad gratuita y tocando madera con la mano derecha.

Matilde les dio las gracias y salió deprisa, presa de una extraña ansiedad, montándose en el primer coche que vio pasar.

Se bajó en la calle de San Isidro y comenzó a llamar a todos los timbres de todas las buhardillas y a preguntar a las vecinas.

Por fin, una señora huesuda y pequeña, con una gran mata de pelo negro desordenado en la cabeza, tras saber a quién buscaba, le confirmó que Gregorio vivía en esa casa, en la buhardilla, pero que hacía un par de días que no lo veía, que la última vez parecía estar algo triste y que, si le apetecía subir todos esos escalones, podía ir a ver si estaba en casa.

—Así, de paso, le puede recordar que tiene que pagarme la renta del mes pasado —añadió amargada.

Matilde subió corriendo todos los peldaños hasta la sexta planta y llamó a la puerta.

Oyó un ruido sordo que provenía de dentro. Golpeó la puerta con tanta fuerza que consiguió llamar la atención del vecino de enfrente, que salió y, al ver a una señora tan guapa y tan elegante llamar de una manera tan desesperada a la puerta de un mísero viejo desempleado, no dudó en ayudarla.

El hombre rompió la puerta a patadas dejando a la vista la buhardilla. Matilde gritó y entró a todo correr seguida por el vecino, que, rápidamente, sujetó a Gregorio por las piernas: el pobre diablo colgaba de una cuerda atada a una de las vigas del techo. Matilde se encaramó a una silla y le quitó la soga del cuello. Gregorio cayó y empezó a saltar como un pez fuera del agua.

—Demonios, el viejo casi la palma —comentó toscamente el vecino.

Matilde le dio las gracias por su ayuda, le pidió que no dijera nada de lo que había ocurrido y le aseguró que ahora ella se ocuparía de su amigo.

El tipo se fue pensando: «Vaya amiguita que tenía el viejo... Y yo que creía que era un desgraciado».

Gregorio se reanimó y, tras reconocer a Matilde, rompió a llorar con un llanto desgarrador. Ella le abrazó intentando mantenerse lúcida.

—Gregorio, por Dios, ¿en qué pensaba? Ha estado a punto de hacer algo irreparable, ¿por qué?

—Señora, entiéndalo, ya no sabía qué hacer. Estoy solo en esta ciudad, sin familia, sin trabajo, y soy ya muy mayor... ¿Quién va a querer a un viejo como yo ahora?

—¿Por qué no has ido a pasar las navidades con tu familia?

—Me quedé porque..., porque sentía demasiada vergüenza como para volver a casa y tener que explicar lo ocurrido, ¿me entiende?

Se hizo un silencio pesado en el que los dos se miraron a los ojos entendiendo muchas cosas.

—Por cierto, señora, ¿qué hace usted aquí? ¿Acaso el señor Ignacio ha recapacitado acerca de su decisión de despedirme? Pues que sepa que no tengo ninguna intención de volver a su servicio. Prefiero quedarme en medio de la calle, o muerto, antes que darle esa satisfacción. Además, la envía a usted, que es tan buena, tan cariñosa y humana... ¿Es que no tiene agallas para decirme las cosas a la cara? Es eso, ¿verdad?

Gregorio hablaba atropelladamente y Matilde tuvo que ponerle una mano en la boca para callarle. Se levantaron del suelo y se sentaron en dos sillas de paja medio desfondadas.

—No, Gregorio, no he venido por eso. He venido buscando tu ayuda. Lo que te voy a contar tiene que ver con Ignacio. Y con Fernando.

—¿El hermano de don Alfonso? ¡Pero si don Benito dijo que había muerto en Cuba!

—Pues no era cierto. Está vivo y, además..., ha vuelto.

—¿De verdad? No sabe cuánto me alegro, señora Matilde. El señorito Fernando era un hombre poco convencional, pero un corazón como el suyo no he vuelto a conocerlo en la vida. ¡Y qué cabeza!

—Ya... El problema es que hay algo entre él e Ignacio que no llego a entender. ¿Sabes qué ha pasado entre ellos? ¿Tenía Fernando alguna rencilla con don Alfonso, o acaso hizo algo mal en Cuba?

Gregorio cambió de expresión, su mirada se enturbió. Le explicó que él no solía meterse donde no le llamaban, pero que sabía que Fernando tenía una deuda con su hermano por la casa y que la repentina muerte de este quizás había dejado abiertas algunas cuestiones sin resolver.

—Ese don Benito sabe mucho más sobre todos estos asuntos de lo que admite. Don Alfonso era muy generoso y confiaba demasiado en él, si quiere saber mi opinión. Yo siempre creí que ocultaba algo, nunca me fie de él... Disculpe si le hablo con esta franqueza, señora, pero nada me retiene ahora para decir todo lo que pienso. No crea que le estoy faltando al respeto a usted o a su familia, por favor...

—No, Gregorio, en absoluto; es más, te agradezco tu sinceridad.

Gregorio siguió recordando los tiempos pasados y narrando episodios sueltos que, unidos a la cuestión de la deuda, sirvieron para que las sospechas de Matilde crecieran, pero eran solo simples conjeturas que no ayudaban a juntar todas las piezas.

Tras charlar un poco más, y aunque Gregorio insistía en que estaba estupendamente, Matilde le dijo que debía ir al hospital a que le viera un médico. Bajó a la calle con él y le pagó la carrera en coche para que le llevaran sin escuchar sus protestas. Además, le dejó algo de dinero y se despidió de él, no sin antes prometerle que volvería a hacerle alguna otra visita.

Cuando el coche se marchó, Matilde empezó a caminar con un grave pesar en su pecho, algo asustada y con las ideas aún más confusas.

Por su parte, Ignacio corría como alma que lleva el diablo hacia la casa de don Benito, pero sin coger coches ni tranvías, que lo importante es lo importante y no son tiempos estos como para tirar el dinero en comodidades.

Llegó a la corrala jadeante. Tocó a la puerta y salió la hermana, la bigotuda.

—Buenas tardes, señorita Paca. Necesito hablar con don Benito.

—No está en casa.

—¡Es muy urgente! —insistió Ignacio como si eso sirviera para que las personas reaparecieran.

—Le he dicho que no está. Hace unos días se fue de la ciudad.

—¿Cómo que se fue? ¿Adónde?

—No me lo ha dicho. Se trataba de «asuntos mu' delicados», así me dijo. Cogió su maleta y se fue. ¿Le ha pasado algo? Si ya sabía yo que algún día se iba a meter en un *fregao* por culpa de uno de sus negocios...

—¿Por qué dice eso? —preguntó Ignacio inquisitivo.

La hermana de don Benito no supo explicarse con claridad, pero entre las ráfagas de frases inconexas y gritadas, le hizo entender que su hermano Benito tenía que liquidar unas cuentas con un prestamista y que se había ido de Madrid hasta que se calmaran las aguas (en realidad, esto último lo dedujo Ignacio por sí mismo).

Al ver que no podía sacar más información, Ignacio se fue alarmado y con las sospechas que le crecían dentro como las plantas trepadoras crecen sobre un edificio abandonado.

CAPÍTULO 19

EL SANATORIO

Esa noche Fernando no pudo pegar ojo. Las enfermeras de turno eran cuatro religiosas duras y poco dadas a la sonrisa y a la amabilidad, como si el hospital fuera otro lugar en el que se reúnen los pecadores y donde lo que hay que sanar no fueran las enfermedades del cuerpo, sino las del alma.

Al acabarse la cena, lo retiraron todo, apagaron las luces del largo pasillo y se fueron detrás de las puertas, donde tenían su garita.

Enseguida cayó en la sala un silencio sepulcral moteado de catarrros, golpes de tos y silbidos pulmonares.

La luz de la luna entraba débil por los ventanales, iluminando y rociando los metales y las sábanas blancas, creando raros efectos fantasmales.

Todo esto no le gustaba nada a Fernando, que no había pisado un hospital en su vida.

Se sentía muy inquieto. Sus vecinos dormían. Quería hablar para no tener que escuchar sus pensamientos.

Se le apareció la cara de Matilde, la única persona que se le había acercado como una amiga. Pensó en su piel de matices oscuros, su perfume natural y joven, su cuello y su cintura, cuyas curvas se podían adivinar debajo de sus vestidos. Pensó demasiado intensamente en Matilde y se excitó. La deseaba. La idea de que fuera la mujer de su sobrino, de ese odioso Ignacio, le hacía hervir la sangre. Intuía su infelicidad: una mujer tan jovial, justa, joven y atractiva..., y ni siquiera le había dado un hijo tras seis años de casados. Ese hombre gris, ese Ignacio le estaba quitando las ganas de sonreír y los placeres de la carne.

Deseaba quitársela de las manos. Quitársela, sí, debía quitársela... Ella lo deseaba, se leía en su mirada, en el modo en que se quedaba cerca de él, en cómo quería ayudarlo, en cómo le había tocado la mano unas horas antes...

La noche se hacía cada vez más oscura y Fernando no podía tranquilizarse: comenzó a pensar en lo estupendo que sería ver gozar a Matilde encima del sofá, delante de los ojos de su sobrino, mudo y sin expresión. Fernando jadeaba y susurraba el nombre de Matilde hasta sentir el líquido caliente que le bañaba los dedos y la barriga.

Alguien del pasillo tuvo que enterarse porque en cuanto acabó le susurró algo que se entendió apenas:

—Tenía que ser muy guapa, sí señor.

A Fernando no le parecía posible. Más molesto que azarado, se secó con las sábanas y preguntó quién era el que hablaba.

—Lo importante es que no te descubran las monjas... Por una cosa así pueden mandarte rezar mil avemarías o incluso echarte del hospital. Ay, ay, las hermanitas —dijo una voz profunda.

Fernando preguntó de nuevo quién era, intentando resultar algo amenazador. Le parecía reconocer cierto acento latino en su pronunciación.

—Me apuesto lo que quieras a que esa chica, si le entras con cuidado, te dejará hacer lo que quieras.

—¡Por Dios, deja ya de hablar de ella y dime quién diablos eres! —espetó Fernando agitado.

—¿Qué importa? —dijo la voz desde una distancia incalculable—. Ni siquiera nos conocemos. Además, yo tenía una amada igual de guapa.

—¿Y qué le ha pasado?

—A ella nada. Se olvidó de mí en Puerto Rico y se casó con otro.

—¡Puerto Rico! ¿Has estado en la guerra? —preguntó Fernando emocionado.

El otro no respondió, ya que otros pacientes empezaron a despertarse y los mandaron callar repetidas veces.

—Yo sí he estado. En Cuba...

—¡Callaos, maldita sea! —gritaron.

—Entonces no somos amigos.

—¿Por qué?

—¡Yo estaba con los yanquis! —dijo el otro riéndose.

Otros cinco o seis enfermos se despertaron y empezaron a protestar y a lanzar amenazas de muerte. Otros empezaron a toser y a gritar y pronto se levantó un alboroto general que llamó la atención de las monjas.

Una de ellas entró en el pasillo y lo recorrió con su rápido paso militar recalcado por el taconeo de sus zuecos.

—¡Chist! ¡Callaos y a dormir! Esto no es un casino, aquí hay gente seriamente enferma que necesita dormir.

—Y hay gente a la que no se le duerme la mano derecha —dijo alguien desde otro punto del pasillo.

A la monja no le hizo ninguna gracia y se fue amenazando con echar del hospital a los que siguieran molestando. La amenaza surtió efecto porque al cabo de un rato volvió a reinar el más absoluto silencio.

Hay que decir que la mayoría de los que estaban allí no tenían casa ni un sitio adonde ir y el hospital representaba el último refugio donde pasar las noches más frías. Bastaba con procurarse unas heridas en una pelea, por ejemplo, o cortarse una mano con una lata, y podías pasar al calor, bajo sábanas limpias y con caldo de carne, dos o incluso tres noches.

Fernando, al que ya le parecía imposible recuperar la calma, se levantó y se fue en dirección a la voz que le provocaba hacía poco.

—¿Dónde estás? Sal si tienes agallas —iba susurrando.

Fue darse la vuelta y estamparse contra un negro alto y fuerte con la cara cuadrada, iluminada en el centro por un rayo de luz eléctrica que venía del pasillo central. Fernando se asustó, pero no se movió.

El negro le sonrió sin quitarle los ojos oscuros y ausentes de encima.

—Te lo has creído, ¿verdad? —Le abrazó fuerte.

Fernando sentía cómo su espina dorsal crujía bajo la presión de ese gigante ciego. Sí, estaba ciego: los ojos los tenía fijos en el vacío; le pasó una mano por delante y no los movió.

—Era uno de los vuestros y me quedé ciego en combate —dijo el negro, que se llamaba Horacio.

—¿Cómo sabías lo de mi amiga? —preguntó Fernando.

—Bueno, fue la única voz femenina del día y sonaba muy sensual. Además, te he oído antes. No eres nada discreto, pana.

—Si no os calláis enseguida, voy a llamar a las monjas —amenazó uno de los pacientes.

Se armó pronto otro escándalo y, en un santiamén, Fernando y su nuevo amigo Horacio se vieron de patitas en la calle.

Hacía un frío que pelaba y faltaba aún un buen rato hasta el amanecer.

Fernando, al hundir sus manos en los bolsillos, encontró la tarjeta de visita del joven vendedor de pelucas socialista, Vicente Araújo.

—Oye, este es un buen tipo, seguro que nos da cobijo esta noche.

—Eres otro perro callejero como yo, ¿eh? —comentó Horacio riéndose.

—No, la verdad es que tendría un sitio adonde ir, pero prefiero no aparecer por ahí a estas horas. Venga, que este tipo vive mucho más cerca, vayamos a despertarle.

En pocos minutos llegaron a la dirección y llamaron varias veces hasta que Vicente se asomó a la ventana de su cuarto piso para ver quién demonios le despertaba a esas horas.

—Soy yo, Fernando Sánchez, el poeta... El de Cuba de la otra noche, ¿te acuerdas?

—¡Fernando, claro! ¿Qué pasa? ¿Sabes qué hora es?

—Ya, lo siento, es una noche algo rara...

—¿Quién va contigo?

—Un amigo, se llama Horacio.

—¿Qué hacéis en la calle con este frío?

—Si nos dejas subir y nos ahorras la congelación, te lo cuento todo.

—Venga, subid.

Vicente les lanzó la llave del portal y subieron corriendo a casa de Araújo.

Este vivía en un piso de dos habitaciones lleno de libros y pelucas: los primeros metidos en cajas, encima de los muebles, del piano vertical, de la chimenea e incluso de la cocina, mientras las pelucas estaban bien ordenadas encima de cinco estanterías que llenaban las paredes del cuarto de estar.

En una esquina de la habitación había un caballete con un lienzo a medio acabar, una marina algo triste, y en otro dormitorio, el que les dejó a Fernando y a Horacio, había un poco de todo: desde cuadernos de apuntes a registros de clientes, pasando por un pequeño acordeón empolvado y medio roto.

—Estaréis muertos de frío. Tomad esto.

Vicente les dio dos mantas de lana y les preparó dos tazas de achicoria caliente mientras Horacio le contaba lo del hospital, sin ahorrarse lo de la visita de la «amiguita» de Fernando y lo de las monjas.

Cuando Vicente le preguntó por su historia, Horacio dijo que era un portorriqueño que nació ciego y que se escapó a España justo antes de la guerra.

—Porque yo con esto veo muy bien —dijo indicando el centro de su frente.

—Todos querían mi cabeza: mi gente, porque hacía negocios con los españoles; los yanquis, por haber rechazado su pensión a cambio de un par de nombres; los españoles, por ser negro y un poco por todo lo de antes... Bueno, y por dispararles a dos de ellos. Pero fue un error, oye, que no murieron.

—¿Disparaste? ¿Y cómo?

—La verdad es que fue mi hermano. Me limité a quitarle la pistola y a los guardias les dije que había sido yo.

—¿Y se lo creyeron?

—Hombre, ¿tú qué crees? Este me lo hice en prisión —dijo Horacio enseñándoles un pequeño tatuaje que tenía en el brazo izquierdo: una calavera con una rosa en cada ojo. Y añadió unas palabras poco halagadoras sobre la limitada inteligencia de los soldados españoles.

—Entonces, ¿por qué antes me contaste lo de la guerra? —preguntó Fernando.

—Ya sabes: si quieres hacer amigos, hay que empezar contando historias interesantes, añadiendo detallitos, matices que ayuden a encontrar puntos comunes... Esas cosas que os gustan a los que leéis libros.

Vicente y Fernando le felicitaron y se rieron con él, fascinados por la personalidad del portorriqueño.

—Escuchad —dijo Araújo—, me quedaría aquí hablando toda la noche, pero mañana yo trabajo y tengo que visitar a unos cuantos clientes. Estáis en vuestra casa, no os preocupéis. Buenas noches.

El joven socialista se fue a su cuarto, mientras Fernando y Horacio se quedaron fritos en el suelo, debajo de las mantas, en cuanto apagaron la luz.

CAPÍTULO 20

SE HACE LO QUE SE PUEDE

A la mañana siguiente, Fernando abrió los ojos y en casa no había nadie, ni Vicente ni Horacio.

Se fue a la cocina buscando algo de comer: su estómago le pedía con urgencia que se pusiera algo entre los dientes, cualquier cosa. Hizo sus cálculos y se dio cuenta de que llevaba varios días sin comer en condiciones. En el hospital le habían dado solo una sopa y un trozo de pan.

Abrió la despensa y sacó lo poco que había: pan reseco, un trozo de tocino rancio y un trozo de cebolla. Se llenó la boca con avidez mientras sentía cómo las fuerzas, poco a poco, volvían para alejar un inminente desmayo. Sus piernas estaban a punto de ceder y sus tripas protestaban con rabia.

Cuando acabó esa comida improvisada, dio unos cuantos sorbos a una botella de agua y a una de vino y se levantó.

Se miró en un espejo de cuerpo entero que había en el salón, al lado de las estanterías de las pelucas, y vio su cara algo cansada, menos brillante de lo que recordaba, incluso parecía que tenía más canas.

Miró todas esas pelucas y empezó a probárselas delante del espejo. Rubias, largas, rizadas, con la raya a la izquierda o a la derecha, cortas... Cada una le proporcionaba un aspecto diferente, pero la que sin duda le transformaba por completo, hasta hacerle irreconocible, era una melena larga hasta el cuello, con la raya en medio, de color castaño oscuro. Nunca había visto a nadie llevar un peinado parecido. La cogió de nuevo y se la volvió a poner encima de la cabeza. Era perfecta.

Buscó en los armarios de Araújo y encontró una chaqueta de lana casi nueva. La suya, la azul, la misma con la que había llegado de Cuba, ya no aguantaba ni un día más: la miró abandonada en el perchero, raída, con los bolsillos rotos, descolorida, inútil frente a esas temperaturas tan rígidas.

Se puso la chaqueta de Araújo y pensó que todo aquello era solo un préstamo y que pronto le devolvería el favor.

Antes tenía que conseguir dinero como fuera. Se acordó de los tipos del Dos de Mayo que le hicieron probar la vitocaína: podía ser un negocio fácil con el que conseguir unos duros.

En ese momento escuchó a alguien que intentaba abrir la puerta del piso.

—¡Fernando!, ¿estás ahí?, ¡Fernando! —Era la voz de Horacio.

En un primer momento, Fernando pensó quitarse la peluca, pero ¿por qué? Su amigo era ciego.

Le abrió la puerta y Horacio entró con una bolsa cargada de comida. Cerró enseguida.

—¿Te has ido de compras?

—Claro, hermano, algo hay que comer, ¿o no? —contestó Horacio con una rara sonrisa pintada en la cara.

Traía una bolsa de tela con varios productos bastante caros.

—Veo que tienes buen gusto, amigo —dijo Fernando sospechando algo.

Horacio empezó a sacar embutidos, pimientos asados, quesos curados, vino, pan blanco y una enorme lata de atún en aceite. Todo olía de maravilla. También había una copia de *El Heraldo de Madrid*, una bufanda y un par de guantes nuevos.

Para confirmar sus sospechas, Fernando retiró sin hacer ruido el periódico de la bolsa y esperó a que Horacio sacara los manjares. Luego se sentó y el portorriqueño le pidió que, por favor, le pasara dos platos y dos tenedores, y le invitó a sentarse para compartir esa bendición obtenida gracias a un préstamo del buen Vicente.

—El mejor anfitrión que podrías conocer, Fernando —concluyó Horacio, que empezó a comer con avidez, casi sin masticar.

Fernando, a quien al verle tragar le entró de nuevo apetito, se sentó con él y engulló unos cuantos trozos de pan recién hecho con el atún y el chorizo. En pocos minutos, entre uno y otro se habían acabado casi todas las provisiones.

—Esto se lo dejamos a nuestro amigo socialista —dijo Horacio apartando un trozo de queso y lo que sobraba de los embutidos. Apartó también la bufanda y los guantes, pero se lo pensó mejor y decidió quedárselos él, que no tenía con qué protegerse del frío.

—¿No falta nada? —preguntó Fernando.

Horacio dijo que no, que no había comprado nada más.

—Bueno, entonces alguien te ha regalado este periódico... Gracias, tenía ganas de enterarme de las noticias.

—Ah, claro, sí... El periódico. ¡Qué despiste! —dijo Horacio sin poder enmascarar en su voz el tono del que acaba de verse pillado en un descuido.

Fernando le acusó de ser un ladrón, y Horacio se defendió con el único argumento posible para justificar un robo: el hambre.

—Me parece que tú también tenías algo de hambre, ¿no? No tenemos ni un céntimo, pero hemos comido algo. Además, no te preocupes, que a esa gente no

le faltará de nada.

—¿Y la policía qué? Ahora te estarán buscando...

Horacio le aseguró que había sido discreto.

—Fue en una calle lejos de aquí, no te preocupes. Le pedí a una sirvienta que me ayudara a comprar algo en una tienda de alimentación, le dije que no tenía dinero y que si no traía comida a casa, mis hijos se habrían muerto. Tiene que ser una excusa común en estos tiempos porque la chica no se apenó lo más mínimo. Le parecía casi normal que hubiese gente muriéndose de hambre. Vamos a ver, ella tiene trabajo y en la casa de sus amos no le falta de nada. Ojos que no ven... Bueno, la historia es que me quedé ahí fuera esperándola. La chica salió y me ofreció un paquetito con un par de latas. ¿Nada más?, pensé yo.

Horacio hablaba despacio, sin mover un solo músculo de su cuerpo. Prosiguió:

—¡Qué demonios! Tú estabas aquí hablando en sueños de no sé qué banquete lleno de comida y tus tripas estaban dando un señor concierto..., y yo llevaba ya tres días sin comer algo sólido... Pues nada, que le quité la bolsa de un tirón y me fui corriendo por donde había venido. No le hice daño, no te preocupes. Ahora relájate y disfruta del periódico: invita la casa.

Horacio se calló. Fernando no sabía qué pensar. Por un lado, veía en ese Horacio a un hombre generoso, un ciego que se movía por las calles de Madrid como si se las conociera al dedillo, y se dio cuenta de que podía ser un buen amigo. Por otro, era verdad lo del hambre, aunque nunca se había visto en la necesidad de robar. Algún que otro trapicheo, eso sí, pero robar... Y ahora, si le veían por la calle con el ciego, seguro que la policía le acusaría de ser su cómplice.

Pensando esto y aquello, se le ocurrió que la asociación de mujeres de Matilde quizás podría ayudarle de alguna manera. Al fin y al cabo, venía de ultramar. Se lo dijo y a Horacio le pareció una buena idea.

—Por lo menos intentarlo. Yo me aburro mucho sin trabajar, ya lo ves. Sobre todo sin comer. Pero, dime, hermano, esa Matilde... ¿No será la amiguita del hospital?

—No hables de ella, ni la menciones. Te lo pido por favor —cortó Fernando.

—Vale, vale, de acuerdo. Qué pronto te enfadas, hermano. Oye, ¿y ese Araújo cuándo va a volver? Parece un tío majo y con pasta, ¿no?

Fernando le dijo que había pensado agradecerle su ayuda y que, además, tenía una idea genial para conocer a su círculo de gente. Esa era la sociedad que de verdad no tenía preocupaciones: lo suyo era ponerse pelucas para pasar un buen rato.

—No sé si me explico... —añadió.

—Creo que sí, ¿qué se te ha ocurrido?

Fernando le contó lo de la vitocaína y que necesitaba dinero para comprar un poco y volver a venderla.

—Me he quedado sin un céntimo y no quiero volver a pedirle prestado a ese tacaño de mi sobrino. Hay que tener mucho cuidado.

—¿Y cómo piensas revender esa..., ese polvo que dices tú?

—No te preocupes. Tú ayúdame y verás que en una noche nos vamos a hacer ricos.

Horacio, por carácter y por su situación de vagabundo, exiliado y sin nadie en el mundo, era el tipo de hombre que nunca se echa atrás frente a una propuesta interesante. Solo se trataba de hacer un trabajillo para volver a encarrilarse.

Fernando preveía mucha diversión, quería devolverle el favor a Araújo y, de paso, lograr hacer por fin un negocio de provecho.

Estaba convencido de que, si todo salía a pedir de boca, ni siquiera su sobrino Ignacio podría pararle los pies.

CAPÍTULO 21

BÚSQUEDAS

Matilde salió del hospital desolada: acababa de recibir la noticia de que Fernando había sido expulsado esa noche por interrumpir el descanso de los demás enfermos.

No tenía noticias de él ni sabía dónde ir a buscarle. Tenía entre las manos un paquete con una bufanda y un par de guantes nuevos, el periódico del día y mucha comida.

Se quedó un rato allí parada, de pie, delante de la entrada del sanatorio, sin saber qué hacer. Los hombres que pasaban por allí se daban la vuelta para mirarla, algunos incluso le lanzaban piropos. Ella no se percataba de nada de eso.

Matilde empezó a caminar dando vueltas sin rumbo, pasando de una calle a otra, de un barrio a otro, fijándose en las caras, en las conversaciones, en la poca gente que poblaba los tristes cafés de los que salía olor a rancio.

Intentaba imaginar dónde podía haberse metido Fernando, dónde habría pasado la noche, y se temió lo peor.

Cuando estaba cruzando una calle, vio a un hombre negro parado delante de una tienda. Pasó por delante y él, al oler su perfume, la paró preguntándole si podría ayudar a un pobre ciego a entrar en la tienda para comprar un poco de comida, que llevaba cinco días sin comer y sus hijos se estaban muriendo.

Matilde, enternecida y como si despertara de un sueño profundo, le dijo que por supuesto le ayudaría. Entraron y compraron pan, conservas, queso y embutidos. La encargada de la tienda hizo un paquete único con las cosas que ya llevaba Matilde. Al salir se lo dio todo al ciego con acento latino.

Este le habló de sus desventuras en ultramar, de su pobre mujer enferma y del trabajo que no había forma de encontrar.

Le pidió que le acompañara por un tramo para ayudarle a cruzar la calle principal. Matilde accedió: ese hombre parecía tan desesperado y desvalido que no podía dejarlo solo.

De repente, él la hizo pasar por un callejón sin salida, la cogió por el cuello y la estampó contra una pared sin soltarla. Matilde intentó gritar, pero solo podía emitir estertores sofocados.

La bolsa con comida cayó al suelo mientras el ciego empezó a tocarla por todo el cuerpo con su enorme mano que metió en su pecho, donde se perdía una cadenita de oro con un colgante. Se la arrancó y prosiguió hasta su falda, palpándole el trasero, donde encontró escondido un abultado bolsito. Lo arrancó. Estaba lleno de dinero.

Matilde temblaba horrorizada. El tipo la tenía inmovilizada por el cuello y no dejaba de tocarla y de babear, excitado por su perfume, con la mirada vacía perdida en la nada. Cuando el negro vio que no había nada más que quitarle, le cogió una mano y la obligó a acercarla a su entrepierna. Ella, al sentir los testículos a través de los pantalones, se los agarró con toda la fuerza que pudo como si fuesen dos naranjas. El hombre gritó y soltó el cuello de la chica, que aprovechó para escaparse gritando y pidiendo ayuda.

Matilde encontró a una patrulla de policías y les contó lo que le acababa de pasar. En el callejón ya no había nadie.

Aún estaba conmocionada y, como se negó a ir al hospital, los policías decidieron escoltarla hasta su casa. Contuvo el aliento durante todo el viaje, tratando de asimilar lo que había pasado. Una vez llegados, Matilde agradeció su amabilidad a los policías, que le prometieron buscar al delincuente que la había atacado, y se dirigió a la puerta.

Cuando volvió a entrar en casa, cayó de rodillas y empezó a llorar hundiendo la cara entre sus manos. Las lágrimas le caían a borbotones y en pocos segundos empaparon su cara, su cuello dolorido, incluso el suelo.

Así tumbada, cuando el llanto empezó a bajar de intensidad y se dio cuenta de que de verdad estaba sana y salva y, además, en casa, empezó a tranquilizarse.

Se miró en el espejo y vio que unos botones de su vestido se habían perdido, la cadenita faltaba y la falda estaba desgarrada. Se levantó, cogió su pañuelo y se secó las lágrimas.

Volvió a pensar en lo que había pasado. Al recordar la forma en la que se había librado, se sintió casi orgullosa de sí misma y sorprendida al mismo tiempo.

La Matilde que estos años se había acostumbrado a ser ante todo el mundo no habría sido capaz de una acción de ese tipo.

Cuando se calmó un poco más, se fue a la cocina para tomar un poco de leche caliente. Luego se lavó y se cambió de ropa.

Mientras se peinaba, oyó que Ignacio abría la puerta de casa y entraba con otra persona, un hombre. La llamó dos veces, pero Matilde, sin saber muy bien por qué, decidió callarse. No quería dar explicaciones a nadie en ese momento, y aún menos a su marido.

Escuchó las dos voces masculinas que se dirigían hacia el despacho de Ignacio.

Matilde se recogió de prisa el pelo: reconoció al profesor Flavio De Nittis, un abogado italiano que por oscuras razones se había hecho famoso entre los de su categoría en Madrid, ciudad a la que había llegado hacía unos quince años. De él se decía incluso que era amigo del rey Amadeo I de Saboya en persona, pero nunca se llegó a confirmar el rumor.

De Nittis consiguió en poco tiempo codearse con políticos, empresarios y nobles de toda Castilla y más allá. Era el único, se decía, que no tenía despacho propio. Trabajaba yendo y viniendo de un sitio a otro. Un abogado a domicilio. Todo lo que necesitaba lo llevaba consigo en su inseparable maletín de cuero negro.

A Matilde no le gustó nada enterarse de que Ignacio traía a casa a De Nittis, ya que no era una buena señal. El hombre tenía una voz sutil con un fuerte acento italiano. Hacía tiempo había llevado unos asuntos para una asociación de familias de expatriados, gente honesta y con pocos recursos cuyos hijos se habían visto forzados a alistarse para Filipinas o Cuba.

Al parecer (esto tampoco llegó a demostrarse nunca, ni De Nittis llegó nunca a declarar delante de un juez), cuando los padres pidieron conocer el estado de las cuentas de la asociación, al ver que la guerra duraba más de lo esperado y que se necesitaban ulteriores esfuerzos para enviar a sus hijos ropa, comida y lo que fuera, el abogado De Nittis los informó de que su otro cliente, un tal príncipe de Albano, había desaparecido.

La relación entre los dos es fácil de entender, esto no es más que el típico juego de las tres cartas: el susodicho príncipe, noble italiano también, pariente lejano de los Colonna, era el que invertía el dinero de las familias entre los ricos para que «creciera». Apareció en Madrid solo una vez: rodeado de perros de caza, con criados, hablando bajito y fumando una pipa enorme, regalando champán y sonrisas por doquier.

Por lo que se llegó a saber de él, podría haber sido perfectamente un actor pagado por De Nittis. El tema es que ese dinero de repente dejó de «crecer». Los supuestos inversores desaparecieron, es decir, dejaron de llegar esas cartas con talones nominativos. El príncipe también desapareció para siempre y las cajas de la asociación de padres se vaciaron. De Nittis siguió administrando la nada.

Alegó que él, como todos los demás, había sido víctima de ese fraude financiero orquestado por el príncipe. Hablaron incluso con el director del banco, pero ya no se podía hacer nada: la cuenta había sido bloqueada y la deuda pesaría como un lastre sobre la asociación durante años.

De Nittis renunció a su cargo y él también desapareció. Curiosamente, fue el único, en todo ese asunto, que no salió perjudicado.

Al acabarse la guerra, cuando los padres no podían ni siquiera volver a ver a sus hijos difuntos y los pocos supervivientes volvieron enfermos o mutilados, ya lo habían perdido todo. Estaban peor que antes del conflicto. La ley, al no ver culpables, sino como mucho ineptos, los dejó abandonados. Y fin de la historia.

Ahora Matilde tenía a ese personaje en su propia casa, en el estudio de Ignacio.

Salió despacio del baño sin hacer ruido y se acercó a la puerta del despacho, que, por supuesto, estaba cerrada. Sin embargo, si se acercaba, podía oír lo que se decían: no podía creer lo que estaba escuchando.

Ignacio le contó a De Nittis toda la historia, empezando por la inesperada muerte de don Alfonso para acabar con la herencia sin testamento. Le contó también que su tío Fernando había vendido la mitad de la casa a su hermano para que este le enviara dinero a Cuba, donde lo invirtió en negocios poco claros, prometiendo devolver el dinero a plazos para recuperar su mitad de la casa y saldar así la deuda. Le habló de don Benito y de la carta que encontró en su despacho y de sus dudas sobre el pago y el destino del dinero que nunca llegó a la familia.

—¿Y el resto de recibos y cartas? —preguntó De Nittis.

—No hay rastro de esos documentos. Fui a buscar a don Benito, pero ha desaparecido. Me dijo que iba a averiguar quién mintió sobre este asunto y que trataría de arreglarlo, pero yo creo que me está escondiendo algo gordo.

—Como que su tío pagó la deuda y que esta casa es por mitad suya..., pero no hay pruebas de que ese dinero se haya enviado y estamos seguros de que nunca llegó a manos de su padre don Alfonso —concluyó De Nittis orgulloso de su intuición en materia de fraude y herencias opacas.

Ignacio le dijo abiertamente que él quería todo para sí, que no le parecía justo tener que compartir la casa familiar con un tío que había decidido reaparecer de la nada después de quince años de olvido. Que en esa casa vivían él y su mujer y que se merecían estar tranquilos, sin que Fernando les ocupara una habitación y les molestara con su estilo de vida estafalario.

—¡Ni siquiera tiene un trabajo! —exclamó indignado.

—¿Sabe dónde está ahora?

—No, llevamos unos días que no aparece por casa y, gracias a Dios, ni siquiera tenemos noticias suyas —respondió Ignacio.

Matilde, desde el otro lado de la puerta, sentía la indignación y la rabia contenida que crecían en su interior.

—Pues verá, señor don Ignacio, la situación no est del todo a su favor. Pero los vientos tampoco soplan en las velas de su tío Fernando. Vuestros barcos, de momento, están enfrentados, pero ambos son presas de la bonanza, si me permite la metáfora. Tenga paciencia. Ahora ser arriesgado echarle de casa sin más, llamar a un juez y pretender esta propiedad sin tener los papeles que lo justifiquen. Esos documentos tendrán que salir. Don Benito tendr que volver a su casa algún día.

—Y qué puedo hacer mientras tanto? —preguntó Ignacio desesperado, como un crío sin su juguete.

—Nada. Aguante. Deje que haga mi trabajo. Hablar con las personas adecuadas. Todo por la memoria de su padre, que en paz descanse, y por unos honorarios que le comunicará mañana, está claro.

Matilde, al oír que se levantaban, volvió a encerrarse en el baño. Ignacio acompan al abogado De Nittis a la puerta, agradeciéndole su visita y su ayuda.

Matilde tenía que hablar con Fernando cuanto antes. Pero dónde estaba?

CAPÍTULO 22

EN MARCHA

Esa misma tarde Fernando y Horacio dejaron el piso de Vicente Araújo, pero antes de irse, Fernando quiso dejarle una nota:

Muchas gracias por tu hospitalidad. Nos vamos. Por favor, invita de mi parte a todos tus clientes y amigos, voy a dar una gran fiesta el viernes por la noche en la casa de los Sánchez Coromina. Es el único palacete decadente de nuestra calle. Por cierto, te devolveré la peluca y la chaqueta lo antes posible. Hasta pronto. Nos vemos en la fiesta. Fernando.

Acto seguido, se fueron hacia la plaza del Dos de Mayo y ahí se quedaron un buen rato en un bar, sentados al lado de un ventanal para no perderse ni un solo movimiento de la plaza. Pidieron café.

Fernando le explicó a Horacio todo el asunto de la vitocaína, le habló de sus efectos, de los que la vendían y la compraban y a qué precio.

—Por el dinero no te preocupes —dijo Horacio.

—¿Qué quieres decir? Para el carro, amigo: no vamos a robarle nada a esa gente, no son tipos con los que se pueda bromear, están tarados y seguro que son peligrosos.

Horacio sacó entonces un fajo de billetes de su chaqueta.

Fernando, sorprendido, puso sus manos encima para esconder el dinero, asegurándose de que nadie los estuviera mirando.

—¿De dónde has sacado todo esto? —preguntó en voz baja.

—De nada, hermano. Creía que te fiabas de mí. Pero, si no es así, puedo irme ya.

—No, no, de acuerdo, quédate. No preguntaré más...

Los dos se quedaron así sentados un par de horas, tomando café para entrar en calor y pasando al vermú cuando se hizo de noche.

Las farolas de la plaza se encendieron bañándolo todo en un halo blanquecino y triste que parecía aumentar la sensación de frío que helaba las calles. El bar se quedó vacío y silencioso.

De repente, Fernando vio pasar por el otro lado de la calle a los dos hermanos que vendían la vitocaína.

—Venga, vamos, ya están ahí, ha llegado el momento —le dijo a Horacio levantándose deprisa y pagando la cuenta.

Salieron del bar.

Con cuidado, los dos se acercaron a los tipos malolientes, que enseguida reconocieron a Fernando. Sonrieron y le preguntaron quién era el gigantón negro.

—Este caballero es un amigo y, además, es mi socio en este negocio. No os preocupéis.

—Así que te gustó el polvo mágico, ¿eh? Te lo dije, es lo que se lleva hoy en día. ¿Cuánto necesitas?

—Creo que con cuarenta bolsitas será suficiente para empezar —dijo Fernando.

El tipo más flaco tosió nervioso.

—¿Estás loco? Con esto hay que ir con mucho cuidado, poco a poco y sin llamar la atención... Al principio no puedes vender más de dos o tres dosis diarias, si no quieres que te pillen enseguida. Primero tienes que afianzarte tu plaza, no sé si me explico... Hay un montón de gente a la que se le va la lengua, no hay que ser ávidos con esto.

—A menos que la quieras toda para ti... —añadió el otro riéndose. El chiste no le hizo gracia a nadie.

—¿Con esto es suficiente? —dijo Horacio enseñando el dinero estrujado entre sus dedos.

Los tipos empezaron a darse codazos entre ellos, casi se les salían los ojos de las órbitas.

—Maldita sea... Dame aquí que lo cuente.

El tipo alto cogió el dinero y lo contó deprisa. Luego le hizo una señal al hermano, que se fue corriendo por una de las calles que se pierden detrás de la plaza. Fernando parecía cada vez más impaciente.

—Así que vais a lo grande, ¿eh? Lo más importante, y que no debéis olvidar pase lo que pase, es que nosotros no nos conocemos, no os hemos visto en la vida, ¿está claro? —dijo el tipo mientras sobaba el dinero hundido en sus bolsillos.

—Y sobre todo, nada de vender en esta zona, este es territorio prohibido para vosotros —insistió.

—Yo aquí no vuelvo a meter un pie —contestó Fernando.

—Bueno, eres listo y parece que sabes lo que te conviene...

Al cabo de un rato volvió el hermano con una maceta llena de tierra de la que salía tímida una pequeña encina. Uno de los dos vendedores le enseñó el

truco: en la tierra, bien escondidas debajo de las raíces, estaban las bolsitas de tela con la vitocaína.

—Si quieres, comprueba que todo está bien.

Fernando le pasó la maceta a Horacio, que parecía algo perdido. Cogió una pizca y reconoció su olor. Enseguida le entraron ganas de tomarse una copa de vino con ese polvo, pero se aguantó. Tras despedirse de los dos tipos, él y Horacio se fueron rápidos sin mirar atrás, corriendo hacia Lavapiés.

La poca gente que había en la calle miraba extrañada a esa peculiar pareja: un español con cara de listo y ropa inconexa acompañado por un negro enorme y ciego que llevaba entre sus brazos una encina como si fuera su hija.

—¿Adónde vamos ahora? Conozco una pensión barata para pasar la noche si quieres —dijo Horacio.

—Nada de pensiones: tengo una amiga que vive por aquí. Tiene licores y una estufa en su piso.

—¿Me dejará pasar a mí también?

—Ni siquiera sé si me dejará entrar a mí, pero hay que intentarlo. Es una buena chica, y bastante guapa.

Poco después llegaron al portal de la pensión donde vivía Anita. Antes de llamar al timbre, Fernando hizo prometer a Horacio que no haría nada raro y que la respetaría.

—Es una moza con un novio importante. Nada de tonterías.

Anita, al ver a Fernando y a su amigo en la calle, casi se pone a insultarle por la ventana.

—Me prometiste que no volverías a aparecer; al final me vas a meter otra vez en un lío. ¿Qué quieres ahora?

—Necesitamos un sitio para pasar la noche... Será solo una noche, te lo juro. Además, traigo algo para pedirte que me perdones —dijo Fernando con actitud sumisa.

Anita, que todavía se sentía en deuda con Ignacio por haberla ayudado a volver con don Sancho, pensó que sin duda le había pasado algo a ese cabeza loca de Fernando, incluso que lo podían estar buscando.

—De acuerdo, pasa.

Fernando y Horacio subieron al pisito de Anita. Lo encontraron casi vacío: solo quedaba la cama, la alacena y la estufa encendida. Ella llevaba tan solo una bata nueva de seda. Sin duda, un regalo de don Sancho.

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó Fernando.

—Nada: me voy, dentro de poco me marcho a vivir con don Sancho. Nos casamos dentro de dos meses.

—Entonces hemos tenido suerte de encontrarte todavía aquí.

—Por cierto —interrumpió Anita—, ¿qué haces en la calle a estas horas?
¿Y quién es tu amigo?

—Se llama Horacio, es portorriqueño y estamos haciendo negocios juntos.

—Sí, negocios, ya me lo imagino... —dijo Anita escéptica e irónica—.
¿Ahora te ocupas de las plantas?

—No exactamente... Si quieres, te lo enseño.

—¿El qué?

—¿Tienes vino?

—Me queda media botella. Voy por ella, que no se diga que Ana Rodríguez es una mala cristiana. Sentaos.

Se sentaron los tres en la cocina. Fernando sacó de la tierra una de las bolsitas, le enseñó el polvo a Anita y, sin explicarle nada, echó una pizca en cada copa.

Al principio ella no quería beber, pero Fernando tenía buena labia, la enterneció contándole sus últimas desventuras, la hizo reír y le pidió perdón varias veces.

—Casi te arruino. No me daba cuenta de lo importante que era para ti don Sancho. Pero por fortuna ahora veo que todo se ha arreglado. Me alegro por ti —le dijo con mirada dulce—. Ahora estamos en medio de un negocio que nos hará ganar mucho dinero, ya verás, venderemos estas bolsitas y todo irá bien.

Anita era una chica joven y le gustaba divertirse con los hombres. Pensando en don Sancho, recordó que no sentía nada por él. Solo la gratitud de la pobre que ha tenido la suerte de ser la elegida de un hombre pudiente que la saca de las miserias de la fábrica y la lleva a vivir a un gran piso, como una señora de verdad.

Entre una charla y otra, Anita también se dejó llevar y bebió su copa de un trago. Al cabo de unos minutos, Horacio empezó a decir que veía formas luminosas y que sentía que el corazón se le aceleraba. Hablaba rápido y contaba cosas inconexas de Puerto Rico.

Fernando también volvió a sentirse fuerte y alegre. Anita recuperó enseguida su sonrisa, se sintió en buena compañía, atractiva. Ese picor, ese hormigueo en sus venas era algo que no había probado en su vida.

Sintió que su mirada entraba en la de Fernando, que hacía mella en su pecho una vez más. Se le acercó, primero una mano, luego otra... Se besaron.

Horacio sentía que pasaban cosas a su alrededor y dejó de hablar. De repente sintió que la lengua de Anita se abría camino entre sus labios. El fuego de la excitación estalló rápido.

Algo le pasó por la cabeza a Fernando. Puede que fuera un reflejo distorsionado en la botella vacía, ese piso triste, esa chica desgraciada que sin

duda necesitaba otro tipo de compañías para no perderse definitivamente como él... Al ver que la mano de Anita buscaba su entrepierna mientras besaba a Horacio, Fernando tuvo una reacción.

Se levantó moviendo la silla con fuerza e hizo caer su copa al suelo, rompiéndola en mil pedazos.

—Basta ya. Vámonos a dormir.

Fernando cogió a Anita por las muñecas y la llevó a su cama, dándole las buenas noches mientras ella protestaba.

Cerró su puerta con llave y se tumbó en el suelo de la cocina. Horacio no entendía nada, estaba agitado y excitado, realidad y fantasía se mezclaban en su cabeza sin luz y balbuceaba palabras sin sentido.

—Venga, Horacio, te has dormido en la mesa... Túmbate tú también. Dentro de poco te sentirás mejor.

Horacio, sin poder decir nada que tuviera sentido, siguió las instrucciones de la voz de Fernando, segura y calmada, y se tumbó. Empezó a tranquilizarse solo después de varias horas.

Anita, sola y asustada en su cama, intentaba apagar el incendio que la agitaba por dentro como podía. Definitivamente, tenía que olvidarse para siempre de Fernando; ese hombre solo traía problemas a su vida.

Cuando se levantó, encontró solo una nota en la mesa, firmada por Fernando, en la que le agradecía mucho su compañía y su ayuda y le deseaba lo mejor con su futuro marido.

Preocupada por lo vivido anoche y, sobre todo, por Fernando y su extraño negocio, Anita decidió cortar por lo sano y visitar a Matilde. Se puso lo primero que encontró y corrió hacia la casa de los Sánchez Coromina evitando el transporte público. Cuando llegó, le abrió la puerta Matilde, sorprendida por la visita.

Anita le contó sin rodeos lo que había pasado la noche anterior. Los detalles escabrosos sonrojaron a Matilde y, al mismo tiempo, le causaron unos celos inexplicables. Anita concluyó la historia y le dijo que estaba preocupada por Fernando y su amigo.

—¿Qué amigo?

—Un hombre negro, muy alto, ciego, con un fuerte acento latino. No recuerdo de dónde era.

La descripción alarmó a Matilde sobremanera.

—¿Y no te ha dicho adónde iban a ir?

—No, lo siento... Pero me dijo que quería volver a hablar contigo...

Matilde le agradeció mucho su visita y le deseó lo mejor. No sabía qué hacer. Si era verdad que Fernando la estaba buscando, lo mejor era quedarse en

casa y esperarle. Acertó.

CAPÍTULO 23

EL CÍRCULO

Fernando apareció en la puerta de la casa de los Sánchez Coromina hecho un verdadero pincel. Matilde abrió la puerta y casi se puso a llorar de la felicidad al verlo ahí fuera de pie, vivo.

Le abrazó con energía y le besó la cara, dando gracias a la Virgen por haber velado por él. Detrás de Fernando estaba Horacio. Matilde le miró a la cara y le reconoció: era el mismo criminal que la había atacado dos días antes en aquel callejón y había intentado aprovecharse de ella y, sin duda, era también el mismo tipo que Anita le había descrito.

Matilde no entendía qué hacía Fernando con ese tipo. ¿No sabía nada de él? ¿O quizás estuviera él también en peligro al confiar en un criminal? El miedo le aceleró el corazón.

No sabía cómo actuar, pero tenía claro que no podía escapársele ahora. Respiró hondo, tragó saliva e hizo como si nada. Les dejó pasar con una sonrisa forzada.

A Horacio, por su parte, le pareció reconocer esa voz de mujer y su perfume. Él difícilmente se equivocaba con las voces y con los olores, pero hizo caso omiso y entró, dejando la maceta de la encina en manos de Fernando, que, sin dar muchas explicaciones, corrió a esconderla en su habitación.

Matilde, que los miraba sin entender nada, se quedó a solas con Horacio. Se sentía asustada y casi paralizada por estar de nuevo cara a cara con ese hombre que hablaba sin parar sobre Fernando, sobre dónde y cómo se conocieron, aunque, eso sí, a través de sarta de mentiras cada vez más sofisticadas e inverosímiles.

Cuando Fernando volvió a bajar, fueron a la cocina, donde Matilde, que no sabía qué hacer, les preparó algo caliente para que recuperaran fuerzas.

Ignacio bajó poco después y saludó a Fernando con frialdad.

—Ya nos resultaba extraño no verte aparecer por aquí. ¿Quién es este? ¿Otro de tus amigos, tío?

—Encantado, señor, me llamo Horacio, su tío me ha hablado mucho de usted. —Alargó su mano en la dirección equivocada.

Ignacio ni siquiera intentó estrechársela. Se limitó a pedirles que no le molestaran, que estaba en su despacho repasando para su dichoso examen del Estado.

Matilde lanzó una serie de miradas y gestos a Ignacio, tratando de decirle que avisara a la policía, señas que, por supuesto, su marido no entendió y sobre las que ni siquiera preguntó, ya que tenía prisa por irse a estudiar. Matilde suspiró. Menos mal que a su lado tenía a Fernando, seguro que él haría algo.

—Discúlpenos, Horacio —dijo Matilde tras intentar hacerle unas señas a Fernando, que pensaba solo en beber y en contar historias—, volvemos en un segundo.

—No se preocupe. —Horacio se fijó una vez más en los matices de esa voz femenina tan dulce.

Matilde se llevó a Fernando a un rincón apartado y le contó todo lo ocurrido casi sin respirar, corriendo y temblando por la agitación. En sus ojos todavía se podía leer el miedo y las ganas de venganza que tenía.

Fernando no podía creer lo que oía: la comida robada, la bufanda (que, por cierto, ahora llevaba puesta, así como los guantes nuevos), las mentiras que se había tragado, el atrevimiento de Horacio con esa mujer...

Tras escuchar la historia, Fernando estuvo de acuerdo con Matilde: él se aseguraría de que la policía se llevara a Horacio para que fuera castigado. Le dijo a Matilde que ella tenía que encargarse de llamar a los guardias en el acto mientras él entretenía a Horacio en la cocina.

Los dos se fueron cada uno por su lado. Fernando volvió a la cocina, donde el portorriqueño seguía tranquilamente sentado.

—Dime una cosa, Horacio —empezó Fernando—: el otro día, cuando le quitaste a esa mujer ese paquete de comida, ¿de verdad que se trataba de una sirvienta?

—Hombre, como si lo hubiera visto con mis ojos —dijo Horacio extrañado por la pregunta.

—La verdad es que no me contaste mucho sobre aquello y no me diste ni un detalle. Vamos a ver, por ejemplo, ¿llevaba algún colgante? ¿Le quitaste el paquete en medio de la calle o quizás la empujaste a un callejón? Ya sabes, ese tipo de cosas me interesan.

Horacio quiso contestar, pero se le agarraron las palabras en la garganta al darse cuenta de que esa voz femenina era la de la chica a la que había robado. Ahora él estaba en un callejón sin salida.

—Te quedan dos opciones —dijo Fernando al ver que el silencio de su compañero confirmaba lo que había dicho Matilde—: o te quedas aquí tranquilo esperando a que llegue la policía, y te aseguro que no tardarán mucho...

—¿O?

—O yo te dejo escapar, pero tú desapareces para siempre de la ciudad si quieres seguir con vida, claro.

—¿Me dejarías escapar? No lo entiendo.

Fernando tenía en la cabeza una mezcla confusa de código de honor, sentido de la amistad y una capacidad apabullante de sentirse identificado con esos tipos desgraciados que se le parecían en muchos aspectos. Y también una rara y retorcida habilidad calculadora.

—Robaste para comer y no me abandonaste. Eres leal. Podríamos haber sido buenos amigos si no hubiera pasado esto con... ella. Entonces, ¿qué me dices?

Horacio no se lo pensó ni un minuto: le juró, agradecido, que ese mismo día dejaría la ciudad detrás de sí y que no volvería a poner un pie en Madrid en su vida.

—De acuerdo. Antes de irte, una cosa más. Tendrá que parecer que hemos luchado y que me has ganado.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Horacio levantándose de su silla mientras se metía unos trozos de pan en los bolsillos.

Fernando se asomó a la puerta y desde las ventanas de la entrada vio cómo se acercaba Matilde acompañada por dos policías armados.

—Venga, no queda tiempo. Aquí hay una ventana que da al patio interior. Si lo cruzas, al fondo hay una verja abierta que da a la calle. Corre todo recto, no tienes obstáculos y son pocos metros.

—¿En serio que tengo que saltar desde aquí? ¿Quieres que me tire por la ventana?

—Venga, hombre, son dos metros como mucho, no te preocupes. Caerás como los gatos. Venga, dame un par de puñetazos y escápate. Pero ten cuidado con la nariz.

Horacio, al comprender que era su única posibilidad, no se lo pensó dos veces: le pidió disculpas a Fernando y acto seguido le asestó un puñetazo en el estómago y otro en la cara que lo dejaron tendido en el suelo. Luego saltó por la ventana y, siguiendo las instrucciones recibidas, se fue corriendo hasta desaparecer tras la verja.

Matilde gritó al ver a Fernando inconsciente en el suelo de la cocina con un ojo morado. Los policías que la acompañaban lo recogieron y la ayudaron a tumbarlo en un sofá del salón. Arriba estaba Ignacio, que, molesto por tanto ruido, salió de su despacho y se vio rodeado de policías que tomaban declaración a su mujer. Ella lloriqueaba hablando de un robo y de un hombre que había

tratado de forzarla en un callejón. También vio a su tío tumbado en el sofá con un ojo morado y con un médico a su lado que intentaba reanimarle.

—¡Cielo santo!, ¿qué está pasando aquí? —preguntó sin rastro de compasión en su voz.

—¿Quién es usted? —dijo un policía.

—Es mi marido, Ignacio Sánchez —respondió Matilde fijando su mirada en la de Ignacio.

—Todo esto no hubiera pasado si tú no hubieras sido tan... ¡tan insensible y egoísta!

—Pero... ¿se puede saber qué es lo que ha pasado?

—Lo que ha pasado es que el otro día ese hombre, ese que antes estaba en nuestra cocina...

—¿Quién? ¿Fernando? —Ignacio vislumbró la posibilidad de que la policía se lo llevara para siempre.

—¡Por favor, Ignacio! Me refiero al otro, a ese negro... Hace dos días me robó una bolsa de comida que llevaba al hospital para Fernando. Me llevó a un callejón y me agarró del cuello... Me toqueteó... ¡Me da asco solo pensarlo!

Matilde no pudo acabar la frase. Se cubrió los ojos con las manos, dio un par de suspiros profundos y se sobrepuso.

Ignacio no daba crédito a sus oídos, y aún faltaba la última parte, que llegó enseguida.

—Menos mal que tu tío es un hombre de verdad. No ha dudado en enfrentarse a él. Luchó sin miedo para defendernos de ese ladrón, de ese asesino... Y tú ahí, encerrado en tu despacho, indiferente a todo. Ya te lo he dicho y te lo repito: todo esto no hubiera pasado si tú no hubieras sido tan egoísta.

—Así que Fernando ahora es un héroe —fue lo único que Ignacio pudo comentar a regañadientes.

Los policías escuchaban todo eso con interés, se reían por dentro, pero por fuera mantenían el mismo aspecto serio de siempre. El médico llamó a todo el mundo anunciando que Fernando se había despertado.

Todavía tendido en el sofá, le había puesto un vendaje en la cabeza y tenía un aspecto muy poco saludable, pero la sonrisa no tardó en pintársele de nuevo en la cara cuando Matilde se le lanzó al pecho para abrazarle, contenta por verle de nuevo consciente.

—Señor Sánchez —dijo el médico a Ignacio volviendo a coger su maletín —, he dejado aquí una nota para la botica de la plaza Roma. Se trata de una pomada que su tío tendrá que ponerse en la herida dos veces al día y un reconstituyente milagroso que hacen ellos mismos. No está grave, pero la paliza

se ha sumado a un estado general algo negativo. Tiene que comer más y mejor, descansar mucho y no pasar frío. No sé qué tipo de relación tienen, pero lo más adecuado en estos momentos es que traten de estar tranquilos... Han tenido mucha suerte de que ese ladrón se escapara sin más consecuencias que un par de puñetazos. He oído que el otro día...

—Sí, sí, claro, doctor —interrumpió Ignacio—, le acompaño a la puerta.

El médico se fue protestando entre dientes por sus malas maneras.

Los policías hicieron unas cuantas preguntas a Fernando, que contó la verdad sobre casi todo, menos sobre lo importante, mientras Matilde, sentada a su lado, le miraba con cariño y admiración.

Ignacio, cansado de tanto revuelo, firmó los partes de la denuncia y despidió también a los agentes, que, antes de irse, también subrayaron lo afortunados que habían sido.

Ignacio cerró la puerta, se fue a coger un poco de hielo, lo puso en un trapo y se lo dio a Fernando.

—Ponte hielo, es lo único que cura ese tipo de moratones. ¡Pomadas! Con lo que cuestan y para lo poco que sirven.

—Gracias...

—No me des las gracias. Dáselas a Matilde. Si fuera por mí, no te habría dejado entrar de nuevo por esa puerta. Eres la vergüenza de esta familia, Fernando.

Ignacio se volvió, tenía la cara roja, parecía que estuviera a punto de explotar. Dijo que tenía que hacer unas cosas, cogió su abrigo y se fue dando un portazo.

Matilde se quedó sentada al borde del sofá, cogiéndole la mano a Fernando y sujetándole el hielo encima del ojo.

—Gracias —dijo ella.

—No. Yo te doy las gracias por ser tan buena conmigo.

—Cualquiera haría lo mismo.

—Ya ves que no —dijo Fernando refiriéndose a su sobrino.

—Cualquiera de buen corazón... y que no tuviese horribles secretos que esconder —añadió Matilde.

Al oír eso, Fernando se extrañó, pero no quería escuchar nada, no quería estropear ese momento de intimidad. No quería dejar pasar esa ocasión. Se acercó para besarla. Matilde no se echó atrás, al contrario: parecía que llevara tiempo esperando ese momento.

Fernando le desabrochó el vestido. Ella le soltó los pantalones sintiendo cómo se derretía por dentro, cómo el fuego la devoraba sin posibilidad de apagarlo.

Ella se quitó lo último que le quedaba y se le sentó encima, moviéndose rápidamente y sofocando sus gritos. Fernando, desde su posición, veía su pecho exaltado encima de su cara, gozaba de ese calor especial que llevaba meses sin probar.

Puso a Matilde debajo de él, la empotró contra el sofá con toda la energía que tenía dentro, con toda la rabia, con todo el amor que ya no sabía cómo expresar.

Se sentía orgulloso: Matilde era suya. Esa mujer, tan guapa y apasionada como siempre la había imaginado, a partir de ahora le desvelaría cualquier secreto.

Cuando acabaron, volvieron a vestirse deprisa con el silencio cómplice de dos amantes que no hablarán nunca más de lo sucedido.

Había otros temas urgentes que tratar en ese momento.

CAPÍTULO 24

DON AMANCIO

Sumergidos en el silencio tras el desahogo irrefrenable que rompió las reglas de lo cotidiano, Fernando siguió con la mirada todos los movimientos de Matilde. Parecía que tuviera prisa.

—Fernando, tienes que venir conmigo. Es importante.

Salieron de casa. Ella miraba a su alrededor; por primera vez en su vida se sentía como una fugitiva. Y le gustaba.

No había sonrojo en sus pensamientos, no había arrepentimiento ni culpabilidad en esa sensación de placer que poco a poco se iba desvaneciendo en su cuerpo, retirándose como la niebla dulce y sutil que retrocede en las mañanas de verano, dejando espacio al sol y a una crujiente y fresca capa de escarcha en la hierba.

—¿Adónde vamos? —quiso saber Fernando después de un buen rato de camino.

—Quiero que conozcas a una persona.

—¿De quién se trata?

—Alguien que quizás pueda ayudarte.

—¿Necesito ayuda?

Fernando sabía muy bien que sí, que la necesitaba, aunque todavía no sabía exactamente por qué.

Estuvieron otro rato callados. De vez en cuando, Matilde saludaba a unos conocidos con los que se cruzaban en la calle.

—No quiero que te pase nada malo, Fernando. Verás... Llevo casada con Ignacio seis años y nunca había sospechado nada de él, nunca lo había visto como a alguien capaz de pensar de manera retorcida o incluso malvada. Desgraciadamente, su naturaleza no es la que creía que era. Está tramando algo en tu contra y, si no actúas rápido, me temo que no podrás salir fácilmente de los problemas en los que te encontrarás.

Fernando escuchaba con atención: por fin estaba cerca de saber qué es lo que pasaba en esa casa.

Matilde siguió hablando en voz baja, mirando siempre al frente con la misma expresión; la frialdad de su tono de voz revelaba más de lo que pretendía

esconder. Le contó todos los detalles, incluyendo la conversación de Ignacio con el abogado italiano, De Nittis.

Fernando escuchaba acercándose cada vez más a Matilde y aminorando el paso. Su cara asumió un gesto duro y triste. Por primera vez se dio cuenta de que se encontraba en medio de un doble juego que podía obligarlo de nuevo a encararse con un exilio. Esta vez en su propio país. En su propia casa.

—Sospechaba algo —fue lo único que dijo.

Tras otro momento de silencio pesado y grave en el que Matilde intentó recuperar la fuerza de ánimo necesaria para seguir adelante, Fernando pensó en ella, en su transparencia generosa, en el calor que llevaba dentro y que durante seis años de matrimonio se vio obligada a sofocar y acallar sin ninguna razón. «Como la mayoría de las mujeres», añadió para sus adentros, pensando en todas las que había conocido de verdad, incluso mejor que sus maridos.

Fernando quiso saber más.

—Antes de que tu hermano Alfonso muriese, todo seguía más o menos su curso. La muerte de su mujer fue una tragedia, pero don Alfonso siempre supo sobrellevar el dolor con la dignidad y la fuerza de ánimo que le caracterizaban. Ignacio todavía no era Ignacio. Y yo llevaba una vida tranquila, sin preocuparme por nada. Las cosas empezaron a empeorar hace dos años. Padre e hijo hicieron un negocio en el que perdieron mucho dinero y por el que contrajeron unas deudas que todavía no se han acabado de pagar. De hecho, ahora vivimos gracias a una pequeña renta que nos dejó don Alfonso en el banco y de lo poco que gana Ignacio con sus cuatro clientes desgraciados, mientras sigue fingiendo estudiar para ese maldito examen que nunca aprobará, estoy segura de que nunca logrará ese puesto.

—Oye..., y Gregorio, ¿qué pasó con él?

—Ignacio le despidió el mismo día de Nochebuena.

—No me lo creo, ¿en Nochebuena? Pero si Gregorio era casi de la familia...

—Te aseguro que fue así. Le despidió porque, según él, era un gasto insostenible. Yo quise evitarlo, no era justo y lo sentí muchísimo, pero no pude hacer nada.

—Mi hermano se habría quitado el pan de la boca antes de hacer una cosa así —dijo Fernando con rabia, mientras unos antiguos recuerdos de Gregorio empezaban a emerger de las tinieblas de su memoria.

—Fui a verlo hace poco y estaba muy muy mal... Ahora se ha vuelto a Galicia con su familia. Espero que esté bien. —Hizo una pausa pensativa y siguió—. De todas formas, sabiendo cómo era don Alfonso, un hombre justo,

ordenado y que no dejaba nada al azar, me parece imposible que no se hubiera preocupado por dejar las cosas escritas y bien arregladas contigo...

—Sobre todo porque ya estaba todo arreglado.

Matilde le miró interrogante. Fernando se paró en medio de la acera. La cogió por los hombros y la miró fijamente, recuperando poco a poco su sonrisa de vividor travieso.

—Matilde, en los últimos años en Cuba hice de todo: músico en los bares, albañil, camarero, recolector de caña, protector de putas, contrabandista... Estuve en todos los bandos y en ninguno, pero nunca dejé de enviarle el dinero a mi hermano. Pagué hasta el último céntimo de la casa, el último recibo era de poco antes de que empezara la guerra. Luego lo perdí todo: mi casa en la isla, los papeles y todo lo que tenía. A partir de ese momento me resultó imposible enviar noticias mías y fue entonces cuando me perdieron definitivamente el rastro. Por eso tuve que volver, estaba arruinado y creí que aquí encontraría no solo a mi familia, sino todo lo que había dejado.

—Pues ya ves que no ha sido así.

—Sí, ya lo veo... —apostilló Fernando soltando los hombros de Matilde y perdiendo su mirada en el empedrado.

—Por eso quiero que conozcas a don Amancio. Hoy es su día de visita. Creo que te he hablado de él en alguna ocasión. No sé mucho sobre su trabajo ni sobre su persona, pero ha ayudado al círculo en varias ocasiones: cree en lo que hacemos. Además, de vez en cuando me deja caer unas insinuaciones... Que le gusto, vamos. Pero se queda ahí. Es un hombre gentil y nunca se ha atrevido a ir más allá de los límites que impone la decencia.

Matilde se calló un momento y los dos volvieron a caminar.

La decencia... Volvió a pensar en lo que había pasado poco antes en casa con Fernando. Y seguía sintiendo cómo su juicio moral, que le gritaba «indecente», no tenía comparación con la fuerza de su otro juicio, el de su cuerpo. Habría vuelto a hacer lo mismo una y otra vez.

Fernando adivinó esos pensamientos, pero no dijo nada. Quería saber más sobre ese don Amancio.

—¿Crees que él podría hablar con don Benito? A lo mejor le convence para que diga la verdad sobre dónde está mi dinero. A no ser que ya lo haya gastado todo, claro.

—No lo sé, pero tenemos que intentarlo. Tenemos que solucionarlo rápido, antes de que Ignacio haga algo.

Al cabo de un rato llegaron a la parroquia: una iglesia pequeña y moderna en la que se refugiaron del frío.

Fernando miró con qué gracia Matilde se santiguaba y se arrodillaba frente al altar, un gesto que él no repetía desde que era un crío. Su escaso apego a la religión era otro de esos aspectos que siempre le criticaron en casa y que, sin embargo, le permitió mezclarse con más agilidad entre la diversa humanidad de ultramar.

Cuando entraron en la sala, todas las mujeres que estaban allí se dieron la vuelta: primero, sorprendidas por la aparición de ese hombre marcado por el tiempo y con un aparatoso vendaje en la cabeza y, sobre todo, por ver a alguien así al lado de Matilde.

Se saludaron ceremoniosamente e igual de aparatosas fueron las presentaciones de Fernando a cada una de las once señoras tan emperifolladas y vestidas de negro que llenaban la atmósfera con sus perfumes rancios.

Cuando Matilde les dijo que Fernando era un pariente y que había vuelto de Cuba, las damas empezaron a cacarear lo de «que Dios le bendiga» y lloriquearon piadosas, sobre todo porque Matilde, que de tonta no tenía un pelo, les dijo que había regresado gracias a la ayuda de su asociación. Achacó además su vendaje a un accidente durante el viaje de regreso en el navío para darle un toque más de exotismo y alimentar la piedad de sus compañeras.

Fernando, al escuchar lo que Matilde estaba contando, sonrió por dentro. Esa mujer le gustaba cada vez más. Era capaz de sacar sus artes ocultas de forma muy oportuna. Si la hubiera conocido antes, si no estuviera casada con ese mequetrefe de su sobrino Ignacio...

Fernando quiso aprovechar ese momento de gloria para pavonearse, y estaba a punto de contar una de sus historias de más allá del océano cuando entró sin avisar un hombre alto, muy delgado, calvo, con un bigote sutil y largo y unos ojos pequeños pero encendidos como llamas azules.

Todo el mundo se calló al momento. Fernando se dio la vuelta. Era el mismísimo retrato de un donjuán decadente: ropa cara a la última moda, confeccionada en París, por supuesto, sombrero de copa y bastón negro con una cabeza de mono en la empuñadura.

Se quedó de pie, se quitó el sombrero y todas las señoras se le acercaron cual mantón negro de Manila y le rodearon para rendirle homenaje con mil zalamerías. Se trataba de don Amancio en persona.

Matilde se quedó al lado de Fernando, esperando a que acabara todo ese ruidoso revoloteo de moscas agitadas. Don Amancio levantó de repente su mirada y ensanchó su sonrisa galante cuando posó sus ojos puntiagudos sobre Matilde. Se abrió paso entre la multitud, casi sin tocar el suelo con sus zapatos negros brillantes, hasta que llegó a Matilde, le cogió una mano y se la besó con

un gesto de reverencia, elegante y al límite de la exageración. Las demás la miraban tratando sin éxito de esconder su envidia.

Fernando, un poco apartado, observaba divertido esa escena tan impropia de una asociación de damas bondadosas que se reunían en el seno de la iglesia.

—Mi estimada señora Matilde, como siempre, está usted resplandeciente.

—Muchas gracias, don Amancio.

—¿Qué tal su marido?

La pregunta sonó como un latigazo cargado de malicia, sobre todo porque la formuló mientras miraba de reojo a Fernando.

—Muy bien, gracias. Don Amancio, si me permite, me gustaría presentarle al señor Fernando Sánchez.

Los dos se dieron la mano. Amancio tenía los dedos sutiles, frágiles y fríos como la nieve.

—Encantado —dijo Fernando algo incómodo al verse estudiado por esa mirada inquietante.

—Fernando es el hermano de don Alfonso, que en paz descanse.

—Entonces, si no me equivoco, usted es el tío de don Ignacio...

—Sí, eso es. Fernando acaba de volver de Cuba —respondió Matilde mientras conducía a los dos hombres hacia un rincón apartado de los oídos inoportunos de las señoras.

—Me alegro muchísimo. Usted ha tenido la rara suerte de volver entero, señor Sánchez.

—Por favor, llámeme Fernando.

—Como prefiera. Disculpe mi indiscreción, pero ¿qué le ha pasado en el ojo?

—Nada, un desafortunado encuentro con un ladrón —dijo en voz baja.

—Espero que no le duela mucho. Seguro que ha ganado usted.

—Bueno... El tipo se ha escapado sin tener el tiempo de llevarse nada.

—Entonces ha ganado usted.

Matilde volvió a dirigir la conversación mostrando cierta premura.

—Verá, don Amancio, no querría que pensara que me aprovecho de usted, ni es mi intención causarle molestia alguna...

—Diga, Matilde, hábleme sin tapujos de lo que le inquieta.

Matilde le resumió la historia de Fernando y de la casa, centrándose más en el papel de don Benito y omitiendo muchos detalles del de Ignacio. Pensó que de esa manera, si la cosa no se solucionaba por las buenas, podía guardarse otro cartucho para dispararlo en un momento más adecuado. Además, le daba vergüenza contar ciertas cosas a un hombre tan serio como don Amancio.

Este escuchó todo con suma atención, acercando su oído a la boca de Matilde y repasando con su mirada de hielo a Fernando de arriba abajo. Este empezó a sentirse muy incómodo y quería ir directo al grano.

—Discúlpeme, señor Amancio, pero como podrá imaginar la situación es bastante urgente...

—Estimado amigo, las prisas nunca son buenas en cuestiones de corazón y de dinero. Pero le comprendo: estas situaciones nunca traen nada bueno, son los frutos caprichosos de la distancia que agrandan las ganas de aprovecharse de los demás.

—¿Cree que puede hacer algo por mí? Sabría agradecersele, por supuesto.

—Oh, no lo dudo —dijo don Amancio volviendo a ponerse el sombrero y apagando de nuevo su mirada—. No se preocupe. Sabré cómo llegar a ese don Benito. Preguntaré aquí y allá, le encontraré y hablaré con él. Estoy seguro de que hubo un error y que todo se arreglará a vuestro favor. Confíen en mí: antes o después, todo sale a relucir.

CAPÍTULO 25

LA INVITACIÓN

Fernando salió de esa extraña reunión con las ideas aún más confusas que antes. Tampoco Matilde estaba muy segura de que fuera a funcionar, ni sabía si podía fiarse de don Amancio. No le quedaba otro remedio.

Fernando le dijo que, pese a todo, a él no le gustaba quedarse de brazos cruzados mientras otros se ocupaban de sus asuntos. Hasta ese momento no se había preocupado demasiado por su sobrino, al que había subestimado, y, por supuesto, no creía que la situación fuera tan seria. Además tenía entre manos otros asuntos importantes a los que atender como, por ejemplo, «hacer negocios» y lograr que todo Madrid supiera que había vuelto.

—¿Por qué ese don Amancio nos hace un favor así a cambio de nada? —preguntó mientras pensaba cómo actuar por su cuenta para evitar pérdidas de tiempo o líos mayores.

—No lo sé... Quizás por simpatía hacia mí.

—Pero ¿quién es?, ¿a qué se dedica?

—He oído que es un hombre muy rico, que mueve mucho dinero en asuntos de inversiones y otros negocios... Y también dicen que es un prestamista.

Al oír eso, Fernando se intranquilizó. Nunca le habían gustado los que no trabajan y que se dedican solo a «mover» y prestar dinero.

Matilde le contó que, en más de una ocasión, don Amancio había sacado a la asociación de apuros legales o de momentos negros cuando la caja marcaba números rojos, y nunca había querido ni aceptado nada a cambio.

—Ya, pero sigue sin gustarme —concluyó Fernando.

De repente, al mirar una encina que crecía en el borde de una acera de la calle, se acordó de la fiesta del viernes.

—Matilde, ¿qué día es hoy?

—Jueves..., ¿por qué?

—Mañana quiero dar una fiesta en casa. Vendrán muchas personas importantes de Madrid.

Matilde no entendía cómo podía pensar en montar fiestas en un momento así, le parecía algo absurdo, una verdadera estupidez. Además, el viernes era el

cumpleaños de Ignacio y lo último que quería era que se agitara con más sorpresas.

Fernando, excitado como un niño que no escucha y que solo piensa en lo que está a punto de realizar, le dijo que tenía que celebrarse esa fiesta, que era la ocasión perfecta para sacar mucho dinero.

—Con Ignacio tenemos la excusa perfecta para que acepte una bonita sorpresa de parte de su querido tío: una fiesta para celebrar su cumpleaños y, de paso, pedirle disculpas. Vendrá mucha gente de todo Madrid, importantes hombres de negocios con dinero, gente muy interesante... Y será el momento ideal para atrapar a ese don Benito.

Aunque Matilde seguía sin entender nada, a Fernando le rondaban varias ideas por la cabeza. Por un lado, tenía la intención de hacer un buen negocio con las bolsitas escondidas en la planta que guardaba en su habitación. Por el otro, y razonando a golpes de fantasía, Fernando había entendido que don Benito se había escapado tras haber robado su dinero y haber sido advertido, seguro que por Ignacio, de su regreso de Cuba. Así que había urdido un plan. Le haría creer que Ignacio había ganado su batalla legal, por lo que ambos estaban en paz. Además, don Benito quedaba por fin descargado de toda culpa y, para celebrarlo, le invitaba a la fiesta, a su fiesta de cumpleaños, la cual sería la trampa perfecta para acorralarlo hasta que confesara.

A Matilde no le pareció mala idea. Descabellada, eso sí. Lo que más temía era la posible reacción de Ignacio a una fiesta.

—Nunca le han gustado, y todavía menos las que se dan por sorpresa. Por lo menos espero que esta vez hayas invitado a gente decente.

—No te preocupes: está todo bajo control —la tranquilizó Fernando acelerando el paso.

Matilde se temía lo peor.

Llegaron a casa y Fernando preparó enseguida una nota con el horario y la fecha de la invitación. Ignacio todavía no había vuelto, así que aprovechó para colarse en su despacho y usar su papel con membrete para darle más credibilidad al asunto. Comparó su escritura con la de su sobrino: no se parecían mucho, pero tampoco le dio mucha importancia al detalle; podía pasar por un mensaje escrito rápido por Ignacio mientras estaba de pie.

Luego aprovechó para rebuscar entre sus papeles, entre las carpetas, escudriñando en los cajones y armarios, pero siempre teniendo cuidado de volver a colocarlo todo tal y como estaba. No encontró nada decisivo ni que aportase algo nuevo a su situación. No sabía que Ignacio llevaba siempre consigo, día y noche, el recibo que sustrajo del escritorio de don Benito, como si fuese un escapulario.

De repente, Fernando se dio cuenta de que, si se encontraba con don Benito, no podría reconocerlo, ya que nunca se habían visto, por lo que siguió mirando para tratar de encontrar alguna pista más sobre él y su aspecto. Lo único que encontró, eso sí, fue una carta con el membrete del estudio de don Benito en el que venía la dirección, así que decidió pasarse por allí a echar un vistazo. Para evitar cualquier inconveniente en su visita, sacó la peluca que cogió en casa de Vicente Araújo, se puso una camisa vieja y la bufanda nueva y bajó.

Matilde dio un respingo al verlo.

—Me voy al despacho de don Benito. Si él está en casa, mejor, así me quitaré este estúpido disfraz enseguida para hablar con él cara a cara y, si es necesario, le machacaré hueso por hueso para que me lo cuente todo, lo juro. Pero, si no está en casa, la persona que abra la puerta le dará una descripción de alguien muy raro que le ha llevado una invitación, y en paz. Solo tendremos que esperar a que muerda el anzuelo.

Tras besar a Matilde, Fernando comprobó que no había nadie en la calle, salió deprisa y cogió el primer tranvía hacia Lavapiés.

Una vez llegado a la dirección, miró a su alrededor para estudiar la situación. Nada del otro mundo: una corrala habitada por gente más bien desgraciada. Nadie se iba a preocupar si se organizaba un poco de jaleo.

Aunque en realidad no pasó nada especial. Le abrió la puerta una mujer muy poco agraciada, fuerte y con un vozarrón. Le dijo que no sabía cuánto tardaría en volver su hermano Benito y le dio las gracias por la invitación, cerrándole la puerta en las narices sin darle opción a decir nada.

Fernando se fue con unas ganas tremendas de entrar en ese despacho y ponerlo todo patas arriba hasta descubrir la verdad. Probablemente su dinero estaba ahí, en una mugrienta caja fuerte.

A la hermana de don Benito le pareció muy rara esa visita: hacía pocos días que Ignacio en persona había ido a buscar a su hermano y ahora mandaba a un tipo melencólico para invitarle a una fiesta. Pero, por otro lado, ella no tenía ni idea de los asuntos de su hermano y, por supuesto, jamás se le hubiera ocurrido entrometerse.

Además, tampoco le gustaba devanarse los sesos con preguntas e hipótesis. A ella lo que le gustaba eran las cosas sencillas y que de lo mundano y de lo divino se ocuparan los demás. Por ese motivo tampoco se había preguntado por qué su hermano había desaparecido de Madrid con tanta prisa, ni por qué no le contaba nunca nada de lo que hacía y, sobre todo, por qué no quería volver del pueblo en donde se había escondido. Así que, fiel a sus costumbres, hizo lo mismo con esa invitación: dejó enseguida de pensar en si era cosa buena o no, apropiada o inoportuna, y se limitó a enviársela a su hermano con un mensajero.

* * *

Don Benito estaba bien escondido en una cabaña de pastores en medio de la sierra, una de esas que usaban para la trashumancia. Allí tenía todo lo necesario: comida y leña para el fuego. Comodidades, pocas, pero era lo que tocaba. O eso o la cárcel y la vergüenza y, quizás, incluso algo peor.

Llevaba unas semanas viviendo en un constante estado de alarma, aunque el aislamiento casi total y las escasas visitas de un par de señoras del pueblo de al lado le ayudaban a olvidarse a ratos de sus pesadillas.

Pero la mañana de ese viernes todas esas pesadillas reaparecieron de improviso, como catapultadas encima de él desde lejos y de una manera inesperada: a través de una invitación a una fiesta de cumpleaños. El mensajero llegó a lomos de su mula, despotricando por la distancia que le había tocado recorrer.

—¡Que me parta un rayo, hombre de Dios! ¿Cómo se le ha ocurrido meterse en este agujero en medio de la nada? Si es un ermitaño, dígame por qué, si es así, yo no le molesto más...

Don Benito, sin decir nada, cogió el sobre con la tarjeta, le dio una propina al mensajero y se dio la vuelta.

—Gracias, pero la propina no me quita el frío... ¿No tendrá algo caliente por ahí?

—Sí, claro, por supuesto... —dijo don Benito con las manos temblorosas.

Entró para coger una taza y llenarla con el caldo que hervía en la olla, salió y se la dio al mensajero, que bebió a pequeños sorbos y sin quitarse los guantes. Miraba a don Benito como esperando a que hiciera o dijera algo.

—¿No quiere saber qué es lo que pone? —preguntó refiriéndose al sobre que tenía entre manos.

—Prefiero esperar.

—Como quiera... Hoy va a nevar seguro, prepárese —añadió el hombre mirando hacia el cielo gris.

Terminó su sopa en silencio, devolvió la taza a don Benito y montó en su mula, para regresar por el mismo camino de barro por el que había venido.

Cuando la silueta del hombre desapareció en el horizonte, don Benito abrió el sobre. Leyó ávidamente el mensaje: en cuatro palabras, Ignacio le decía que estaba todo solucionado y que lo celebraba con una fiesta en su casa esa misma noche. En otro papel adjunto, reconoció la caligrafía de su hermana: le informaba de que esa nota se la había llevado a casa, de parte de don Ignacio, un tipo raro con el pelo largo. No decía nada más; ni le saludaba ni le preguntaba cómo estaba.

Don Benito empezó a pensar y pensar en todas las posibilidades. Era un maestro de las cavilaciones. Entró y salió por la puerta de la casucha mil veces. Ya no veía el paisaje desnudo, la tierra dura y fría, las piedras y el cielo gris. Solo veía peligros, enemigos, trampas: ¿por qué don Ignacio, tan austero, le invitaba a una fiesta? ¿Por qué enviaba a un tipo tan raro para entregar un billete? Además, esa no parecía su letra... ¿De verdad Fernando había perdido ante un tribunal? Demasiadas dudas, demasiados riesgos y preguntas sin respuesta, demasiado inseguro todo.

A don Benito ese asunto no le gustaba nada y pensó que había llegado el momento de moverse y acudir a la única persona que podía hacer algo por él. La primera a la que tenía que informar de todo eso antes de que las cosas empeoraran, antes de tomar cualquier decisión.

Lo que sí tenía claro era que no iba a acudir a esa fiesta por nada en el mundo. Así que entró de nuevo en casa, apagó el fuego, recogió sus papeles y sus cuatro cosas, metió todo en su maletín y se fue hacia Madrid sin avisar a nadie.

* * *

Mientras tanto, en Madrid seguían lloviendo invitaciones. Fernando aprovechó la tarde del jueves y la mañana del viernes para ir por ahí, disfrazado, avisando a todo el mundo: los de la tertulia (que le contestaron agradecidos y enigmáticos con citas nietzscheanas), un par de antiguos compañeros del colegio de los que consiguió acordarse (aunque ellos no parecían muy interesados en volver a ver a Fernando, quizás por unos antiguos y poco claros asuntos de faldas), los compañeros del círculo de abogados que frecuentaba Ignacio, las señoras de la parroquia de Matilde y varios respetables hombres y mujeres más, que reaccionaron con un sí rápido y empachado, preguntándose qué clase de amigos y parientes tenían los Sánchez en casa.

Medio Madrid estaba ya al corriente de la fiesta de cumpleaños de Ignacio.

CAPÍTULO 26

DESCONFIAR

Esa tarde del viernes Matilde fue a comprar bebida y comida para todo el mundo. García, el tendero, no se lo podía creer: una fiesta de cumpleaños en casa de los Sánchez Coromina. Se alegró mucho por ellos y le dio la enhorabuena. Le dijo que, aunque para algunos fuese quizás algo pronto, estaba contento porque se hubieran decidido a desprenderse del negro luto, darse un respiro y un poco de alegría y volver a abrir las cortinas de sus ventanas.

Matilde sabía que la fiesta no tenía nada que ver con eso, pero ¿qué importaba? Algo de verdad había en las palabras del vendedor.

Compró de todo y se dio cuenta de que se sentía bien por primera vez en mucho tiempo: estaban a punto de recibir a gente en su casa, vería muchas caras nuevas y tendría conversaciones frescas y originales (de los amigos de Fernando podía esperarse de todo).

Era muy posible que a Ignacio no le gustara nada esa encerrona, como seguro que la calificaría; a lo mejor ni siquiera se acordaba de que era su cumpleaños, nunca le había dado importancia a esas cosas. De hecho, por la mañana, Matilde le felicitó al despertarse y él se limitó a darle un beso en la mejilla, cogió su maletín y se fue a pasar el día en la biblioteca del tribunal, recomendándole que no viera a Fernando y no hablara con él.

Por fin llegó la hora: a las siete en punto de la tarde Fernando volvió a casa completamente exaltado. Se quitó la peluca y le contó a Matilde la cantidad de calles que había recorrido y la de gente que había encontrado e invitado.

Ella estaba arreglando la mesa grande del salón como si fuera una gran recepción: un mantel de lino, las copas de cristal, las antiguas copas con las que doña María Teresa, la mujer de don Alfredo, solía celebrar cualquier tipo de eventos, los platos de porcelana con dibujos florales y los tenedores de plata a los que había sacado brillo.

Fernando, al ver esa valiosa cubertería tan expuesta ante tanta gente, decidió que era más prudente sustituirla por otra más corriente y, con la ayuda de Matilde, así lo hizo. Acto seguido, en el centro de la mesa, sobre una fuente ricamente decorada, Fernando apoyó ceremoniosamente su maceta bien limpia con la encina.

Cuando el reloj de pared dio las ocho, Ignacio cruzó la puerta escandalizado al ver que todas las luces estaban encendidas y, como si no fuera bastante, se estaban gastando en ese momento dos docenas de velas (las contó de una sola ojeada).

—Matilde, ¿qué está pasando aquí? —preguntó mientras se quitaba el sombrero y el abrigo. Su voz era transparente: dejaba ver algo de su rabia contenida y, sobre todo, el gran cansancio del que ya no sabe cómo aguantar una espera interminable.

Del salón salieron Matilde y Fernando con una velita encendida en la mano. Matilde le abrazó y le besó sin calor, felicitándole por su trigésimoquinto cumpleaños.

Fernando, con una sonrisa más falsa que la de un asesino a sueldo, le dio la enhorabuena y le dijo que apagara la vela. Ignacio no tenía ninguna gana de bromear, pero la insistencia de Matilde acabó por convencerle: apagó la vela al tercer soplo.

—Por cierto, que sepas que esta noche habrá una gran fiesta aquí en nuestro salón —dijo perentorio Fernando.

Ignacio se quedó perplejo, quizás más por el «nuestro» que por el tema de la «fiesta».

—¿Una fiesta?

—Eso es. La fiesta más importante del año, a la que acudirán muchos invitados.

—¿Qué invitados? ¿Y para celebrar qué?

—Es tu cumpleaños, ¿no? He recorrido toda la ciudad... Lo saben tus amigos abogados, mis amigos de la tertulia, grandes intelectuales, gente fina, ya verás, y también unos cuantos empresarios y sus clientes, gente de mundo; te vendrán bien para encontrar posibles clientes. Estoy seguro de que te va a encantar.

Ignacio no dijo nada, ni siquiera hizo un mísero comentario. Miró a los ojos a Matilde como un pastor mira a un perro al que se le acaban de escapar unas ovejas.

—¿Y tú has colaborado en este montaje?

Matilde no dijo nada: su gesto fue suficiente respuesta.

—Cada día me sorprendes más, Matilde, y no para bien, que lo sepas.

Se dio la vuelta para ir a la cocina y empezó a apagar las velas. Matilde le cogió por un brazo:

—Escúchame bien: cuando alguien te organiza una fiesta, lo mínimo que puedes hacer es sonreír y dar las gracias.

—Gracias —dijo Ignacio sonriendo por un breve instante.

—Mira, sobrino, a mí ya no me sorprende nada de tu actitud. No sé qué te ha pasado ni por qué eres así. De todas formas, contigo o sin ti, aquí dentro de poco empezará a venir gente, mucha gente, y si te lo quieres perder, peor para ti.

—¡Así que esas tenemos! Así le hablas al único familiar que tienes, el único que te ha dado un techo y al que a cambio solo le has dado tu desagradecida actitud de fenómeno de feria, tu... tu... tu ridículo aire de crápula que no respeta nada ni a nadie...

Los dos perdieron enseguida los estribos y empezaron a levantar la voz. Las acusaciones crecieron como la espuma del mar y las palabras levitaron agitadas por el germen de la envidia y las ganas de vengarse del otro.

Matilde, que ya estaba más que harta y no quería presenciar otra desagradable pelea, se fue al salón y se sirvió una copa de vino. Al principio casi nada, un dedo o dos. Luego, conforme pasaba el tiempo y en la casa no había nada más que gritos, pasó a llenarse la copa una, dos, tres veces.

No tenía ganas de nada más. Se quedó sentada delante de la ventana, mirando a la poca gente que pasaba por la calle, mirando las demás ventanas iluminadas, a los perros callejeros que intentaban beber agua lamiendo unos charcos helados.

Al cabo de dos horas todavía no había llegado ninguno de los invitados.

Matilde, que se había acabado casi una botella de vino, apagó todas las velas cruzando la casa con paso inseguro.

Ignacio y Fernando habían dejado de gritar y se habían separado. Su marido subía y bajaba de su estudio cada cinco o diez minutos: se le ocurría cualquier cosa, miraba a Fernando para provocarle con una palabra cualquiera y se enzarzaban en otra larga y extenuante discusión que quemaban en unos instantes. Luego se iba al salón a echar un largo trago de vino directamente de la botella. De las comisuras de los labios le resbalaban rastros de líquido rojo con el que se manchó la camisa. Luego volvía a su estudio y cerraba dando un portazo.

Fernando estaba cada vez más agitado: eran ya las diez de la noche y nadie se había presentado todavía. Iba y venía del salón sujetando con fuerza una botella de ron y bebiendo cada seis pasos. Matilde le miraba apenada.

Cuando Ignacio volvió a bajar por enésima vez, casi se cayó por las escaleras. Fernando le cogió por la corbata que todavía no se había quitado y le gritó de nuevo a la cara.

—Pero tú ¿qué te has creído?, ¿que soy imbécil? Sé perfectamente lo que estás tramando a mis espaldas.

Ignacio se quedó petrificado: todavía no habían sacado ese tema tan abiertamente. Tenía miedo, veía todo doble, la cabeza le daba vueltas. Estaba igual de borracho que los otros dos.

A Matilde, al oír eso, le entró un ataque de risa que hizo vibrar el aire desde el salón y que se mezcló con los insultos de los otros dos.

—Lo de don Benito y mi dinero: tu asqueroso plan era quitármelo todo... Seguro que estáis compinchados... ¿De verdad creías que no me iba a enterar?

—Vale, y ahora que te has enterado, ¿qué vas a hacer?

—¿Que qué voy a hacer?

—Sí, venga, dime cómo vas a pararme los pies si yo solo me estoy moviendo por las vías legales... Lo que es mío es mío, hasta que no salgan esos papeles, y no van a salir porque eres un mísero mentecato y engañaste a mi padre... ¡A tu hermano! ¿Por qué no lo admites?

—No... Don Benito va a venir, ya verás... Le invité a la fiesta, verás...

—¿Qué fiesta? No ves que no hay nadie, no ha venido nadie, no tienes amigos... Solo conoces a borrachos... ¡Matilde! —gritó Ignacio hacia el salón—. Tú y yo tenemos que hablar, tu comportamiento es bochornoso... —Luego estornudó y volvió a mirar a Fernando a los ojos. Los dos los tenían rojos—. ¿Ves? Mira lo que has traído a esta casa. Vivíamos en paz. Has traído el veneno de tu presencia. Aquí no te queremos y no eres bienvenido. ¿Por qué no renuncias y te vas? Lo digo por tu bien y por el de todos. Podrías mantener todavía algo de dignidad antes de que te aplaste. ¿No ves que ni siquiera puedes montar una simple fiesta?

—Si no me voy es por respeto a la memoria de mi hermano. Has traicionado a tu padre, ¡víbora!

—Tu hermano, querido tío, ya no te aguantaba más. Estaba harto de preocuparse por ti. Lo dijo abiertamente un día, con esas mismas palabras.

—No te salen bien las mentiras, eres demasiado falso y torpe. Tú no sabes nada de Alfonso, no tienes ni la mitad de su corazón.

—No, eres tú el que no sabe nada. Aquí, en el fondo, todos nos alegramos al saber que te habías muerto en Cuba.

Al oír eso, Fernando, borracho y enfurecido, no pudo contenerse: le dio un puñetazo a Ignacio en toda la cara que le hizo sangrar por la nariz.

Matilde, al oír el golpe de un cuerpo que caía al suelo, se levantó sobresaltada del sofá. En ese momento estaba con la planta de encina en su regazo, escarbaba en la tierra hablándole a las hojas y a las raíces. Al levantarse, agarró la planta por las ramas y la maceta se cayó al suelo rompiéndose en mil pedazos.

Matilde se asomó a la puerta sujetando la planta en la mano. Al ver a su marido en el suelo con la nariz sangrante, se echó a reír maquinalmente.

Fernando se dio la vuelta y vio a Matilde con la planta arrancada y una bolsita de vitocaína medio rota colgando aún de sus raíces. Temiéndose lo peor,

corrió hacia el salón apartando bruscamente a Matilde y vio que, al mismo tiempo que su maceta, se había caído también una botella de ron. Vio cómo el líquido ambarino se esparcía por el suelo, justo encima de su polvo mágico, que estaba irreparablemente mezclado con la tierra y los trozos de terracota, con hojas y restos de raíces de la pequeña encina. Toda la vitocaína perdida. Nunca podría recuperar ese dinero.

Fernando estaba perdido. Callado, se sentó en el sofá con la mirada apagada, la botella de ron vacía en una mano y los restos de las bolsitas de vitocaína en la otra.

La casa se inundó de silencio.

Ignacio volvió a levantarse y, sin decir una palabra, se fue a buscar algo para parar la sangre.

Matilde había dejado de reírse. De pronto sintió que su estómago se le rebelaba. Dejó caer la planta y, sin poder evitarlo, vomitó violentamente sobre la alfombra.

En ese momento el reloj dio las once.

CAPÍTULO 27

LOS PLANES REALES

Esa misma tarde don Benito llegó a Madrid más muerto que vivo. Por el miedo, se entiende, aunque no pasó frío; tuvo que cambiar varias veces de medio de transporte y pasar unas cuantas horas al aire libre, pero iba sobrado como siempre de bufandas, guantes, abrigos y zapatos de suela gruesa.

Cuando entró en la ciudad, caminaba rápido y miraba al suelo. Se había calado el sombrero hasta la nariz: lo que más temía ahora era que alguien le reconociera y le persiguiera.

Cogió un coche y se fue hacia una calle cerca del paseo de Recoletos. Ahí vivía don Amancio, que esperaba esa visita como algo totalmente lógico y natural.

Dejó pasar a don Benito a su despacho. Los dos se conocían muy bien y el contable ya había tenido la suerte de apreciar las riquezas que decoraban esas habitaciones: cuadros naturalistas, relojes de madera tallada, bustos de mármol, pistolas, su colección de bastones con todo tipo de empuñadura (aunque don Amancio solo llevaba el de la cabeza de mono) y un sinfín de libros y archivadores que formaban una biblioteca que era de lo mejor de Madrid.

Si alguien hubiese podido estudiar esos papeles (y eran muchos los que soñaban con hacerlo), se habría quedado anonadado al ver la cantidad de gente que le debía dinero a don Amancio. Personas de todo tipo. Uno de ellos era, por supuesto, don Benito, aunque gracias a unas prorratas que empezaron a lloverle del cielo pudo pasar al lado de los «perdonados». Así les llamaba el prestamista: hacía su trabajo con un gran sentido de la moral. Quien pide un préstamo tiene que considerarse a sí mismo culpable, y devolver hasta el último céntimo del dinero era la única forma de volver a estar en paz con la sociedad y consigo mismo.

—Don Amancio, gracias por recibirme y disculpe si he venido a estas horas y sin avisar.

—No se preocupe, don Benito. Por su aspecto entiendo que ha hecho muchos esfuerzos para llegar hasta aquí y que no lo está pasando muy bien. Cuénteme qué le ha pasado... Imagino que tendrá algo que ver con nuestra querida familia Sánchez Coromina.

Don Benito se quedó sorprendido al oír eso. Siempre había tenido la impresión de que don Amancio tenía algún poder especial de adivinación. Nada de eso: sencillamente, conocía a muchas personas que estaban en muchos sitios distintos y las noticias de interés le llegaban a los oídos por sí solas.

Don Benito, sin dudar, le enseñó enseguida la invitación a la fiesta de Ignacio, señalando con el dedo la parte en la que decía que celebraban la derrota de Fernando. El contable le expresó sus dudas sobre la veracidad de esta noticia y sobre el hecho de que Fernando hubiera dejado la ciudad.

Don Amancio leyó con atención y se quedó un rato cavilando. Luego, con una sonrisa apenas perceptible, guardó el papel en una de las carpetas de encima de su escritorio.

—Esto es muy interesante, ¿sabe? Se da la casualidad de que tuve la suerte de conocer al señor Fernando Sánchez hace pocos días. Estaba en compañía de Matilde —al pronunciar su nombre, se relamió el fino bigote—, y no parecía tener el aspecto de alguien que acaba de perder una herencia y que está a punto de irse de la ciudad. Es más, me pidieron que les ayudara con el tema que usted bien conoce...

—Los recibos... —terminó Benito.

Este conocía de sobra el tema, y Amancio se lo recordó con detalle. En su idea de la moral y de su profesión, una persona que le pide un préstamo no tiene que olvidarse nunca de lo que ha hecho, no puede borrarlo de su memoria. Sabía que era algo que a don Benito le picaba justo ahí donde más le molestaba: en su sentido de la dignidad. También sabía que a veces, aplicando la justa presión sobre un punto sensible, se consigue de una persona una mayor sumisión.

Ese dinero que Fernando enviaba puntualmente de Cuba a Madrid viajaba en uno de los barcos mercantes que llevaban y traían género de todo tipo. Concretamente, este dinero de los emprendedores, comerciantes y familias viajaba en una cámara acorazada, propiedad del Banco de España, situada en una de las bodegas de la nave. El acceso a esa caja fuerte flotante era imposible. Para ratificarlo, en la puerta siempre había dos guardias bien armados.

El dinero de Fernando, acompañado siempre por un recibo con su firma y una carta para su hermano Alfonso, desembarcaba en el puerto de Cádiz. De ahí, otro encargado del transporte cargaba la caja en un tren hasta Madrid y acompañaba el dinero en todo el trayecto, sin separarse ni una sola vez de él.

Una vez en Madrid, unos carteros con funciones especiales repartían por zonas el dinero de los particulares y de las familias. A su alrededor se movían muchos contables y mandatarios que se encargaban de cuidar esos asuntos por cuenta de la burguesía que tenía un pie en el Caribe. Uno de ellos era amigo personal de don Benito, y cada vez que llegaba un sobre de Fernando, se lo

entregaba en mano, por lo que a don Benito le fue muy fácil dar a don Alfonso Sánchez solo el primer recibo con la primera entrega de dinero y quedarse con los demás. Luego también ese recibo volvió a manos de don Benito.

A partir de ahí, desvió todo ese dinero a la cuenta de don Amancio. Era la única forma que tenía para cubrir su gran deuda con él. Hacía tiempo había tenido que pedir mucho dinero al prestamista tras comprar una parcela a un campesino con la promesa de que las viñas eran de primera, las abejas producían la mejor miel de España y, además, era edificable, por lo que podría construir allí lo que quisiera (lo había dicho un concejal de confianza). A esta inversión se unieron los gastos de la manutención de su solterona hermana Paca, además de tener que mantener su tren de vida y las apariencias mientras los clientes menguaban y los que se quedaban pagaban cada vez más tarde. Nada de eso era fácil. Por si aquello fuera poco, alguna que otra apuesta de juego terminó de añadir más desgracias a las que ya soportaban los rollizos hombros de don Benito.

Para empeorar la situación, las viñas se infectaron y dejaron de dar uvas, las abejas producían muy poca miel y mala y, tras medir la parcela, varios expertos descubrieron que no tenía las medidas mínimas para edificar. Así que no le quedó más remedio que malvenderla por mucho menos de la mitad del precio de compra. También tuvo que dejar su antigua casa con un elegante despacho en el distrito universitario y trasladarse a la más que modesta corrala de Lavapiés. El dinero no alcanzaba, por lo que él y su hermana pudieron seguir adelante solo gracias al préstamo de don Amancio.

Don Benito sabía que si no le devolvía el dinero lo perdería todo: el piso, el trabajo, el honor e incluso la vida. Don Amancio, cuando prestaba dinero, no solo añadía unos intereses del veinte o del treinta por ciento, sino que obligaba al necesitado a firmar una cláusula en la que le dejaba todo. Solía ser gente que tenía cosas que perder.

El caso de don Benito fue algo particular. Don Amancio se enteró de que el dinero que le devolvía pertenecía a un expatriado, por lo que investigó hasta enterarse de que ese dinero venía de una deuda que tenía como garantía la mitad de una casa. Siguió escarbando todavía más hasta dar con la familia Sánchez y conocer todo sobre ellos. A continuación, le exigió a don Benito, bajo la velada amenaza de destaparle todo, que le facilitara los detalles de su contabilidad, por lo que los problemas y las dificultades que tenía la familia ya no eran un secreto para él. Finalmente, don Amancio añadió una exigencia más: que don Benito le entregara a él todos los recibos y las cartas que Fernando enviaba desde Cuba a cambio de cancelar su deuda.

Fue así como don Benito se pudo librar del prestamista, volviendo a una vida casi normal; y fue así como don Amancio se convirtió en el único depositario de la verdad sobre la herencia Sánchez Coromina.

Volviendo a la conversación entre estos dos, ambos concluyeron que esa invitación era solo un truco.

—Fernando sigue aquí, se ha enterado de algo y ha intentado tenderle una trampa —dijo don Amancio con seguridad.

—¿Entonces qué hacemos?

—Nada. Usted tendrá que desaparecer hasta que todo este asunto se haya terminado. Podría peligrar su vida, ¿sabe? No quiero que le pase nada malo. Ese Fernando estará furioso, y no me ha parecido un tipo fácil de doblegar. No quiero pensar en la pobre señora Matilde, tan inexperta y generosa, en compañía de ese sujeto infectado por las malas costumbres de los negros.

Don Amancio se quedó un momento pensativo. Volvió a relamerse el bigote.

—¿Qué pasará ahora? —preguntó don Benito.

—Usted preocúpese solo por su bienestar y su integridad. Le aconsejo que cierre su casa y que se lleve consigo también a su hermana. Déjelo en mis manos. Tengo una idea, algo a lo que le estoy dando vueltas con calma desde hace demasiado tiempo. No tengo ninguna prisa.

Saboreando esta última frase, don Amancio lanzó una última mirada a don Benito y se despidió de él sin levantarse de la silla. Benito volvió a abrigarse y taparse bien, salió a la calle y fue corriendo hacia su casa. Entró casi tirando abajo la puerta y empezó a recoger a toda prisa sus cosas más importantes. Su hermana, al verlo tan agitado, empezó a gritarle enfadada que la hacía preocuparse demasiado y que esa no era forma de vivir.

—Prepárate. Recoge tus cosas, venga. Tenemos que irnos ahora mismo — fue lo único que le dijo don Benito. Su cara y su tono serio y profundamente preocupado la convencieron enseguida y se puso a hacer sus maletas.

Cuando estuvieron listos, cerraron la puerta con llave, bajaron unas calles hasta la estación del Sur y cogieron el primer tren para una ciudad de la cual no diremos el nombre.

Don Amancio, sentado en su despacho, apoyaba sobre la mesa las manos azuladas y finas con los dedos entrelazados y pensaba con calma en los distintos panoramas posibles que se abrían ahora delante de él.

Uno en concreto fue el que llamó su atención más que cualquier otro. El panorama más apetecible que podía imaginar y que llevaba años persiguiendo.

CAPÍTULO 28

HOGAR, DULCE HOGAR

El sábado por la mañana Fernando, Matilde e Ignacio lo pasaron limpiando el desastre que habían dejado la noche anterior. Los tres callados, cada uno recogiendo cristales, vasos, botellas, sobras, recogiendo la tierra y el polvo blanquecino tirado en el suelo, mezclado en un barro húmedo y pegajoso.

La alfombra manchada por el vómito de Matilde parecía irrecuperable. Por mucho que pasara cepillos con agua y ceniza, no había forma de quitar la mancha. Finalmente, muy a su pesar, Matilde decidió enrollarla y dejarla en el trastero por si algún día tenían dinero para llevarla a un tapicero experto.

Ignacio y Matilde miraban a Fernando de rodillas en el suelo, que recogía poco a poco ese polvo que apareció entre los trozos de la maceta. Con sus dedos, intentaba separarlo de la tierra y de otros restos mientras se quejaba y suspiraba por el dinero que acababa de perder. Creyeron que había perdido la razón, sobre todo cuando levantó la mirada y gritó a los dos lleno de desprecio.

—¿Qué estáis mirando? Esta era la razón de la fiesta, la única... Podía haber vendido todo esto en una noche. ¡Al diablo la casa y toda esta porquería! Me habría vuelto a Cuba... Cualquier cosa mejor que seguir aquí. Antes preferiría trabajar para los yanquis que...

—¿Vender qué?

—Esto —contestó enseñando los dedos llenos de polvo y barro—, esta sustancia milagrosa... No sabes lo que paga la gente por una dosis... Pero qué os voy a contar ¡si no sabéis nada!

Al cabo de un par de horas, el salón estaba más o menos como antes. Ignacio, que hasta ese momento no había tenido tiempo para pensar, recordó la pelea de la noche anterior con Fernando.

Pensando en ello, le extrañó que su tío se hubiera enterado de los detalles del tema de la casa. ¿Cómo pudo?

—¡Matilde! —dijo de repente señalándola con un dedo acusador.

Ella, sentada en un sillón, con la cabeza que le estallaba entre las manos, le miró dubitativa.

—Has hablado tú con Fernando del asunto... Has estado espiándome..., no veo otra explicación. Claro, os he dejado demasiado tiempo solos. Tú, inexperta

e ingenua, débil como cualquier mujer, y él, adulador y malicioso. Tú le has contado todo...

Ella no hizo ningún esfuerzo para negarlo, ya no le quedaban ni fuerzas ni razones. Viendo esta escena, Fernando empezó a reírse de Ignacio sin tapujos, burlándose de él con frases poco sutiles.

El sobrino sentía de nuevo que se quemaba por dentro. Le habría apetecido reaccionar, dar patadas, golpearle en plena cara y echarle a la calle. Pero no podía. Tampoco a él le quedaban fuerzas.

Fue Matilde la que tomó la iniciativa, intentando ser realista y aclararlo todo.

—Vamos a ver, sí, escuché tu conversación con ese abogado, ese tal De Nittis, y se lo conté a Fernando, ¿contento? Ahora todos lo sabemos todo y la situación es la siguiente: de don Benito no hay rastro, lo que quiere decir que algo malo ha hecho. Fernando asegura haber pagado su deuda, pero no tenemos las pruebas. Don Alfonso tampoco dejó testamento y tú eres el único hijo y heredero directo, pero también está Fernando. Así que, por lo que parece, no nos quedan muchas opciones.

Ignacio y Fernando la miraron interesados.

—Ignacio, si quieres, puedes echar a tu tío, ya que él se queda prácticamente sin defensas. Pero, si lo haces, también me voy yo. A ti, Fernando, no te queda mucho que hacer. Podríamos volver a hablar con otro abogado, alguien que no sea un chanchullero; puede que con alguna sutileza legal nos permita solucionar esto de una manera digna...

—Yo no quiero ningún compromiso —empezaron a gritar tío y sobrino al unísono. Uno defendía que se había matado a trabajar lejos de casa para enviar hasta el último céntimo; el otro decía que era demasiado fácil volver a casa después de quince años de ausencia y pretender tenerlo todo listo y disponible.

—¿Y quién me dice a mí que mi dinero no me lo robaste tú? —le acusó Fernando.

Ignacio, ciego por la ira, se le lanzó al cuello y los dos lucharon tirados en el suelo. Se tiraban del pelo y se daban puñetazos. Matilde los miraba con cara de pena y asco. Estaba cansada de todo aquello, por lo que se levantó y, sin hacer ni decir nada, se fue de nuevo a la cama, cerrando su puerta con llave. Los otros dos se quedaron allí peleando sin poder razonar, lanzándose acusaciones y amenazas ponzoñosas.

Las semanas siguientes pasaron de un modo similar: los tres dejaron de hablarse y cada uno dormía en una habitación diferente de la casa.

Ignacio se iba a la biblioteca todo el día, Fernando daba vueltas por la ciudad con la esperanza de encontrar algo que hacer para sacar dinero de donde

fuera y Matilde se quedaba en casa.

Los largos ratos de silencio solo se veían interrumpidos por la tarde con los ataques de furia entre tío y sobrino. Una rabia que no llevaba a nada, a ningún tipo de acción o decisión, que se alimentaba a sí misma y se justificaba por sí sola, completamente estéril.

En medio de ese clima tan áspero, Matilde se dio cuenta de que no le había venido la regla. Al principio pensó que podía tratarse de un retraso, pero al cabo de unas semanas, al ver que no había ningún rastro de menstruación, empezó a angustiarse seriamente. Por fin, y sin decir nada a nadie, decidió ir a un médico que no fuera el habitual. Le confirmó que estaba embarazada.

Salió de la consulta del ginecólogo desorientada. Estaba aterrada, las piernas se le doblaban por el miedo. No sabía qué hacer, sobre todo porque tenía la certeza de que el padre era Fernando, ya que con Ignacio llevaba meses sin tener ningún tipo de contacto.

Se sintió mareada, intentó volver a casa, moverse, pero tuvo que apoyarse en la pared.

Una anciana, al verla allí arrimada, desorientada, con la mirada perdida y la cara pálida, se ofreció para acompañarla a su casa. Era una viejita encorvada; un gran moño recogía su pelo blanco y sedoso. Apareció de la nada, como una visión. Se acercó a Matilde y la cogió de un brazo. Le hablaba con voz calmada mientras le preguntaba su nombre y su dirección. Matilde poco a poco se tranquilizó.

La anciana entendió por sus palabras que su malestar se debía al hijo que esperaba. Le dijo que tenía que alegrarse.

—No entiendo... —dijo Matilde.

—Bueno, suele ser una bendición tener un niño, ¿no cree?

—No... En este caso no...

La señora, al verla tan abatida, la cogió de nuevo del brazo y, mientras seguían caminando hacia casa de Matilde, le habló con el mismo tono natural y tranquilo de antes. Le explicó que había otras posibilidades, que no tenía que preocuparse por el juicio de los demás porque traer un hijo no querido al mundo es el verdadero pecado.

Matilde no entendía lo que le estaba diciendo, pero cuando la anciana le repitió que ella conocía a alguien que le podía ayudar a solucionar ese accidente, se quedó de piedra.

—No eres la primera a la que le pasa, jovencita. Conozco a muchas otras señoras que han tenido ese tipo de problema y hoy en día no están arrepentidas de lo que eligieron. Muchas de ellas, años después, tuvieron hijos con el hombre

adecuado, en el momento adecuado, y ahora tienen familias felices. ¿Te preocupa tu moral o tu felicidad y la de tu hijo?

Matilde no sabía qué contestar. Cuando estuvieron delante de la puerta de casa, la anciana le susurró al oído una dirección y se fue sin darse la vuelta.

«El hombre adecuado..., la felicidad...», pensaba Matilde en lo que había dicho la anciana. En un primer momento quiso entrar en casa, pero sabía que ahí no encontraría ayuda de ningún tipo. Dio media vuelta y siguió caminando. Repetía esa dirección, aunque le parecía que allí no había nada bueno para ella.

Llevada por la estela de sus pensamientos, se imaginó con el hijo de Fernando entre sus brazos mientras se lo contaba todo a Ignacio, pero descartó enseguida esa posibilidad, pues seguro que la habría echado de casa. También podía decirle que era suyo, él se lo habría creído. O simplemente podía desaparecer.

Pero el niño ¿cómo crecería con ese pasado? ¿Cómo le iba a quitar el apoyo de un padre?

¿Y quedarse con Fernando? La idea al principio le gustó, le pareció algo excitante y atractivo irse de casa con el hombre que le había regalado esos momentos tan intensos, olvidarse de sus grises comodidades para vivir sus últimos años de juventud. Pero en el fondo sabía que no podía confiar en él.

Así, imaginando todo, pasando de los pensamientos alegres a las ideas negras, llegó casi sin quererlo a la dirección que le había susurrado al oído la anciana.

Levantó la mirada: se trataba de un edificio muy viejo, con las paredes desconchadas y las ventanas débilmente iluminadas. Del portal entraban y salían hombres de todo tipo.

Matilde le echó valor y entró. Era un burdel. En la planta baja había una sala que servía como recepción, aunque en ese momento estaba vacía. El suelo de madera desnuda estaba viejo y rayado; las paredes, iluminadas solo por un par de bombillas, sin decoraciones de ningún tipo.

Al rato bajó por la escalera una mujer de unos cincuenta años con la piel caída, los ojos muy maquillados y los labios pintados de un color rojo intenso. Llevaba una bata negra de terciopelo y una bolsa de papel arrugada en la mano.

—Aquí no hay trabajo, cariño. Son malos tiempos, lo siento —le dijo estudiando su figura en un par de miradas—. Lástima, porque aquí habrías sido la reina, te lo aseguro.

—No vengo por... No busco trabajo —dijo Matilde sobrellevando su confusión.

—¿Ah, no? Entonces, ¿qué se te ha perdido por aquí?, ¿tu marido?

—No, no... Verá... Una amiga me ha dicho que aquí, a veces..., las chicas recurren a un médico... Por si ocurre algo imprevisto con los clientes...

—Un médico, ¿eh? Si una mujer tan guapa y de otros barrios como tú viene a este antro preguntando por nuestro médico es que tiene problemas serios y está desesperada. Tú buscas a Honorio Montés, guapa.

—¿Honorio Montés?

—Sí, él te puede echar una mano. ¿Qué te crees?, ¿que eres la primera en buscar a alguien que te quite *ese* problema? Si aquí no usáramos sus servicios, con tantas chicas, esto se convertiría en una guardería, y a mí no me apetece cambiar de negocio, ¿sabes?

—Pero yo...

—Venga, venga, no te hagas la ingenua. Honorio Cortés está justo en la acera de enfrente. Tienes que ir a la tienda de instrumentos musicales, él está en el sótano. Si quieres que te reciba, tienes que decirle al encargado que quieres «afinar un piano», no te olvides. Oye, que yo no te he dicho nada, ¿está claro?

—Sí, sí, no se preocupe...

—Buena chica. Y que Dios te bendiga.

La madama se despidió de Matilde sin ceremonias y se fue a acoger a dos clientes que acababan de entrar. Al cruzar una mirada con Matilde, se quedaron asombrados y estuvieron a punto de sacar de la cartera todo el dinero que tenían.

—¡Eh, vosotros!, dejadla tranquila, que es una chica decente. Las vuestras están arriba —dijo la madama.

Matilde al salir cogió una buena bocanada de aire y miró en la acera de enfrente, buscando la tienda de música. La vio y cruzó la calle como arrastrada por una fuerza interior que desconocía. Llegó a la puerta de la tienda y se fijó en el escaparate lleno de partituras, violines y guitarras.

Todavía no se creía que lo que le estaba pasando fuera real, que le estaba ocurriendo a ella, que de repente se encontraba en una soledad desconocida, completa e imposible de aliviar.

Llegó a tocar la manilla de la puerta y estuvo a punto de entrar. Volvió a sentir por dentro el peso de esa injusta soledad. Se le formó un nudo en la garganta y los ojos le quemaban. Pensó que antes de tomar esa decisión podría hacer otra cosa. Le quedaba otra posibilidad, la posibilidad de esperar a ver cómo acababa esa lucha fratricida antes de renunciar quizás a la única posibilidad de tener un hijo.

Volvió a meter las manos en los bolsillos. El frío le atravesó el abrigo haciéndola temblar.

Decidió volver a casa y ver qué cariz tomaban los acontecimientos.

Todavía no estaba lista para dar ese paso. Aún quedaba una esperanza.

CAPÍTULO 29

EL VACÍO

En la guerra de esas semanas, Fernando e Ignacio llegaron a un nivel de desconfianza mutua que raras veces se ha visto en dos parientes.

El primer síntoma fue olvidarse casi por completo de Matilde. No le hablaban, solo le daban órdenes por medio de frases lacónicas: «¡Cocina!», «¡Lava!», «¡Compra!».

Los dos parecían culparla de algo: Ignacio, de haberse pasado al enemigo; Fernando, de estar casada con ese medio hombre y, quizás, de no resultarle tan útil como había pensado en un primer momento.

Otro síntoma compartido de ese estado mental alterado era que a ambos se les olvidaron la causa y las consecuencias de esa corrosiva pelea sin fin. Ya no se trataba solo de la casa. Era algo más, algo tan complejo y enmarañado como todo lo que hunde sus raíces en las profundidades de las relaciones, de las antiguas rencillas por no haber cuidado lo bastante de su familia, de Alfonso, o por haberse ido a Cuba a vivir una vida diferente mientras los que se quedaron sufrían a la espera de noticias suyas, de su regreso.

También se les olvidaron, a Fernando y a Ignacio, las graves consecuencias de esas peleas: que para vivir hace falta dinero y comida. El sobrino descuidó por completo sus estudios y se le olvidó cobrar unas pocas facturas. El tío dejó de buscarse la vida, dejó de sonreír y de divertirse. El sofá se convirtió en su trono debajo del cuadro del perro de caza, que parecía mirarle enseñándole con un orgullo descarado su presa.

Fernando no salía si antes no se iba Ignacio, por temor a que le dejara en la calle cambiando la cerradura de la puerta. Salía tras él para perseguirle, estudiaba sus movimientos, la gente a la que saludaba o que iba a visitar a sus casas, y aunque no hubiera variaciones importantes en todo aquello, aunque Ignacio se limitara a no hacer nada relevante, Fernando sospechaba siempre de la presencia de alguna maquinación oscura que le pudiera perjudicar.

A todo esto hay que añadir otro factor que no dependía de su voluntad y del que tampoco tenían conocimiento: el vacío que don Amancio les fue creando a su alrededor.

El prestamista, que sabía mucho más que un cura sobre la naturaleza humana, había visto en esa pelea una clarísima posibilidad de ganar.

Los veía desesperados. Tenía informadores por toda la ciudad, sabía perfectamente qué lugares frecuentaba cada uno y por qué. No le costó mucho diseminar más desconfianza alrededor de los Sánchez: le bastó con hablar con el director del círculo de abogados al que acudía Ignacio para que, de repente, se le denegara el acceso sin explicaciones. Dicho director todavía le debía mil pesetas a don Amancio a causa de sus vicios caros e ilícitos.

Igual de fácil fue convencer a la presidenta de la asociación de damas a la que acudía Matilde. Le bastaron cinco minutos a solas con ella para convencerla de que le parecía una afrenta que la señora Sánchez se dejara ver con ese hombre, del que había oído cosas muy poco agradables: si no la sacaba del grupo, él les retiraría su apoyo financiero. Fueron cinco minutos en los que la presidenta y las demás señoras vieron clarísimo que preferían perder a una mujer a la que siempre envidiaron por su belleza y su frescura que dejar de seguir sacando provecho de las donaciones que llegaban gracias al «toque mágico» de don Amancio.

De Nittis, por muy poco recomendable que fuera, se estaba dedicando a fondo a la causa de Ignacio. Tanto que, tras superar miles de obstáculos a golpe de talonario (gastos puntualmente anotados en la cuenta de su estimado cliente), consiguió averiguar el lazo de unión entre don Benito y don Amancio.

De Nittis, por supuesto, como todos los de la profesión en Madrid, conocía al prestamista. Realmente sintió miedo cuando descubrió esa relación, pero tenía que hacer algo si quería llegar a saber dónde se escondía don Benito. Con un poco de coraje y mucha bravura fue al suntuoso despacho de don Amancio.

Este, que nunca perdía su media sonrisa gatuna y su mirada de fuego fatuo, le recibió con una cordialidad desmesurada. El abogado se sentó y le explicó el problema con complejos giros de palabras.

—Yo no veo ningún problema, querido abogado —le despachó brevemente don Amancio—. Don Benito no es asunto suyo, está muy lejos de aquí desarrollando unos negocios en mi nombre. Y tampoco Ignacio Sánchez es asunto suyo a partir de ahora. Hágame caso, usted aléjese enseguida de esa familia y todo saldrá bien. Nadie se enterará de ese título suyo que no tiene o de esas otras cositas... Ya sabe, ese príncipe, ¿cómo se llamaba? Marqués de Albano o algo parecido, ¿verdad? Bueno, usted váyase por su camino y todo seguirá como antes.

La charla no duró ni cinco minutos. De Nittis vio cómo ese hombre alto que daba pánico le ponía al desnudo sin ningún tipo de dificultad y le cerraba la puerta en las narices.

No hace falta decir que De Nittis se volvió rápidamente inalcanzable para Ignacio, que le estuvo buscando día tras día sin éxito. Tenía suficiente sentido común como para saber que ahora era prudente hacerse a un lado.

Don Amancio se quedó en su despacho rodeado de esa miríada de objetos de lo más exótico y variado, contemplando un mapamundi del siglo XVII que perteneció a un antiguo deudor suyo, y vio que así como la imagen del planeta se puede atrapar en una esfera de madera, el prestamista tenía entre sus manos a otra familia con la que podía jugar a su gusto.

Los días siguientes pasaron para los Sánchez con más pesadumbre de lo habitual.

Se vieron atrapados en casa, con poco dinero, poca comida y el carbón para las estufas a punto de terminarse.

Matilde seguía escondiendo su secreto con la máxima cautela. Descartó la idea del aborto y decidió ver en qué quedaba todo.

Cuando no salía, Ignacio se encerraba en su estudio, no hacía otra cosa que estudiar y repasar al detalle todos los documentos de don Alfonso, buscando otra dirección de don Benito, otros recibos, un borrador del testamento, lo que fuera que pudiera usar en contra de Fernando para librarse de él para siempre.

Este se pasaba todo el día rumiando en la cama, recordando los buenos tiempos en Cuba, en Madrid antes de irse, en las juergas con sus amigos... Y pensaba en Matilde. La tenía ahí, a pocos metros, pero algo la alejaba de él.

Ella le miraba distante y casi no le hablaba. Fernando habría querido hacer algo por ella, pero en el fondo seguía pensando que parte de la responsabilidad de la situación también era suya, aunque no supiera muy bien por qué.

Cuando se cruzaba con Ignacio, aprovechaba para lanzarle miraditas o hacer chistes que enseguida provocaban un rápido intercambio de bestialidades.

En esa casa ya nadie sabía lo que estaban esperando: una señal divina o que alguien cediera en primer lugar; a lo mejor, un mensajero inesperado que trajera la luz y la verdad sobre aquel embrollo.

Sin embargo, lo único que veían era que se habían quedado aislados y en jaque. Alguien les estaba tendiendo una trampa, alguien les estaba esperando ahí fuera como una araña espera a su mosca.

CAPÍTULO 30

LA ARAÑA

Una araña en apariencia providencial se presentó a la puerta de los Sánchez hacia la mitad de febrero, cuando el frío invernal empezaba a retroceder tímidamente ante las primeras caricias de la primavera.

Tras semanas sin recibir visitas de ningún tipo, un cochero con un milord negro llamó a la puerta de la casa. Los tres se precipitaron hacia la entrada. Matilde abrió y vio a ese hombre con su librea negra y lujosa.

—Me manda el señor Amancio para que acompañe a don Ignacio Sánchez a su estudio. Quiere tratar con él unos temas de la máxima importancia.

—¡Don Amancio! Por fin, sabía que nos ayudaría —dijo Matilde con insegura ilusión.

—¿Y por qué él sí y yo no? —preguntó Fernando nervioso.

—El señor don Amancio me ha dicho que lleve solo al señor Ignacio Sánchez Coromina.

—¿Has oído? Apártate, tío, ya puedes ir recogiendo tus trapos —contestó Ignacio a punto de salir por la puerta.

Fernando le agarró por un brazo insistiendo.

—Si va Ignacio, voy yo también. Si van a hablar de nuestro problema, tendrán que hacerlo delante de mí.

Ignacio, en un ataque de nervios, empujó a Fernando y le tumbó en el suelo. Este se golpeó con fuerza en la cabeza y quedó aturdido.

El gesto sorprendió al mismo Ignacio; vio a su tío en el suelo sin poder levantarse, cubriéndose la cara con las manos y quejándose. Matilde, agachada a su lado, le miraba horrorizada. El cochero, impasible, esperaba de pie al lado de la puerta.

Ignacio cogió un frasco de perfume casi acabado que tenía en la entrada y se roció con él, se arregló la corbata y, sin añadir nada, salió y subió al milord, que arrancó enseguida. Estuvo preguntándose todo el trayecto quién sería ese tal don Amancio para ofrecerle su ayuda, aparte de filántropo y amigo de su mujer.

Cuando llegó a la entrada del edificio, Ignacio se quedó impresionado por la elegancia, algo a lo que ya no estaba acostumbrado. El cochero le abrió el portón y le acompañó en ascensor hasta la última planta. Una criada también

uniformada le abrió la puerta y le pidió que esperara en el recibidor: don Amancio le atendería enseguida.

A Ignacio no se le pasaba la sensación de maravilla y de asombro frente a ese despliegue de lujo y de clase: el olor a tapices y limpieza, los óleos preciosamente enmarcados (dos grandes paisajes campestres que inspiraban tranquilidad con sus cielos azules), las sillas de madera clara con mullidos damascados, el silencio que reinaba tras la puerta cerrada con un pomo dorado, el suelo de parqué con su entramado mozárabe... Todo en Ignacio era estupor, expectación y respeto reverencial por la forma en la que se anunciaba ese desconocido.

Se tranquilizó enseguida mientras pensaba que un hombre como don Amancio, con esa clase, tan rico y distinguido, alejado del mundanal ruido y de la vulgaridad, tendría la solución definitiva a ese conflicto, tendría la palabra justa, la llave adecuada que le abriría por fin las puertas a la herencia de don Alfonso y al éxito profesional.

Justo cuando su estómago rugió por el hambre y se dio cuenta de que una manga de su chaqueta estaba algo deshilachada, volvió a aparecer la criada anunciándole que don Amancio estaba listo para recibirle.

Ignacio, emocionado, se levantó, se ajustó el cuello de la camisa, tomó aire para concentrar todos sus pensamientos en un solo objetivo y salió detrás de la criada, siguiéndola a través de dos largos pasillos tapizados en verde por cuyos ventanales se apreciaban las mejores vistas del parque del Retiro.

Llegaron a una puerta de doble hoja cerrada, la única hecha con madera negra. La criada le dejó allí y se fue. Ignacio oyó una voz desde dentro que le invitaba a entrar. Miró la punta de sus zapatos y se agachó rápidamente para quitar unas manchas de tierra. Luego abrió la puerta y entró.

La sorpresa fue mayúscula: el estudio de don Amancio dejaba sin aliento a cualquiera, pero a Ignacio eso le pareció como entrar en el despacho de Dios. Tras fijarse en todos los objetos extraños y curiosos que había allí, su mirada se encontró con la de don Amancio.

A Ignacio le dio un vuelco el corazón y una nueva sensación de vacío se apoderó de su estómago. Se acercó al escritorio y se sentó.

El prestamista le tendió la mano para presentarse y, sin demasiadas ceremonias, dejó de sonreír y sacó de un cajón una carpeta verde cerrada con una goma marrón, que colocó delante de Ignacio. Este la miró. Era algo vieja y sin símbolos ni textos de ningún tipo.

—Verá, don Amancio, quiero agradecerle su...

—¿Quién es usted? —interrumpió don Amancio, que le miraba sin parpadear.

Ignacio se quedó extrañado por la pregunta, se le vino el mundo encima y temió que todo aquello fuera un malentendido.

—Verá, soy Ignacio Sánchez Coromina, hijo de don Alfonso...

—Eso ya lo sé. Lo que quiero saber es quién es usted.

—Bueno... Soy abogado, aunque todavía no puedo ejercer todas mis funciones en los juzgados...

Don Amancio, sin perder un ápice de compostura, volvió a interrumpirle con un gesto. Sacó de una cajita de plata dos pequeños puros. Uno se lo pasó a Ignacio. Aunque no estaba acostumbrado al tabaco, lo aceptó y lo encendió para no contradecir en nada al personaje que tenía delante.

Lo encendió y luego dejó que se apagara despacio entre sus dedos.

—Soy un hombre honrado, don Amancio, y solo quiero saber cómo respetar la memoria de mi padre y cómo recuperar la paz en mi casa.

—Eso está mejor. ¿Lo ve? No era difícil. Lo que más cuesta en este mundo, querido Ignacio, es encontrar corazones sinceros. Gente que diga lo que piensa sin temer el juicio de los demás.

Mientras hablaba, don Amancio no dejaba de fumar su puro. Sus ojos tenían el mismo brillo intenso que la punta encendida del cigarro. Luego se levantó y llamó a través de un telefonillo pidiendo un desayuno para dos.

Ignacio seguía sin tocar la carpeta verde que tenía delante. Poco después llegó la criada con una bandeja de plata en la que llevaba cruasanes recién hechos, mantequilla, mermelada, huevos duros, leche caliente y café. Ignacio por un momento se olvidó de por qué estaba allí y se dejó llevar por el aroma embriagador de esas viandas.

Don Amancio, que sabía siempre reconocer lo que se agita detrás de los ojos de las personas, le invitó a servirse mientras él tomaba con calma un café solo sin azúcar.

Ignacio perdió algo de su autocontrol y se comió dos cruasanes llenos de mermelada y dos tazas de café con leche. Cuando acabó, había recuperado todas sus fuerzas y sentía un profundo agradecimiento hacia su anfitrión.

—Espero que le haya gustado. Tenemos un panadero especial que, si lo desea, le recomendaré. Ahora, abra por favor la carpeta y dígame qué es lo que hay en ella.

Ignacio la abrió en un gesto alegre y despreocupado, como pensando que iba a encontrar la solución a todos sus problemas en forma de hechizo o talón, pero lo que vio eran solo cartas y recibos con diferentes sumas de dinero. Mirando con más atención, vio que la firma en las cartas era la misma que aparecía en los recibos. Volvió a mirar con más atención aún y se dio cuenta de

que esa escritura le resultaba familiar. La dirección en los sobres era la de su casa. Era la firma de...

—¿Qué es lo que ve, Ignacio? —preguntó el prestamista con voz meliflua.

Ignacio levantó la mirada grisácea enmarcada en un rostro fantasmal. No podía hablar. Don Amancio insistía una y otra vez.

—El dinero de mi tío Fernando —dijo sin aliento.

—No. Para ser precisos, se trata de los recibos que documentan los envíos de dinero que hizo su tío. Antes le he dicho que aprecio mucho a las personas sinceras, y yo seré sincero con usted. No hace falta poner esa cara. Su tío Fernando envió todo el dinero a su padre y su deuda está extinguida, al menos técnicamente. Ahí tiene los documentos, negro sobre blanco. Usted quería una solución y ahí la tiene.

Mientras don Amancio hablaba sin perder su actitud fría y cordial, Ignacio empezó a sudar. Las manos le temblaban y tuvo que dejar sobre la mesa esos papeles amenazantes. Miraba al anfitrión como un animal en la trampa de su cazador rogando por su liberación.

—Para su fortuna, Ignacio, hay un detalle en esa solución que ahora está claramente a favor de su tío. Por supuesto, se estará preguntando cómo han llegado esos documentos a mis manos. Si lo piensa bien, ya tiene la respuesta. Antes de seguir, dígame: ¿usted sabe a qué me dedico?

Don Amancio avanzó hacia Ignacio apoyando los codos en el escritorio.

—Usted es... No, no lo sé...

—Soy prestamista. Mucha gente ha podido seguir adelante con su vida gracias a mi ayuda. Uno de ellos fue nuestro querido don Benito. Los que contraen una deuda conmigo tienen que pagarla, por supuesto. No vivo del aire, ¿sabe? Mis servicios tienen un coste, aunque a veces no es solo económico. El pobre don Benito se vio en apuros y pensó cerrar así sus cuentas conmigo. Esto significa...

Ignacio le miró asustado, sin saber qué contestar. Don Amancio saboreó las palabras una a una.

—... significa que, potencialmente, ahora yo soy dueño de la mitad de su casa. Esto se parece mucho a una partida de cartas. Yo tengo los papeles. ¿Qué puedo hacer con ellos? Alcanzar un acuerdo con su tío, que sería lo justo y lo apropiado, o... alcanzar uno con usted.

—¿Qué tipo de acuerdo? —Ignacio ya no sabía a qué agarrarse para no caer más bajo de lo que estaba.

—Yo no solo soy una persona sincera, don Ignacio. También soy un hombre sencillo. A veces me basta con alcanzar algo tan simple y puro como el amor de una mujer para olvidarme de todo. —En el silencio que siguió, espeso y

violento, Ignacio llegó por su cuenta a la solución—. Exacto, don Ignacio — prosiguió el prestamista—, me refiero a su mujer. Usted no sabe cuánto le envidio por tener a su lado a la mujer más hermosa que he visto en mi vida. ¿Lo ve? En el fondo soy un sentimental... Usted déjeme acceder a los favores de Matilde y yo quemaré enseguida todos estos papeles. Usted se librá para siempre de su tío y volverá a ser dueño de su vida, de su herencia y de su casa. ¿Qué le parece?

En un primer momento, Ignacio quiso levantarse de su silla indignado y ofendido. La moral y el sentido común se lo dictaban. Tendría que renunciar a todo para salvar el honor de su esposa. Pero Ignacio, en circunstancias como estas, no respondía a la moral común.

—Entonces, don Ignacio, ¿qué me dice? —insistió don Amancio.

—De acuerdo. Lo intentaré —respondió Ignacio derrotado.

Don Amancio, excitado, cogió rápido su carpeta.

—Solo falta un detalle más. En esta carpeta falta la última carta que acompañaba el último recibo. Don Benito asegura haberla perdido...

Ignacio, que siempre llevaba consigo ese tesoro sin valor, sacó el sobre del bolsillo interior de su abrigo y se lo dio sin ofrecer resistencia. El perdedor reconocía ahora el poder absoluto del ganador.

—Muy bien. Le doy cuarenta y ocho horas para que Matilde venga a mi casa y sus problemas habrán acabado.

Ignacio se fue de aquel estudio con la cabeza que le zumbaba y las piernas pesadas como bloques de plomo. Volvió a casa en el milord negro que, en realidad, se parecía a un coche fúnebre.

Ignacio estaba dispuesto a dar ese último paso para recuperar su derecho sobre lo que consideraba solo suyo: la casa.

Estaba casi seguro de que Matilde lo entendería.

CAPÍTULO 31

LA PROPOSICIÓN

Ignacio ordenó al cochero que le dejara delante de su banco. Antes de ir a casa, donde ya no quedaba dinero al contado, necesitaba sacar algo de su cuenta para lo que tenía en mente.

Se despidió del milord negro y entró en su agencia. Se acercó a la ventanilla y pidió cien pesetas. El empleado le dijo que esa cantidad era bastante alta para lo que le quedaba, pero Ignacio sacó igualmente sus cien pesetas y se fue a reservar una mesa para dos en un restaurante de lujo en Chamberí.

Desprenderse de ese dinero era como amputarse una mano o un pie, pero lo hacía por una causa justa, empujado por los acontecimientos y en una situación que requería de medidas extremas. Estaba en las últimas.

Volvió a casa. Matilde le esperaba ansiosa. Fernando, detrás de ella, miraba desconfiado a su sobrino.

—¿Cómo ha ido? —preguntó Matilde.

Ignacio puso cara de quien no sabe nada de lo que pasa a su alrededor.

—Don Amancio ha sido muy amable; has hecho bien en pedir su consejo. Es un hombre que sabe mucho sobre todo esto...

—Déjate de historias, ¿qué te ha dicho? —preguntó Fernando.

—Ha dicho que estudiará el caso. No sabe nada de don Benito ni del dinero que dices haber enviado de Cuba, pero encontrará una solución legal, la más conveniente para todos. ¿Contento, tío?

Ignacio parecía tener esperanzas, quería ser alentador y se esforzaba por esconder sus mentiras.

Fernando, que ya no se fiaba ni de su propia sombra, quería conocer al detalle la conversación.

—No estaré contento hasta que no vea yo también a ese caballero en privado y me diga lo mismo. Matilde, ¿tú crees que don Amancio hará lo más conveniente para todos?

—Fernando, ya no sé qué pensar. Creo que él sabe mucho de estas cosas y que tenemos que confiar. Tengamos todos un poco más de paciencia, te lo ruego.

Fernando, que por muy duro que pudiera ponerse seguía sufriendo el poder de la mirada de Matilde, se fue resoplando al salón para vaciar el último trago de

orujó. Ignacio, aprovechando el momento, se acercó a su mujer, sacó una expresión de hombre que redescubre la ternura y el amor y la besó.

—Sé que es pronto para celebrarlo, pero hoy, hablando con don Amancio, he pensado que en estos últimos tiempos no te he dedicado toda la atención que mereces.

—¿Qué dices? —preguntó ella extrañada.

—He reservado una mesa para dos en el Olimpia esta noche. Te mereces esto y mucho más, Matilde...

—¿Una cena? ¿Tú y yo en un restaurante?

—Por favor...

Ignacio se sorprendió a sí mismo al oírse rogar a su mujer de esa forma, sacar todo ese romanticismo de manual y sobrellevar el dolor por el dinero que estaba a punto de gastarse. Funcionó, ya que Matilde finalmente aceptó.

Se acercó la noche y los dos se vistieron como si fuera su primera velada juntos. Aunque sin sonrisas, sin ilusión, solo con la sensación de que eso ya era algo innatural entre ellos.

Fernando les dijo adiós desde el sofá, mordiéndose los labios. Estaba seguro de que Ignacio tramaba algo.

Cuando Matilde, que había hecho todo el recorrido hasta el restaurante en silencio, se sentó en la mesa, se fijó en los detalles de la calidad del sitio: pescado y carnes frescas, fruta exótica, champán francés y la más selecta repostería. Las mesas del Olimpia estaban todas ocupadas: incluso en las peores épocas, los ricos consiguen su rincón de gloria, cada vez más grande, llamativo y alejado de la realidad que los rodea.

Matilde, deslumbrada por ese lujo, empezó a relajarse y dio las gracias a Ignacio por esa iniciativa.

—Bueno, ya sabes —dijo él—. Esta última temporada ha sido mala, reconozco que hemos vivido mal, pero no quiero que pienses que me he alejado de ti...

—No lo pienso, Ignacio, aunque he llegado a temer lo peor.

En ese momento llegó el camarero con los platos: de aperitivo, unas setas con salsa de piñones; a continuación, un arroz con bogavante; y para terminar, una cremosa tarta recién hecha. Esa comida deliciosa y el vino francés harían el resto del trabajo.

Cuando por fin pudieron disfrutar de un licor y de algunos violines, Ignacio sacó tímidamente, muy poco a poco, el tema de don Amancio, insinuando que no le había contado todo en casa para que no se enterara Fernando.

Matilde al principio reaccionó descontenta, pero Ignacio seguía con la farsa de que todo eso lo hacía por su bien.

—Escúchame, Matilde, don Amancio es una persona encantadora, ya lo sabes. Conoce el mundo y sus trampas, y me ha asegurado que, si él hubiese llevado el tema desde el principio, no nos habría puesto frente a una difícil elección. Todo se habría solucionado de una forma más llevadera.

Matilde no entendía a qué se refería y quería saber más, aunque el vino le quitaba algo de lucidez y de atención.

Aquel ambiente, la comida, las luces, las mujeres con sus joyas y los elegantes caballeros, las conversaciones importantes... la hacían sentir nueva, diferente. No quería que nadie ni nada la sacaran de esa nube.

Ignacio hablaba y hablaba y Matilde no estaba segura de entender todo lo que le decía. Don Benito, el dinero de Fernando, un préstamo, los documentos...

—No tenemos elección, Matilde. Con tan solo un pequeño sacrificio, don Amancio se olvidará de todo y sacará a Fernando de la partida. Volveremos a ser felices.

—¿De qué me hablas? ¿Qué sacrificio?

—Matilde, yo te quiero... Pero estamos atrapados. Si no hacemos un pequeño favor a don Amancio, lo perderemos todo. Todo en absoluto. Se lo dará a Fernando.

—¿De qué favor se trata si se puede saber? —preguntó Matilde, que empezaba a tener dolor de cabeza y a ponerse nerviosa.

—Matilde, cariño... Don Amancio es un gran admirador tuyo. Lo entiendo, no lo puedo reprobar, eres una mujer estupenda... Imagina que ha llegado a decirme que se olvidaría de todo por tan solo un poco de tu compañía... Solo por estar contigo un rato, como amiga...

Mientras Ignacio hablaba, sin poder creer en lo bajo que había caído, sentía que se le rompía algo dentro y se aferraba con la mirada a la piedad de su mujer, pidiéndole en silencio su complicidad.

Matilde tampoco podía creer que su marido le estuviera pidiendo que se entregara a otro hombre para salvar la casa.

—¿De verdad me estás pidiendo, Ignacio, que renuncie a mi honor y sea la ramera de don Amancio para que nos deje en paz? ¿Solo por heredar eres capaz de vender a tu mujer como a una cualquiera porque no tienes agallas para enfrentarte a ese sinvergüenza? ¿Y piensas que así lo has solucionado todo? Toda esta vergüenza porque no has sido capaz de hacerle frente y decirle que no. ¿Te das cuenta? ¡Has vendido a tu esposa! ¡Me das asco!

Matilde iba subiendo cada vez más el tono de su voz hasta gritar y ponerse de pie, llamando la atención de todos los presentes, que se callaron y se dieron la vuelta para mirar escandalizados a la pareja. Matilde se quedó inmóvil, con los

ojos húmedos y rojos por la rabia. Un camarero se acercó a Ignacio para pedirle cortésmente que bajaran el tono, pues incomodaban al resto de clientes.

Aprovechando la interrupción del camarero, Matilde se puso su capa y salió del restaurante sin siquiera mirar a su marido.

Ignacio sintió que todo el mundo a su alrededor le acusaba mientras él trataba de esconder su humillación en su interior. Pidió disculpas, dejó el dinero encima de la mesa y se fue.

Ya en la calle, los dos, marido y mujer, corrían el uno tras la otra en la noche oscura y helada con las sienes y los pechos a punto de estallar.

Ignacio gritaba buscando el perdón de Matilde. Ella corrió hacia las calles del centro hasta llegar delante del burdel en el que habló con la madama.

Ignacio la alcanzó justo cuando estaba a punto de entrar y la cogió por un hombro. Ella se dio la vuelta y le golpeó en la cara, furibunda. Empezó a gritar, llamando la atención de todo el vecindario y de las chicas del burdel, que se asomaron a las ventanas. Algunos clientes se quejaron y empezaron a gritar a la pareja, diciéndoles que dejaran de armar jaleo.

—¿Sabes qué es esto? Un burdel... Por lo que parece, piensas que yo tendría que trabajar aquí de ahora en adelante, ¿no? Porque me has tratado como a una de ellas. Sería más honesto por tu parte si lo reconocieras, maldito traidor cobarde... Aquí me tienes, mira, donde crees que debo estar, como una cualquiera. A partir de ahora tendrás que pagarme si quieres algo, ¿está claro?

Ignacio intentaba calmarla y acallarla poniéndole la mano encima de la boca, pero Matilde pataleaba y le golpeaba cada vez más fuerte, y cada vez más fuerte gritaba «¡No me toques!, ¡¡no me toques!!».

Llamaron tanto la atención que, al cabo de unos minutos, llegó una patrulla de la policía que intentó calmarlos; primero les pidieron explicaciones; luego, viendo dónde estaban y que Matilde no dejaba de gritar, amenazaron con llevársela al calabozo por escándalo público.

—¡Me das asco! Ni siquiera pagando sabrías hacerme feliz, ni siquiera con dinero... No tenéis que arrestarme a mí, sino a él, que quiere vender a su mujer... ¡Vaya hombre! Tras seis años de casados ni siquiera me ha dado un hijo... Pero otro solucionará el tema, no te preocupes, otro que no me tratará como a una ramera. Tú nunca fuiste capaz...

Matilde se agitaba cada vez más hasta que cogió un adoquín del suelo e intentó lanzarlo a la cabeza de Ignacio. Los policías la agarraron por los brazos y se la llevaron a rastras al coche mientras ella seguía gritando fuera de control.

Ignacio, bajo la mirada de las chicas y de los vecinos molestos por esa escena (por otra parte, nada rara en ese barrio), volvió a sentir los golpes de las últimas palabras de su mujer como miles de adoquines. «Un hijo»..., «un

hombre»... Ignacio estaba seguro de que Matilde había hablado así porque estaba histérica.

Agachando la cabeza, oyó cómo un policía le pedía sus datos y le aconsejaba que se fuera a su casa, que la mujer pasaría la noche en la cárcel, «así se le bajarían los humos».

Ignacio, desconcertado, caminó hasta su casa llevado por una corriente desconocida. Era un autómata con las manos heridas por el frío y los ojos morados por la pérdida de su dignidad. Cuando llegó, se quedó de pie temblando.

—¿Dónde está Matilde? ¿Qué ha pasado? —preguntó Fernando.

Ignacio, que ya no tenía nada de humano, sintió vaciarse por completo. Las fuerzas se le escaparon por los ojos y cayó al suelo como un saco roto.

Fernando corrió hacia él, lo subió en sus hombros y, peldaño tras peldaño, lo llevó hasta su cuarto. Lo dejó en la cama, le desabrochó el cuello de la camisa y le enjuagó la frente con agua.

—No es momento para bromas, sobrino. Todavía no puedes irte.

CAPÍTULO 32

SIN SALIDA

Al día siguiente, Ignacio se levantó con un tremendo dolor en el pecho, el estómago y la cabeza. No recordaba nada de lo que había pasado, ni siquiera cómo había llegado hasta su casa.

Bajó y fue a la cocina para desayunar algo. Encontró tan solo unas patatas hervidas y un huevo. Comió y empezó a sentirse mejor. En su mente empezaron a aflorar imágenes inconexas: Matilde en el restaurante, la cena, unos vecinos que gritaban...

Se fue al salón y se puso delante del espejo.

Al mirar a ese hombre demacrado, con la cara asustada y pálida, esa ropa ya no tan limpia ni en buenas condiciones, la nariz que parecía cada vez más larga y estúpida, Ignacio sintió rechazo. Volvió a acordarse de más detalles de la noche anterior.

En ese momento apareció Fernando.

—¿Dónde está Matilde? —preguntó seco.

Ignacio se dio la vuelta.

—Aún sigues aquí...

—Ignacio, hoy no estoy para bromas. Puede que este sea el último día de todo esto. Dime dónde está Matilde.

—Se la llevó la policía... Tengo que ir a buscarla...

—¿La policía?

—Estaba alterada, discutimos... en la calle. No había forma de calmarla y ellos se la llevaron, quizás la confundieron con..., y yo no sabía qué hacer.

—Tú nunca sabes qué hacer cuando se trata de los demás.

Ignacio sintió de nuevo ese vacío en su interior, el mismo que le había quitado también las ganas de enfadarse y de responder.

Miró a Fernando a los ojos y sin alterarse se limitó a levantar los hombros.

Ambos parecían estar de acuerdo en una cosa: que no podían seguir esperando que pasara algo sin hacer nada, así que salieron corriendo hacia la comisaría para sacar de ahí a Matilde.

Ella aún estaba en la enfermería, aunque ya más calmada. No había vuelto a dar problemas. Ante los policías, Ignacio explicó la situación, inventando

detalles sobre la razón de esa pelea, todo un gran malentendido, hasta que le dijeron que podía llevársela, pero que algo así no debía repetirse. Empezaban a estar cansados de los Sánchez Coromina.

Fernando, al verla tan pálida y cansada, despeinada, con ese vestido precioso, sin brillo y desajustado, sintió que algo le quemaba los ojos y las venas. Miraba a Ignacio, que la abrazaba por la cintura con la mirada apagada mientras ella se dejaba llevar sin hablar.

Por las calles empezaba a notarse más la presencia del sol. La vida se asomaba de nuevo, tímida. El frío había dado la primera señal de querer dejar de morder la carne con tanta fuerza.

Había unos chicos que pegaban en las paredes unos carteles que anunciaban una corrida benéfica con toreros de renombre y un elefante. Fernando, que iba detrás de ellos sin decir nada, se detuvo para leer el cartel.

—Eh, familia, mirad aquí: un elefante en la plaza de toros, ¡esto es increíble!

Matilde al principio no le hizo ni caso. Fernando insistió con sus gritos y con sus chistes sobre el elefante. Algo inaudito, ¡un elefante en una corrida! Matilde se dio la vuelta para mirar el cartel. La imagen era tan graciosa que paró para fijarse en él. Se acercó a Fernando y de repente le entró la risa y los dos estuvieron haciendo chistes sobre las cosas más divertidas que habían visto en años. Ignacio seguía serio, sin entender cómo podían reírse en un momento como ese.

—Venga, sobrino, échate unas risas. ¿No ves a tu mujer? Sigue su ejemplo —le invitó Fernando.

Ignacio se quedó callado. No se puede decir que de aquello estuviera aprendiendo el valor del sentido del humor.

Volvieron a ponerse en marcha. Delante de una tienda de alimentación, a Fernando se le ocurrió entrar. Ignacio y Matilde siguieron caminando. No había ni un solo cliente en ese momento y el encargado estaba sentado, sumergido en la lectura del periódico, lo que Fernando aprovechó para llevarse unos patés y algo de pan.

Cuando llegaron a casa, Fernando escondió la comida en un armario de la cocina y volvió al salón. Ignacio estaba ahí, de pie, solo. Matilde estaba arriba. Tío y sobrino se quedaron frente a frente mirándose.

—Ahora puedes contarme lo que pasó anoche, ¿o tengo que preguntárselo a ella? —pidió Fernando.

Ignacio le contó con detalle lo ocurrido: la cena en el Olimpia y la pelea, y también el trato que le había ofrecido don Amancio. Al oírlo, Fernando cerró con fuerza sus puños; estaba furioso y escandalizado.

—Dime ahora mismo dónde vive ese malnacido. Quiero hacerle una visita y aclararle unas cosas.

—No puedo decírtelo, Fernando, si apareces por allí, lo estropearás todo.

—Dime dónde vive, te lo pido por favor.

—No.

Fernando se lanzó escaleras arriba y abrió la puerta del baño donde estaba Matilde, que se estaba desnudando. Al verlo entrar, gritó.

—¿Es verdad lo que me ha contado Ignacio sobre don Amancio?

Matilde trataba de cubrirse con una toalla, aunque sin mucho éxito. Su cuerpo seguía siendo de una sensualidad cegadora.

—Si te ha dicho que me ha humillado ofreciéndome a don Amancio, sí, es verdad.

—Necesito saber dónde vive. Tu marido no quiere decírmelo.

—¿Qué piensas hacer?

—Voy a poner las cosas en su sitio de una vez por todas. ¿Quién se ha creído que es ese canalla? Me va a oír, le voy a aclarar que hay cosas con las que no se juega y pondré punto final a esta farsa que ya ha ido demasiado lejos.

—Tú lo que quieres es sobornarle para que te deje los papeles... —dijo Ignacio apareciendo de improviso.

Fernando se dio la vuelta y le agarró del cuello de la chaqueta zarandeándole.

—¿Crees que todos somos como tú? Ahora me preocupa solo Matilde, ¿está claro? Lo demás me trae sin cuidado. Dime ahora mismo dónde vive ese canalla.

Matilde, que no quería saber nada, cerró la puerta del baño y se sumergió en la bañera llena de agua caliente. Cerró los ojos e intentó pensar en cuando era feliz hacía ya muchos años.

Ignacio, que no quería contestar, se rindió. Ya no podía aguantar más los gritos y zarandeos de su tío, por lo que acabó dándole la dirección.

Fernando, sin mediar palabra, bajó y se fue corriendo hacia Recoletos.

Cuando llegó ante la casa de don Amancio, pensó que lo mejor era no llamar, llegar por sorpresa, por lo que esperó a que alguien saliera del edificio para colarse. Tras una larga espera, se le presentó la ocasión, entró y subió las escaleras de dos en dos.

No le importaba nada de nada: ni el lujo que anunciaban los estucos decorativos, ni el dinero que presagiaba el ascensor, ni el poder que tuviera ese don Amancio. Solo quería defender a Matilde, devolver el honor a la familia y acabar de una vez con todas esas mentiras.

Llegó delante de la puerta de la casa y llamó. Cuando abrió la criada, la apartó bruscamente. La mujer empezó a gritar asustada. Fernando, sin volverse,

recorrió los pasillos abriendo todas las puertas. De pronto, se abrió la puerta del fondo y apareció don Amancio con una carpeta verde entre sus manos.

Fernando se quedó perplejo al ver a ese hombre tan tranquilo y elegante, con esa sonrisa blanca y una mirada que le partía en dos el alma.

—Bienvenido, señor Sánchez. Le estaba esperando. Imagino que ha venido usted por sus papeles...

Al oír eso, Fernando pareció calmarse. Don Amancio hizo un gesto a la criada para que no se preocupara y luego dejó pasar a la inesperada visita a su despacho, cerrando la puerta tras de sí.

Fernando no quiso sentarse y no se fijó en nada de lo que le rodeaba. Solo miraba a don Amancio y a la carpeta que sujetaba entre sus finas manos.

—Supongo que, si usted está aquí, eso quiere decir que Matilde ha rechazado el trato que le propuse a su marido. Deduzco que, si usted está aquí, es porque quiere reclamar lo que era suyo, ¿verdad? Pero pienso que también sabrá ya que ese dinero fue usado para cubrir otra deuda.

—Le sugiero que me dé enseguida esa carpeta y desaparezca para siempre de nuestras vidas.

—No, no, no, señor Sánchez, creo que usted no ha entendido bien la situación —dijo don Amancio, que seguía hablando con una peligrosa mezcla de firmeza y amabilidad—. El trato no ha cambiado, y mi precio tampoco. Yo sigo queriendo a Matilde, y ella es la mujer de Ignacio, no la suya. Además, por lo que sé de la situación financiera de su sobrino, es más que probable que muy pronto necesite mi ayuda. Como ve, los negocios son negocios. No creerá que estas ventajas pueden ser superadas por lo poco que usted puede ofrecerme, ¿verdad? Señor Sánchez, seamos serios: usted no tiene nada y, por lo que veo, tampoco está dispuesto a facilitarme el acceso a Matilde.

Fernando saltó hacia delante tratando de golpearle, pero don Amancio le esquivó y sacó unas grandes tijeras de su escritorio.

—¿Qué cree que voy a hacer con estas tijeras? Podría matarle, ya que ha entrado en mi propiedad sin ser invitado, a la fuerza, como un ladrón. También podría usarlas para cortar en mil pedazos estos preciados papeles, con lo que usted se quedaría más que muerto y sin necesidad de derramar ni una sola gota de sangre. Aunque también podría dejarlas y ofrecerle un trato equitativo.

—Olvídese de Matilde.

—Sí, bueno, no se preocupe por eso. La conseguiré de todas formas. Lo que yo le ofrezco ahora es otro tipo de trato. Don Fernando, sepa usted que me cae muy bien. Es un hombre fuerte e inteligente, ha visto mucho mundo, ha sobrevivido a una guerra y la patria no le ha recompensado. Es más: le está rechazando. Usted tiene coraje, don Fernando, se enfrenta a un mundo que ya no

es el que dejó atrás cuando se fue: aquí la gente se come entre sí, queda muy poco que repartir. Son tiempos difíciles, y se acercan otros aún más negros que estos en los que vivimos.

—La gente como usted se aprovecha de los demás.

—No se confunda. Yo no me aprovecho. No alimento la lucha, solo doy lo que quieren a los que pagan. Si ellos se matan, como usted y su tío, no es mi culpa ni es mi problema.

—Como usted quiera... ¡Si al final va a ser todo un santo! Pero basta de chácharas: el trato.

—Sí, el trato... Bueno, echando las cuentas, el dinero que usted envió de Cuba y que no llegó suma unas diez mil pesetas. Una cifra que no está mal. A su sobrino le ofrecí un plazo de cuarenta y ocho horas para cumplir el trato y saldar la deuda. Quiero ser justo con usted y ofrecerle lo mismo. Entrégueme el doble de esa suma en dos días y recuperará lo que era suyo.

—¿Cómo voy a encontrar ese dineral en solo dos días?

Don Amancio le enseñó las tijeras.

—Se lo he dicho, señor Sánchez, le ofrezco un trato solo porque usted me cae bien y considero que se ha hecho merecedor de una oportunidad para recuperar su parte de la casa. Y le diré aún más; le diré que, si va a la calle Serrano, encontrará una joyería llamada René Dufin. Sus dueños son antiguos conocidos míos que todavía me deben dinero... Sé que puede hacerlo...

—Pero usted me está proponiendo que robe en una joyería, ¡un atraco! ¿Por quién me ha tomado? ¿Cree que soy un delincuente?

—No me ha comprendido, yo no hablo de delitos, sino de justicia. Ahora, si me permite, estoy cansado de esta charla, así que, dígame, ¿acepta o no el trato?

Fernando se lo pensó un momento. Tenía que salvar a Matilde y la casa. Recuperar lo que era suyo arreglaría sus problemas. Robar en una joyería no podía ser muy complicado; él era listo y estaba acostumbrado a escapar. En dos días se habría olvidado de esto y todo se resolvería.

Don Amancio abrió la carpeta y acercó las tijeras a los recibos.

—Decídase.

Fernando aceptó.

—¡Estupendo! Le deseo buena suerte y le espero aquí dentro de dos días. Tenga cuidado y no se deje atrapar. Ahora, por favor, váyase.

* * *

Fernando salió de la casa del prestamista sintiendo un enorme peso sobre los hombros. Empezó a caminar con paso lento hacia la calle Serrano.

Estaba desesperado. Quería volver a ver a Matilde feliz, quería olvidarse de todo aquello y recuperar lo que era suyo sin más enfrentamientos ni mentiras, quería solo vivir en paz y tratar de ser feliz. Pensó que, en ese momento, un compañero como Horacio le habría venido muy bien.

Llegó delante de la joyería. Se trataba de una tienda pequeña pero muy lujosa, con un escaparate lleno de collares de diamantes, brazaletes de esmeraldas y pendientes de perlas y oro.

Observó la zona un rato. No parecía que estuviera muy concurrida.

Dentro había solo una empleada, una chica joven y aburrida.

Fernando se imaginó a sí mismo entrando en la joyería con la cara cubierta, directo al grano, sin siquiera fingir ser un cliente y sin hacer daño a nadie.

La encargada sin duda no ofrecería resistencia: las joyerías son tiendas que siempre lo tienen todo asegurado. En cinco minutos estaría fuera y luego ya vería cómo vender la mercancía.

Sabía que era una locura, pero no le quedaba otra opción. Solo necesitaba un saco, un pañuelo y un arma para asustar a la dependienta. Así lo hacían en Cuba.

Fue a dar una vuelta por los alrededores. Rebuscó en medio de unos montones de escombros y basura hasta encontrar lo que necesitaba: un saco de yute y un viejo cuchillo oxidado.

Fernando repasó varias veces su plan. Miró el saco y el cuchillo, dobló el primero y escondió el segundo en el pantalón para no llamar la atención.

Volvió a pensar en Matilde y en su hermano Alfonso. Quería que alguien pagara por todo aquello.

Más adelante se ocuparía también de ese don Amancio y de don Benito.

Todo el mundo pagaría por lo que le habían hecho.

Decidió que tenía que hacerlo enseguida y caminó hacia la joyería. No había policías ni nadie a la vista.

Miró el escaparate, que brillaba de lejos. Calculó que podía llevarse más de cuarenta mil pesetas. Con lo que le sobrara tras pagar a don Amancio podría escaparse con Matilde, llevársela adonde ella quisiera y dejar a Ignacio solo en su maldita casa.

Fernando se puso un pañuelo tapándole la cara, cogió una bocanada de aire, sintió el miedo y la furia que se mezclaban en sus músculos e irrumpió en la tienda. Enseguida sacó el cuchillo y amenazó a la encargada.

—Si gritas, te mato. Quiero que llenes este saco con todas las joyas que hay en la tienda. ¡Venga, date prisa!

La dependienta le miraba aterrorizada y llorosa. Poco a poco cogía las joyas con las manos temblorosas y las ponía en el saco.

—Más rápido, ¡vamos! No tengo todo el día —gritó Fernando.

De repente ella, al ver que el atracador se había dado la vuelta un momento para asegurarse de que no había nadie en la calle, sacó una pistola escondida debajo del mostrador y, cerrando los ojos, le disparó tres balas.

Asustado por los disparos y por la quemazón insoportable que sentía en las tripas, Fernando dejó caer el cuchillo. Era como si se las estuvieran sacando con un hierro al rojo vivo.

Agarrándose la barriga, Fernando se dio la vuelta, se quitó el pañuelo, salió de la tienda e intentó correr para cruzar la calle y escapar. La chica salió gritando tras él para llamar la atención.

Unas pocas personas que pasaban por allí se quedaron inmóviles, sin hacer nada, mirando al ladrón herido que intentaba huir dejando tras de sí un rastro de sangre cada vez más grande.

Un par de coches detuvieron su marcha.

Fernando cayó de rodillas y miró al cielo: las nubes habían dejado algo de espacio al azul.

Un soplo de aire templado le acarició la cara.

Pensó en Matilde y en Cuba. Escuchó claramente el sonido del mar en la playa, el calor del sol, el sabor de la sal.

Vio a su hermano y a él mismo, todavía unos niños, jugando en la arena de San Sebastián.

Pensó de nuevo en Matilde y sonrió.

Finalmente, se desplomó en el suelo sin vida, en medio de un charco de sangre y rodeado por una docena de transeúntes curiosos.

CAPÍTULO 33

VOLVIERON CANTANDO

Ese mismo día, Ignacio y Matilde recibieron la noticia: Fernando había muerto por los disparos de la encargada de una joyería que había intentado atracar.

Los dos se quedaron de piedra.

En el tanatorio municipal, el cuerpo de Fernando estaba tumbado en una mesa de mármol. Su ropa, sucia y estropeada, contradecía su cara, que parecía limpia y reposada, casi sonriente.

Al verlo, Matilde sintió un gran nudo en la garganta que le impedía respirar.

Ignacio, en cambio, sintió un alivio increíble. Tocó la frente fría de Fernando. Le pareció que todo se había acabado.

Dos días después celebraron un discreto funeral en el cementerio de la Almudena al que acudieron solo ellos dos. El cura le dedicó una sencilla oración y, sin más ceremonias, dejaron el féretro en la capilla familiar. El viento agitaba las puntas de los cipreses. Matilde depositó un ramo de flores en la tumba. Sus ojos enrojecidos se mostraban incrédulos.

Ignacio le ofreció su brazo y se dieron la vuelta hacia la salida.

Regresaron a casa haciendo todo el recorrido en el más absoluto silencio.

Matilde sentía una gran pena por la ausencia de ese hombre que le había devuelto la sonrisa, que le había permitido descubrir de nuevo la juventud y la vida en su piel. Pensó en el hijo que llevaba dentro. Pensó en su muerte y en la injusticia que había sufrido. Fue consciente de que detrás de todo aquello estaba la firma de don Amancio.

Ignacio, sentado a su lado en el tranvía, miraba por la ventanilla con un sabor amargo en la boca. Ahora comprendía lo que habían logrado las mentiras y las maquinaciones. Por fin se daba cuenta de que su tío Fernando solo quería que se le devolviera lo que era suyo. Nada más.

Entonces Ignacio sintió de nuevo una rara mezcla de alivio y pena: pena por la muerte desgraciada y triste de Fernando, pero sobre todo alivio por haberse librado de él. El mismo alivio que había experimentado al recibir la noticia, el mismo que sintió al ver su cadáver, un alivio idéntico y definitivo como el que

acababa de advertir en el cementerio al ver cómo enterraban para siempre ese ataúd detrás de una lápida de mármol sin epitafio.

En ese preciso instante, Ignacio, al comprender que ese era el sabor de su victoria, un sabor decididamente más fuerte y glorioso que la pena por la injusta muerte de su tío, aceptó su propia naturaleza. También pensó en don Amancio, en don Benito y en sí mismo, y llegó a la conclusión de que eran gente hecha de otra pasta. Aliviado, se dio la vuelta y vio a su mujer, que se secaba unas grandes lágrimas desconsoladas.

Le cogió una mano entre las suyas. Estaba seguro de que pronto se le habría pasado. Todo quedaría perdonado cuando volvieran a su vida cómoda y confortable de antes. Pronto se olvidarían de Fernando.

Matilde, como si adivinara sus pensamientos, retiró su mano.

—Fernando ha muerto, pero no ha desaparecido —dijo ella.

El tranvía redujo la velocidad; su parada se acercaba. Ignacio la miró.

—¿Qué quieres decir?

—Estoy embarazada, Ignacio.

—¿Cómo? —preguntó él bajando la voz.

Matilde le miró a los ojos, sonriente y desafiante, se levantó y se acercó a la salida. El tranvía estaba a punto de parar. Ignacio pensaba en sus palabras. Sabía que no podía ser verdad lo que decía su mujer: él no la tocaba desde hacía meses.

El tranvía se detuvo y Matilde bajó.

Ignacio se quedó sentado: en ese momento pesaba mil toneladas, todo su cuerpo era un enorme bloque de granito, le era imposible moverse.

Matilde se quedó en la acera mirándole fijamente con las manos apoyadas en su vientre. Ignacio, inmóvil, recibía esos ojos como cuchillos envenenados.

Cuando el tranvía arrancó, Ignacio supo que Fernando nunca les habría dejado solos.

En otra parte de la ciudad, don Amancio, que ya se había enterado de la muerte de Fernando, estaba sentado en su despacho mirando el reloj. Acababa de vencer el plazo de cuarenta y ocho horas que les había concedido a los dos Sánchez.

Para él todo había salido a pedir de boca: el joyero, asustado pensando que era un aviso, pagó al día siguiente su deuda y pidió disculpas por el retraso.

El prestamista, satisfecho, miraba los papeles de Fernando con expresión de triunfo. Sabía que Ignacio Sánchez pronto necesitaría dinero de manera urgente y se lo pediría a él. Sabía también que, antes o después, Matilde cedería a su proposición. Solo tenía que recordarles de vez en cuando que él, don Amancio, era el único depositario de la verdad sobre la casa.

Don Amancio se levantó satisfecho, volvió a cerrar la carpeta de los documentos y la guardó en su caja fuerte. Apagó su cigarro, cogió su bastón con la cabeza de mono, se caló su sombrero y salió.

—Vamos a hacer una visita a los Sánchez Coromina —dijo a su cochero. Este hizo chasquear su látigo y el caballo negro se puso en marcha—. Quiero darle personalmente mi pésame a la familia. —Don Amancio se acomodó en su asiento.

El nuevo siglo estaba a punto de comenzar y ya se anunciaban los que serían los ganadores de todas las batallas futuras.

FIN

RESEÑA BIBLIOGRÁFICA

- Leguineche, Manuel, *Yo pondré la guerra” (W. R. Hearst). Cuba 1898: la primera guerra que se inventó la prensa*, Madrid, El País/Aguilar, 2000.
- Madrid en 1898. Una guía urbana*, Madrid, La Librería, 1998.
- Mellizo, Carlos, y Luis Núñez Ladevéze (coords.), *España, Estados Unidos y la crisis de 1898*, Madrid, FAES, 1998.
- Memoria del 98*, Madrid, *El País*, 1997.
- Montero, Manuel, *Las guerras de Cuba y Filipinas contadas por soldados del pueblo. Cartas de Baracaldo*, Baracaldo, Beta III Milenio, 2015.
- Pérez Murillo, María Dolores, *Cartas de emigrantes escritas desde Cuba. Estudio de las mentalidades y valores del siglo XIX*, Cádiz, Aconcagua Libros/Universidad de Cádiz, 1999.
- Roy, Joaquín, *La siempre fiel: un siglo de relaciones hispanocubanas (1898-1998)*, Madrid, Los Libros de la Catarata, 1999.

BIOGRAFÍA



Nacido en 1977 en Roma, **Valerio Cruciani** termina sus estudios de Filología Italiana con una tesis sobre una revista dialectal romana de inicios del siglo XX.

Tras explorar el teatro, la fotografía y la poesía, empieza a adentrarse en el mundo de la narrativa y del cine, llegando relativamente tarde a la novela.

Siempre inquieto, ha puesto en marcha revistas culturales digitales, ha organizado recitales y ha viajado, como autor invitado, a Malta, Londres y Belgrado para acudir a los respectivos festivales internacionales de literatura.

En 2007 llega a Madrid, donde trabaja como profesor de italiano, traductor y profesor de escritura creativa para el Ayuntamiento, compaginando estas actividades con la de guionista.

Empieza a colaborar con el director Mario Pagano, con Zoe Berriatúa y con María Macías, entre otros, y a participar activamente en las tertulias poéticas de la capital española, hasta publicar por su cuenta los poemarios *La esquirra en el dedo* y *Resurrecciones ocasionales*.

En 2014, tras mudarse a Logroño, trabaja con el productor José Antonio Romero (*La flaqueza del bolchevique*) y con el director Miquel García en la escritura de dos largometrajes.

En el mismo año, el sello Click Ediciones del Grupo Planeta publica sus dos novelas *¡Matadme!* y *Negro spaghetti*.

También conoce al dibujante Hugo Llera, con el que empieza su actividad como guionista de cómics. Escribe dos historias cortas para la revista *The Rocketman Project*, y su primera novela gráfica, *Pellegrina*.

La escuela Dinámica Teatral pone en escena su texto satírico *En el palacio*, dirigido por Silvia Sáenz y estrenado en la sala Gonzalo de Berceo.

Con la Asociación Artística Complot, organiza la edición riojana del Festival Internacional de Poesía y trabaja como profesor de creación literaria y de poesía en la Universidad Popular de Logroño.

Más información en la web:

www.valeriocruciani.com

Y en el blog:

<http://madridescribe.wordpress.com>

En el blog pueden leerse algunos de sus relatos inéditos o publicados en revistas literarias.

Volvieron cantando

Valerio Cruciani

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos)

si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com

o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Valerio Cruciani, 2016

© del diseño de la portada, Click Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta

© de la imagen de la portada, Efe

© Editorial Planeta, S. A., 2016

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): octubre de 2016

ISBN: 978-84-08-16045-8 (epub)

Conversión a libro electrónico: J. A. Diseño Editorial, S. L.

CLICK EDICIONES es el sello digital del Grupo Planeta donde se publican obras inéditas exclusivamente en formato digital. Su vocación generalista da voz a todo tipo de autores y temáticas, tanto de ficción como de no ficción, adaptándose a las tendencias y necesidades del lector. Nuestra intención es promover la publicación de autores noveles y dar la oportunidad a los lectores de descubrir nuevos talentos.

<http://www.planetadelibros.com/editorial-click-ediciones-94.html>

Otros títulos de Click Ediciones:

¡Matadme!

Valerio Cruciani

Negro spaghetti

Valerio Cruciani

Los largos años de ausencia

Isabel Sierra

El corazón de los lobos

Carlos de la Fuente

Regreso a ninguna parte

Isabel Sierra

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

NOVELA
HISTÓRICA



¡Síguenos en redes sociales!

